

JAMES HADLEY CHASE

Un loto para Miss Quon



Lectulandia

¿Hasta dónde es capaz de llegar la codicia del ser humano? Steve Jaffe obtiene una respuesta a esta pregunta cuando encuentra un botín de dos millones de dólares en diamantes escondido en su villa de Saigón. Jaffe se descubre a sí mismo asesinando a su criado cuando este le asegura que pondrá al corriente del hallazgo a las autoridades locales.

Lectulandia

James Hadley Chase

Un loto para Miss Quon

ePub r1.0

GONZALEZ 26.04.14

Título original: *A Lotus For Miss Quon*

James Hadley Chase, 1961

Traducción: Inés Oyuela de Estrada

Editor digital: GONZALEZ

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

CAPÍTULO PRIMERO

1

ENCONTRÓ los diamantes una tarde calurosa de un domingo del mes de enero.

Sucedió de esta manera: había almorzado solo la comida preparada por Dong Ham, el cocinero y servida por Haum, el mucamo, y después subió a su cuarto a dormir una siesta. A pesar del aire frío acondicionado de la habitación, no podía dormir. Con creciente fastidio escuchaba la charla de tono agudo de los sirvientes en el piso bajo, el discordante sonido de alguna radio lejana transmitiendo música vietnamesa y el ruido de las motocicletas al pasar, que le destrozaba los nervios.

Generalmente, por la tarde podía dormir a pesar de los ruidos, pero ese día le resultaba imposible hacerlo. Fue a buscar un cigarrillo, lo encendió y se abandonó a sus desalentadores pensamientos.

Había llegado a detestar los domingos en Saigón. Recién llegado le pareció divertido el ambiente social, pero ahora lo aburría. Se aburrió de ver siempre las mismas caras, de las mismas charlas insustanciales, de los mismos escándalos monótonos, y gradualmente se fue alejando del grupo de los que de día y de noche comían, bebían y bailaban juntos.

Durante la semana lo distraía el trabajo. Trabajaba para una compañía naviera, no era una tarea muy interesante, pero le pagaban bien; mucho más de lo que hubiera conseguido ganar allá en su tierra, en San Francisco. Necesitaba dinero para sus gustos extravagantes; bebía más de lo debido, y además tenía que pasarle una mensualidad a su ex esposa de la que se había divorciado unos meses antes de embarcarse para el Lejano Oriente.

Ahora, mientras estaba acostado en la cama, sintiendo cómo las gotas de transpiración le corrían por el pecho robusto, pensó con desagrado que dentro de tres días habría de mandarle otro cheque a su mujer. Sólo tenía en el banco 8.000 piastras. En cuanto enviara el cheque le iba a quedar muy poco para llegar hasta el fin del mes que no estaba tan cercano. Bueno, se lo tenía merecido, pensó. Había sido un derrochón al comprar esa pintura. Era una extravagancia completamente innecesaria, pero de todas maneras recordó el cuadro con mucho placer. Lo encontró en un negocio en Duong Tu-Do, e inmediatamente le llamó la atención. Era una pintura al óleo de una joven vietnamesa vestida con el traje nacional: pantalones de seda blanca, una ajustada túnica celeste y un sombrero de paja cónico. Estaba apoyada contra una pared blanca por donde trepaba una enredadera rosada de buganvilla. Era una composición bastante común, pero bien pintada, y la figura le recordó a Nhan. Tenía la misma expresión inocente; la misma manera infantil de pararse, hasta las mismas

facciones como de muñeca. Pudo haber sido Nhan, pero por cuanto sabía, Nhan nunca posó para ningún artista.

Fue entonces cuando recordó que el cuadro seguía envuelto y sin colgar. Sintió urgencia por ver cómo quedaría en la pared de la habitación del piso bajo. Encantado del pretexto para hacer algo que no fuera estar acostado en la cama, se levantó y descalzo bajó la escalera que lo llevaba al living.

Haum, el mucamo, lustraba con toda calma la mesa del comedor. Cuando Jaffe entró en la habitación levantó la vista para mirarlo con repentina sorpresa.

Haum tenía treinta y seis años. Era delgado y pequeño y su rostro de piel oscura tenía una mirada aguda, como de lobo. Aunque pequeño y de aspecto endeble, trabajaba bien y parecía capaz de emprender las tareas más pesadas sin ninguna apariencia de cansancio.

—Tráeme un martillo, un clavo grande y la escalera —dijo Jaffe. Entonces como Haum lo miraba con la boca abierta como si creyera que había perdido el juicio, continuó—: He comprado un cuadro. Quiero colgarlo en la pared.

La cara de Haum se aclaró. Sonrió, mostrando unos dientes con coronas de oro.

—En seguida, señor —contestó, y salió con rapidez del cuarto.

Jaffe se acercó hasta donde estaba el cuadro apoyado contra la pared, todavía envuelto con papel y piolín. Rompió el papel, paró el cuadro sobre la mesa y lo miró.

Seguía mirándolo con una leve sonrisa cuando Haum volvió con la escalera de mano, el martillo y un clavo entre los dientes. Apoyó la escalera contra la pared vacía donde se iba a colgar el cuadro, luego con curiosidad se ubicó al lado de Jaffe para examinar la pintura...

Jaffe lo observó mientras miraba el cuadro. No hubo ningún cambio en la expresión, pero tuvo conciencia de una atmósfera de desaprobación que se percibía pero no se veía. Sabía que Haum no aprobaba que tuviera una querida vietnamesa y supo también que Haum creía que al colgar ese cuadro en la pared, Jaffe deliberadamente le refregaba en las narices el hecho de que tenía una querida vietnamesa.

En realidad, no era así. A Jaffe le importaba mucho lo que sus sirvientes pensaban de él. Constantemente se preocupaba por lo que los demás pensaban de él. Siempre había tomado muchas precauciones en sus relaciones con Nhan. Le daba mucha importancia a que ni él ni ella pudieran ser tema de habladurías, pero allí en Saigón, era imposible ocultar algo por completo, y mucho menos una relación entre un hombre y una mujer.

Con una rapidez que molestó y asombró a Jaffe, la noticia de que conociera a una *taxi-girl* vietnamesa en el *Paradise Club* en Cholon, que se había enamorado de la joven y que ella lo visitaba con regularidad se desparramó entre la comunidad europea de Saigón, y todo ello a pesar de haber tomado todas las precauciones

necesarias para no ser pasto de las habladurías. Nhan llegaba siempre después de haber oscurecido: Entraba a la casa como un espíritu. Se retiraba invariablemente antes de amanecer; sin embargo, todos los residentes europeos supieron lo que ocurría y lo comentaron en esa forma aburrida y sofisticada utilizada en Saigón cuando se comentaban las aventuras de los demás.

Aunque los dos sirvientes dormían en una pequeña construcción del otro lado del patio y que servía a la vez de cocina y dormitorios, siempre sabían cuándo lo visitaba Nhan; además, por ser vietnameses eran más intolerantes y más criticones que sus amigos europeos. Por su actitud y sus expresiones, sin decir ni una palabra le dejaban entrever que había quedado bastante mal al tomar como querida a una joven vietnemesa en vez de buscarse una de las muchas mujeres europeas casadas o no casadas que para aceptarlo sólo esperaban que él se lo pidiera.

Jaffe conoció a Nhan Lee Quon una noche en el *Paradise Club* en Cholon; un local mal iluminado y ruidoso donde se bailaba y donde los europeos sin compromisos se mezclaban con los chinos y los vietnameses en busca de compañía femenina.

El club lo regenteaba un chino gordo y alegre, que se hacía llamar Blackie Lee. Manejaba el club con considerable beneficio, y dada su mucha clientela, estaba en condiciones de ofrecer como *taxi-girls* a las muchachas chinas y vietnemesas más jóvenes y bonitas.

Las muchachas se podían contratar por unas 120 piastras por hora, más o menos un dólar en moneda americana. Su trabajo consistía en bailar, compartir la mesa y conversar si no se tenían ganas de bailar, y generalmente en hacerle compañía. Si se quería ampliar la relación, entonces se hacían arreglos con la muchacha. Eso era algo en lo que Blackie Lee no quería tener ninguna intervención. Contrataba a las muchachas desde las veintiuna horas hasta la media noche, hora en que las restricciones impuestas por las autoridades obligaban a cerrar a todas las salas de baile y cualquier otra forma de vida nocturna. Por eso si se tenía interés, se le podía pagar a Blackie el tiempo de la muchacha, al portero cincuenta piastras, e irse con la muchacha que o lo llevaba a su departamento o a un hotel por una suma previamente acordada antes de salir del club.

Cuando Jaffe llegó a Saigón sintió la necesidad de compañía femenina. Durante los dos o tres primeros meses siguió el procedimiento consabido y se dedicó a las muchas mujeres casadas europeas que no tenían nada mejor que hacer que explotar sus en cierto modo empañadas atracciones sexuales; pero muy pronto descubrió que semejantes relaciones traían sus complicaciones, y Jaffe ante todo, quería llevar una vida libre de cualquier complicación.

Un amigo suyo, Charles Mayhew, un hombre viejo que vivía hacía años en el Lejano Oriente, le aconsejó que se buscara una querida china o vietnemesa.

—En este clima el hombre necesita una mujer —le manifestó—. El inconveniente de esta ciudad es que la inmensa mayoría de las mujeres europeas no tienen nada que hacer. Los sirvientes se lo hacen todo. Cuando una mujer no tiene nada que hacer puede llegar a hacer tantas inconveniencias con la misma rapidez del hombre que no tiene nada que hacer. Por supuesto, es uno de los males del Oriente. Las mujeres que vienen aquí se encuentran con que tienen a su disposición el día entero libre, y las que tienen inclinación para hacerlo se dedican a buscar a los hombres sin compromisos. Hay algunos que se cuidan muy bien de caer. Si yo tuviera que volver a empezar, no me gustaría tener nada que ver con una mujer europea a menos de abrigar la intención de casarme con ella. Me buscaría una mujer china o vietnamesa, y le aconsejo que usted haga lo mismo.

Jaffe sacudió la cabeza haciendo una mueca.

—Eso no es para mí —le dijo—. No me entusiasman las mujeres de color.

Mayhew se rió.

—Le diré algo: una muchacha asiática es mucho menos complicada y exigente que una europea. Es mucho menos costosa y mucho más competente. No se olvide que por tradición la mujer asiática es mucho más condescendiente con los deseos y comodidades del hombre, y eso es importante. No todas las *taxi-girls* son prostitutas, comprende. Blackie Lee tiene algunas muy decentes y que trabajan duro. Háblele. Le va a encontrar alguna.

—Gracias por la sugerencia —contestó Jaffe—, pero eso no es para mí.

Y sin embargo, el aburrimiento y la soledad de los fines de semana fueron los que finalmente llevaron a Jaffe al *Paradise Club*. Le sorprendió la atmósfera amistosa del lugar y también se sorprendió de que la noche pasara con tanta rapidez. Bailó con distintas muchachas y las encontró divertidas. Pasó un rato tomando whisky con Blackie Lee y el chino le resultó una compañía agradable. Y además, a pesar de todo, la noche no le costó mucho.

Jaffe empezó a ir al club con regularidad. Indudablemente le resolvía el problema de cómo pasar el tiempo. Algo así como un mes después, Blackie Lee como por casualidad le sugirió a Jaffe que se consiguiera una muchacha estable.

—Hay una chica que podría ser —le había dicho—. Tiene que mantener a toda una familia. Le hablé, y no halla inconveniente. Es mejor tener una chica determinada. ¿No quiere conocerla?

—¿Qué es eso de toda una familia? —preguntó Jaffe frunciendo el ceño—. ¿Es casada y con una cantidad de chicos?

Blackie se rió con ironía.

—No es casada. Tiene que mantener a la madre, a tres hermanos menores y a un tío. Se la voy a mandar. Si le gusta, dígaselo. Ya arreglé todo.

—Bueno, no sé —contestó Jaffe, pero estaba interesado—. De todas maneras

mándemela.

Fue mientras Jaffe estaba parado en uno de los escalones de la escalera, marcando con mucho cuidado con un lápiz el lugar donde iba a clavar el clavo para colgar el cuadro, cuando recordó su primer encuentro con Nhan Lee Quon.

Se había sentado en una mesa lo más lejos posible de la ruidosa orquesta filipina. La pista de baile estaba repleta. La luz del salón era tan insignificante que resultaba imposible distinguir las facciones de los bailarines. Tampoco era posible reconocer a nadie que estuviera sentado a más de dos metros de distancia, y esa oscuridad le proporcionaba una sensación de aislamiento y de descanso.

Nhan Lee Quon se apareció a su lado, sin hacer ningún ruido y en forma inesperada. Había estado observando el espacio libre que quedaba entre las mesas con la esperanza de poderla ver antes de que llegara, pero se le había acercado desde atrás.

Estaba vestida con el traje nacional. Tenía unos pantalones de seda blanca y sobre ellos llevaba una ajustada túnica de nylon rosado. El pelo negro y brillante peinado con raya al medio caía en ondas suaves desde la pequeña cabeza hacia los hombros. El cutis perfecto tenía el color del marfil muy viejo. La nariz ancha, los labios, un tanto más gruesos que los labios de una mujer europea, y los lindos ojos negros le daban el aspecto de una muñeca. Su conformación era tan delicada que a Jaffe le recordó alguna complicada escultura de marfil.

Le sonrió y Jaffe nunca había visto unos dientes tan blancos y parejos. Con curiosidad bajó la mirada del rostro al pescuezo embutido en el cuello alto de la túnica y luego a las dos protuberancias que levantaban la casaca con patética pero desafiante voluptuosidad.

Jaffe había oído hablar mucho de los postizos en la silueta de una muchacha vietnamesa. Sam Wade, que desempeñaba un puesto de poca importancia en la embajada americana, se lo advirtió cuando había llegado a Saigón.

—Mira, muchacho —le había dicho Wade—, no dejes que esas curvas te engañen. Esas muñecas están hechas como muchachos. Son tan chatas de frente como de atrás. Sólo cuando en el cine vieron a la Lollobrígida y a la Bardot se dieron cuenta de que les faltaba algo. Te aseguro que la venta de postizos es la empresa comercial más de moda en éste agujero infernal de ciudad manejada por la policía.

—Soy Nhan-Lee Quon —dijo la muchacha cuando se sentó frente a Jaffe. Hablaba un francés excelente—. Puede decirme Nhan.

Se miraron los dos durante un largo momento, entonces Jaffe apagó el cigarrillo, consciente de un repentino hormigueo excitante.

—Soy Steve Jaffe —dijo—. Puedes decirme Steve.

Había sido así de sencillo.

Jaffe se agachó para alcanzar el clavo que le tendía Haum. Colocó la punta del

clavo exactamente sobre la marca del lápiz, y luego tomó el martillo que Haum le alcanzaba. Pegó un golpe seco en la cabeza del clavo.

Y en esa forma, encontró los diamantes.

2

Al impacto del golpe del martillo sobre la cabeza del clavo, se derrumbó un cuadrado de la pared como de seis pulgadas de lado provocando una lluvia de polvo y escombros y revelando un profundo boquete.

Jaffe, trepado en la escalera, se quedó mirándolo consternado por el daño que había causado, luego dijo con violencia:

—¡Maldición!

Haum expresándose a la manera vietnemesa de demostrar aflicción, se rió con fuerte cacareo que enfureció a Jaffe.

—¡Oh, cállate! —exclamó y colocó el martillo en la parte superior de la escalera—. ¡Qué desastre, esta pared parece hecha de papel!

Pero entonces se le ocurrió que la pared no estaba hecha de papel, sino que más bien tenía por lo menos un espesor de sesenta centímetros, y el boquete ese era un buen escondrijo, una especie de disimulada caja de seguridad que probablemente estuviera allí desde hacía mucho tiempo.

Con mucha precaución, introdujo la mano en el boquete. Sus dedos tocaron algo. Levantó una valijita de cuero, y al hacer lo, el fondo podrido de la valijita se rompió, y de allí saltaron unos objetos brillantes, resplandecientes, que rebotaron en el piso de parquet.

Reconoció los pequeños objetos como diamantes. Formaban un marco desarticulado de brillo esplendoroso alrededor del pie de la escalera. Se quedó mirando el magnífico centelleo. Aunque su conocimiento en diamantes no era mayor que el del término medio de las personas, supo que esas piedras valían una enorme suma de dinero. Parecían ser por lo menos un centenar: la mayoría, del tamaño de un poroto. Sintió que la boca se le ponía seca y que el corazón le palpitaba con excitación...

Poniéndose en cuclillas, Haum hizo chasquear la lengua; ruido que hacen los vietnemeses cuando están excitados. Levantó uno de los diamantes y lo examinó.

Jaffe lo observaba.

Hubo una larga pausa; y luego Haum levantó la vista y los dos hombres se quedaron mirándose uno al otro. Con cierta vacilación debida a la tirantez de Jaffe Haum sonrió, mostrando los dientes de oro.

—Éstos diamantes, señor —dijo—, pertenecían al general Nguyen Van Tho. La

policía los estuvo buscando durante años.

Muy despacio como si estuviera caminando sobre cáscaras de huevos, Jaffe bajó la escalera y se agachó al lado del sirviente.

Jaffe era un hombre de contextura muy fuerte. Medía más de un metro ochenta. El ancho de sus hombros podía equipararse al de dos europeos del término medio. Durante su juventud había sido un fanático entusiasta de la cultura física. Levanto pesas, boxeo, jugó fútbol y practicó lucha. Aun después de cinco años de no practicar deportes seguía en muy buenas condiciones, y cuando se puso en cuclillas al lado de Haum, la diferencia física entre los dos hombres ofrecía un agudo contraste. Al lado de la corpulencia de Jaffe el vietnamés parecía más bien un pigmeo desnutrido.

Jaffe recogió uno de los diamantes y lo hizo girar entre sus dedos.

Estas piedras, pensó, deben valer un millón de dólares, o quizás más. ¡Qué me dicen de la suerte de Jaffe! ¡Metí un clavo del demonio en una pared del demonio y conseguí una fortuna del demonio!

Haum agregó:

—El general era un hombre muy rico. Se supo que había comprado diamantes. Después lo mató una bomba. Su Excelencia estará muy contento al saber que aparecieron los diamantes.

Jaffe sintió que el corazón le golpeó contra las costillas. Miró a Haum que sonreía feliz al diamante que tenía en la mano.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Jaffe. Se enderezó sobrepasando en mucho al encogido vietnamés—. ¿Qué general es ése?

—El general Nguyen Van Tho —contestó Haum—. Estaba a las órdenes de los franceses. Hizo mucho daño antes que la bomba lo matara. Robó mucho dinero al ejército y con ese dinero se compró los diamantes. Antes de que pudiera escapar, explotó la bomba.

Jaffe se acercó hasta la mesa y buscó un paquete de cigarrillos, sacó uno y lo encendió. Notó que su mano no era muy segura.

—¿Qué te hace creer que esos diamantes pertenecían al general? —preguntó, pensando que así se presentaba una inmediata complicación. De pronto recordó que Haum era un ardiente defensor del régimen actual y tenía una fotografía del presidente Ngo-Dinh-Diem colgada en la casita de servicio. Recordó también que Haum iba dos veces por semana a un curso de ciencias políticas. De improviso se dio cuenta de la significación de esos hechos. Era una decidida mala suerte que ese pequeño vietnamés estuviera en la habitación cuando encontró los diamantes.

Debería manejar la situación con mucha prudencia, pensó Jaffe, si pretendía quedarse con los diamantes; y tenía toda la intención de hacerlo.

—¿Y a quién otro podrían pertenecer? —preguntó Haum. Empezó a recoger los diamantes, juntándolos en la palma de la mano—. Esta casa perteneció antes a Mai

Chango.

Casi sin escucharlo, Jaffe estaba pensando que ese puerco manejaba las piedras como si le pertenecieran. Si no tengo mucho cuidado, se mandará a mudar de aquí para llevárselos a su precioso presidente.

—¿Quién es Mai Chang? —le preguntó y entonces su mente se trasladó al problema de cómo disponer de los diamantes. Sin ninguna duda en Vietnam, no. Tendría que meterlos de contrabando en Hong Kong; allí no tendría ninguna dificultad para venderlos.

—Era la querida del general —contestó Haum en forma despreciativa—. Cuando murió éste la metieron presa. Esta casa era de ella. El general debe haber escondido ahí las piedras o para mayor seguridad.

—Si las autoridades sabían que esa mujer vivía acá, ¿por qué no registraron todo hasta encontrar los diamantes? —pregunto Jaffe.

—Se creyó que habrían vendido los diamantes —dijo Haum, buscando debajo de una silla para recoger un diamante que estaba más lejos—. Se supuso que el general los tenía cuando estalló la bomba y que en la confusión, alguien se los quitó al cadáver.

—¿Qué bomba? —preguntó Jaffe sólo para ganar un poco de tiempo. Se preguntaba cómo podría hacer para persuadir a Haum de que no dijera nada de los diamantes. Tendría que tener mucho tacto. Debería darle alguna razón aparentemente lógica para que le devolviera los diamantes y lo persuadiera a aceptar alguna transacción. Jaffe no podía imaginarse que Haum rechazara una suma de dinero si se le ofrecía en forma muy diplomática.

—Cuando el general estaba tratando de escaparse fue cuando alguien le arrojó una bomba —dijo Haum. Se puso de pie y sé quedó mirando los diamantes que relucían en su mano.

Jaffe se acercó al escritorio y sacó un sobre. Como por casualidad se acercó a Haum.

—Ponlos aquí —dijo sosteniendo el sobre abierto. Haum vaciló, luego volcó los diamantes en el sobre.

Hizo un movimiento como intentando tomar el sobre, pero Jaffe ya había empezado a moverse alejándose. Jaffe mojó con la lengua la goma del sobre y luego lo cerró. Metió el sobre en el bolsillo posterior del short.

Una expresión de inquietud se extendió por la cara morena de Haum.

—Sería mejor, señor, llamar a la policía —dijo—. Querrán ver la pared. Yo les diré de qué manera encontró usted los diamantes. En esa forma no habrá complicaciones.

Jaffe aplastó el cigarrillo. Se estaba sintiendo un poquito más aliviado. Por lo menos le había podido sacar los diamantes a Haum. Era un paso bien dado. Ahora

debía intentar persuadirlo para que no dijera ni una palabra.

—En este asunto no hay que precipitarse —le dijo, y acercándose a un sillón, se sentó—: No creo que estos brillantes hayan pertenecido realmente al general. Si me tomo el trabajo de controlar a los distintos propietarios de esta casa, estoy seguro de descubrir que los brillantes pertenecieron a alguien muerto hace mucho tiempo y que vivió aquí mucho antes que el general. Es más que posible que los diamantes del general se vendieran cuando él murió.

Haum le echó una mirada; su rostro era totalmente inexpresivo. Jaffe pudo ver que el hombrecito no se había impresionado con lo que le dijera y sintió que en su interior se levantaba una ola de indignación.

—Eso deberá decidirlo la policía, señor —dijo Haum—. Si los diamantes pertenecían al general, su Excelencia estará muy contento de recobrarlos y a usted se le honrará en debida forma.

—Bueno; me alegro de saberlo —dijo Jaffe en forma sarcástica—, pero ocurre que no me interesan los honores. Por otro lado, la policía declarará que los diamantes sí pertenecían al general —intentó una sonrisa afectada—. Ya sabemos lo que es la policía.

Supo que había cometido un error, pues Haum perdió la expresión preocupada que de pronto se convirtió en hostil.

—Los diamantes, señor, pertenecen al Estado hayan pertenecido o no alguna vez al general. Nadie sino el Estado es quien debe decidir lo que se hace con ellos.

—Esa es tu opinión —contestó Jaffe, la voz cortante—. Yo puedo vender los diamantes. Por supuesto, te daré una parte. Puedes convertirte en un hombre rico, Haum.

Bueno, ya está, pensó. Ahora las cartas están sobre la mesa. ¿Qué irá a hacer este maldito?

Haum se puso rígido. Los ojos negros se abrieron todo lo que daban.

—Vender los diamantes estaría contra las reglamentaciones —apuntó.

—No es necesario que las autoridades lo sepan —observó Jaffe—. Puedo vender los diamantes y te daré una parte.

—Creo que mejor es llamar a la policía, señor contestó Haum con rigidez.

—¿No quieres ser rico? —Jaffe sintió la inutilidad de tratar de corromper al hombrecito, pero no iba a rendirse sin luchar—. Podrás tener casa propia y sirvientes. Podrás casarte con esa novia tuya que siempre anda rondando por aquí. Podrás comprarte un auto.

Haum levantó los hombros.

—Los diamantes, señor, no son míos ni suyos para poderlos vender. Pertenecen al Estado.

Bueno, en eso estamos, pensó Jaffe. Sintió que de pronto lo dominaba una furia

rencorosa. Resulta que tengo un millón de dólares en el bolsillo y por culpa de este maldito mono amarillo, el dinero se me puede escurrir. Debe haber alguna forma de salir de este aprieto. ¡Devolver un millón de dólares, bueno fuera!

—Si me disculpa, señor, es mi día de salida. Tengo un compromiso —expresó Haum.

De pronto se le cruzó por la mente a Jaffe que en cuanto Haum hubiera salido del cuarto, iría primero a contarle a Dong Ham, el cocinero, lo de los diamantes, y luego correría al destacamento policial y en menos de diez minutos, la casa estaría llena de felices policías. Se levantó rápidamente y caminó hasta ponerse entre Haum y la puerta que daba al patio.

—Escucha un momento —le dijo—, ¡vas a mantener cerrada esa boca maldita o te voy a desollar vivo!

No tenía la menor idea de lo amenazador que parecía cuando estaba enojado. La silueta alta y enorme, la expresión dura y furiosa y el rencor de la voz aterrizaron a Haum. El vietnamés tenía un único pensamiento: salir de la habitación y comunicarle a la policía lo de los diamantes. Corrió alrededor de la mesa, a lo largo de la pared, poniendo la mesa entre él y Jaffe, y luego embistió hacia la puerta.

A pesar de su corpulencia, Jaffe tenía equilibrio perfecto y el cuerpo, todavía fuerte a pesar de la bebida y la falta de ejercicio, respondió a la rapidez de la mente en forma en que Haum no lo sospechaba.

Cuando los dedos sudorosos de Haum se apretaron sobre el picaporte de la puerta, los dedos de Jaffe se le prendieron del hombro y de un tirón lo hicieron darse vuelta, Haum estaba horrorizado de la fuerza de esos dedos. Era como si unas pinzas de acero le apretaran la carne. El dolor del apretón le hizo dar un grito: Un grito inverosímil como el de un conejo aterrorizado. Trató de librarse, golpeó con fuerza el puño de Jaffe, luego abrió la boca para volver a gritar.

Jaffe apretó la mano contra la boca de Haum, incrustando los dedos en la cara del vietnamés, ahogando el grito. Haum se retorció, tratando de morder la mano de Jaffe al mismo tiempo que le pateaba las piernas: los zapatos de suela blanda no hacían ninguna impresión en los músculos de Jaffe.

—¡Cállate! —gruñó Jaffe y sacudió furiosamente al vietnamés.

Oyó un ruido seco como el del estallido de una varilla. De repente en sus dedos el rostro de Haum se hizo más pesado y pareció flotar separado del delgado pescuezo. Jaffe vio cómo se le daban vuelta los ojos y que las rodillas se le aflojaban. Se dio cuenta de que tenía en vilo al vietnamés sosteniéndolo de la cabeza y que las piernas ya no lo sostenían.

Con pánico repentino, aflojó el apretón y observó que Haum se deslizaba contra la pared y se desparramaba por el piso como una muñeca que hubiera perdido el aserrín.

Vio cómo de la boca entreabierta de Haum salía un hilito de sangre roja brillante. Se arrodilló al lado del vietnamés y lo tocó con cautela.

—¡Eh... Haum! ¡Diablos! ¿Qué te pasa?

Luego con un estremecimiento, se paró.

La total violencia de su situación lo impresionó. Haum estaba muerto, ¡y él lo había asesinado!

CAPÍTULO II

1

CON EL CORAZÓN sacudiéndole con violencia, Jaffe se quedó mirando el cuerpo encogido. Su reacción inmediata fue pedir ayuda. Se dirigió hacia el teléfono, pero se detuvo, frunciendo el ceño y moviendo la cabeza.

Nadie podría hacer nada por Haum. Estaba muerto. No era el momento de pensar en Haum, sino en sí mismo.

Miró la escalera apoyada contra la pared. ¿Y si le decía a la policía que Haum se cayó de la escalera y en el accidente se desnucó?

Sus ojos se alzaron hasta el boquete de la pared.

En cuanto la policía viera el agujero sospecharía que era un escondrijo de algo. Recordarían que esa casa perteneció una vez a Mai Chang, la querida del general Nguyen Van Tho. No les hubiera tomado mucho tiempo suponer que los diamantes del general estuvieron escondidos en la pared.

Jaffe se acercó al cadáver de Haum. Miró al hombrecito. Vio que la piel de alrededor de la boca y del pescuezo estaba arañada y desgarrada. Esas marcas deladoras habrían desarticulado cualquier relato de un accidente con la escalera.

¿Y si le contaba a la policía que había sorprendido a Haum robándose los diamantes y que Haum lo atacó y durante la lucha lo mató accidentalmente? Tal historia le evitaría una acusación por asesinato, pero significaría entregar los diamantes, y siempre quedaba el riesgo de una sentencia de prisión.

Fue en ese momento cuando Jaffe decidió que cualquiera fuese el riesgo, se quedaría con los diamantes, y una vez decidido el pánico se apaciguó y empezó a pensar con más claridad.

Si podía llegar a Hong Kong con los diamantes, podría escabullirse sin ninguna dificultad. Se convertiría en un hombre rico. Podría comenzar una nueva vida. Con el dinero de la venta de los diamantes, tendría libertad para hacer lo que quisiera. Pero el nudo de la cuestión era por supuesto: ¿Cómo hacer para llegar a Hong Kong?

Se sirvió una buena dosis de whisky, se tomó la mitad, y después de encender un cigarrillo, lo terminó.

Uno no puede irse de Vietnam exactamente en el momento que quiere, recordó. Las autoridades rodeaban a los viajeros de una red de restricciones y reglamentaciones. Primero había que solicitar una visa de salida, y su otorgamiento podía demorar una semana. Luego había que llenar ciertas fórmulas respecto al traspaso de dinero. Debían agregarse fotografías. No podía esperar solucionarlo en menos de diez días, y mientras tanto, ¿qué iba a ocurrir con el cadáver de Haum?

Un ruido repentino interrumpió sus pensamientos y lo hizo ponerse tenso mientras el corazón volvía a golpearle con fuerza. *¡Alguien fumaba en la puerta posterior!*

Se quedó inmóvil, casi sin respirar mientras escuchaba.

El golpe suave volvió a repetirse, después oyó crujir la puerta que se abría.

En una ola de pánico, caminó pasando por sobre el cadáver de Haum y llegó a la cocina, cerrando tras de sí la puerta de la sala.

Dong Ham, el cocinero, estaba parado en el último escalón, la puerta había quedado medio abierta y con precaución miraba dentro de la cocina.

Los dos hombres se quedaron mirándose.

Dong Ham parecía ser muy viejo. La cara oscura era una red de arrugas, como pergamino estrujado. El finito pelo blanco crecía en mechones esparcidos desde el cráneo huesudo. De la barbilla se ramificaban mechones de pelo blanco. Tenía puesta una chaqueta negra de cuello alto y pantalones negros.

¿Habría oído el grito de Haum pidiendo ayuda? se preguntaba. Jaffe. Era posible que así fuera; ¿qué otra cosa podía estar haciendo ahí? Nunca entraba a la casa. Su lugar era en la casita de servicio del otro lado del patio, y sin embargo allí estaba por entrar, y Jaffe tenía la seguridad de que si no se hubiera movido con tanta rapidez, el viejo habría entrado a la sala.

—¿Qué hay? —preguntó Jaffe, consciente de que su voz sonaba ronca.

Dong Ham arrancó un pedacito de pellejo seco del dorso de su mano. Los acuosos ojos negros se movían de Jaffe a la puerta que llevaba a la sala.

—Buscan a Haum, señor —dijo. Hablaba francés muy mal y muy lentamente. Empujó la puerta y se hizo a un lado para que Jaffe pudiera llegar a ver el patio exterior y la casita de servicio.

Parada a la sombra de la construcción de servicio había una joven vietnamesa. Estaba vestida de blanco y el sombrero de paja cónico le ocultaba la cara. Por un instante Jaffe pensó que era Nhan, y el corazón le dio un pequeño brinco de sorpresa, luego la muchacha levantó la vista y entonces vio que era la novia de Haum.

Jaffe había visto muchas veces a la muchacha esperando con paciencia asiática que Haum terminara su trabajo. Haum le había contado que pensaba casarse con la joven cuando concluyera sus estudios políticos.

Jaffe nunca se había fijado mucho en la muchacha, Sólo la había notado cuando salía a sacar el coche del garaje, pero ahora, se quedó mirándola, dándose cuenta de lo peligrosa que podría resultarle.

¿Cuánto tiempo haría que estaba allí? se preguntó. ¿También habría oído el grito de Haum?

Parecía muy jovencita. Se peinaba con una cola de caballo que colgaba como una soga negra hasta la delgada cintura. Para ser una vietnamesa, pensó, era muy sencilla

y sin atractivos.

Pero por la actitud tensa en que estaba allí parada y por la mirada alarmada de sus ojos, Jaffe tuvo la seguridad de que había oído el grito, pero, ¿habría reconocido la voz de Haum?

De pronto Jaffe tuvo conciencia de que los dos, el viejo y ella lo miraban en forma hostil, sospechosa, aunque evidentemente estaban asustados y poco seguros de sí mismos.

Jaffe dijo lo primero que se le ocurrió:

—Haum salió. Lo mandé a casa de un amigo para que ayudara en una comida. No volverá hasta muy tarde.

Dong Ham bajó lentamente los tres escalones que llevaban a la cocina. La cara arrugada era completamente inexpresiva. Jaffe miró a la joven. Había bajado la cabeza. El sombrero de paja le ocultaba la cara.

Cruzó hasta la puerta posterior y la cerró con cuidado, luego sin hacer ruido le echó llave a la cerradura. Después se acercó a la ventana cerrada y espió el patio a través de las persianas.

El viejo se había quedado mirando como sin ver la puerta cerrada y en forma nerviosa se arrancaba el pellejo reseco de la mano. La joven también se quedó mirando la puerta. Dijo algo. El viejo se le acercó con pasos lentos, desparejos. Empezaron a hablar los dos a la vez; las voces eran discordantes y altas en el caluroso silencio del patio.

Una mentira no muy buena, pensó Jaffe molesto, pero fue lo mejor que se le ocurrió en estas circunstancias. Tuvo que decir algo. Era cierto que en realidad de vez en cuando mandaba a Haum a casa de uno u otro de sus amigos que solían dar una reunión. En esas ocasiones Haum siempre se ponía pantalón y saco de hilo blanco. Siempre demoraba un rato en prepararse, Le gustaban esas salidas, y cuando las hacía siempre se jactaba ante Dong Ham.

Ese domingo, tenía puesta la ropa azul de trabajo. Nunca hubiera ido a casa de ninguno de los amigos de Jaffe con esa ropa. El viejo tenía que saberlo. El viejo y la joven con sólo ir al dormitorio de Haum a buscar la ropa de hilo blanco descubrirían la mentira de Jaffe. ¿Y entonces qué harían? se preguntó Jaffe. Tenía casi la seguridad de que no tendrían ni la iniciativa ni el coraje suficiente para llamar a la policía. Probablemente discutirían y hablarían a la vez durante el resto de la noche. Tratarían de convencerse uno al otro de que no habían oído el grito. Tratarían de creer que Haum había salido con la ropa azul de trabajo. Pero llegado el momento, por supuesto, se verían forzados a aceptar el hecho de que a Haum le había ocurrido algo, y entonces empezarían las complicaciones para Jaffe.

Por lo menos había ganado un poco de tiempo. Estaba seguro de que los dos esperarían a ver si Haum volvía. Esperarían hasta la mañana, entonces

probablemente, la joven iría a la policía.

Jaffe volvió a la sala. Se quedó parado mirando el cadáver de Haum. Estuvo tentado de hacer algo y pedir ayuda. Quizás si fuera a la embajada...

Pero se contuvo.

No debo perder la calma, se dijo. Tengo que ganar tiempo. Tengo que buscar la forma de salir de este maldito país. Pero lo primero es lo primero. No puedo dejarlo ahí. ¿Y si llega alguien? Uno nunca sabe quién puede caer un domingo por la tarde. Tengo que llevarlo arriba y ocultarlo.

Haciendo un esfuerzo de insensibilidad, levantó a Haum y lo subió al otro piso. El hombrecito era una carga lastimosamente liviana; era como estar llevando a una criatura.

Jaffe entró al dormitorio. Con suavidad depositó a Haum en el piso, luego se acercó al armario de la ropa, lo abrió, hizo lugar en el fondo del ropero y colocó a Haum sentado allí con la espalda apoyada contra la pared. Se apuró a cerrar la puerta del ropero. Luego le echó llave y se guardó la llave en el bolsillo.

Aunque el dormitorio estaba fresco, se acercó hasta el aparato de aire acondicionado y lo hizo funcionar al máximo. Se sentía un tanto descompuesto, y le fastidiaba sentir las piernas flojas y un temblor en los músculos de los muslos.

Bajó la escalera y le echó llave a la puerta de calle, después volvió a la salita. Varios moscardones revoloteaban excitados alrededor de la pequeña mancha de sangre seca sobre el piso de parquet. Haciendo una mueca, Jaffe paseó la mirada desde la sangre al agujero de la pared y luego al desorden de cascotes y revoque que había en el piso. Tenía que limpiar todo eso. Si llegaba a entrar alguien...

Fue hasta la cocina pero allí no había nada con qué poder quitar el polvo o barrer el piso. Todos los útiles de limpieza se guardaban en la casita de servicio. El descubrirlo lo preocupó. Echó una mirada a través de las ranuras de la persiana.

Dong Ham y la joven no estaban a la vista, pero podía oír sus voces que llegaban por la ventana abierta del dormitorio de Haum. Probablemente ya habrían descubierto que Haum no se cambió de ropa.

Jaffe sacó el pañuelo, lo empapó con agua y luego volvió a la sala. Se agachó y frotó la mancha de sangre. En el piso de parquet lustrado había quedado una mancha marrón, y aunque la frotó durante varios minutos, no la pudo sacar del todo.

Después de tirar por el baño el pañuelo manchado, volvió para recoger los cascotes más grandes. Luego se arrodilló y sopló lo que restaba de polvo, desparramándolo por el piso. Ahora quedaba bastante disimulado. Fue lo mejor que pudo hacer. Recogió los pedacitos de revoque en una hoja de diario y dejó el bollito de papel sobre la mesa.

Tendría que hacer algo con el boquete de la pared, se dijo. Si acaso llegaba la policía y veía el boquete, inmediatamente sospecharía lo que había habido en el

agujero.

Buscó hasta encontrar el clavo, luego se trepó a la escalera y con mucho cuidado lo clavó en la pared, exactamente sobre el boquete. Bajó a buscar el cuadro y lo colgó allí, tapando el agujero.

Dio unos pasos hacia atrás y miró el cuadro. Quedaba la posibilidad de que la policía no mirara detrás del cuadro: no era algo muy seguro, pero siempre era una posibilidad.

Llevó la escalera a la cocina y puso el martillo en el cajón de las herramientas. Sintió necesidad de tomar un trago y volvió a la salita donde se sirvió otra buena dosis de whisky. Cuando acercaba el vaso a los labios, el teléfono empezó a sonar: un sonido fuerte y persistente que rompió el silencio de la habitación y sobresaltó tanto a Jaffe que el vaso se le escapó de la mano y se estrelló contra el piso desparramando el whisky sobre sus pies descalzos.

Se quedó mirando el teléfono con el corazón encogido por la impresión.

¿Quién podría ser? ¿Alguien que quería ir? ¿Alguien que lo invitaba a tomar una copa?

Estaba demasiado asustado para contestar la llamada. Podría verse obligado a sostener una de esas conversaciones interminables a las que es difícil ponerles punto final.

Se quedó inmóvil, mirando el teléfono. La campanilla seguía sonando: el ruido le destrozaba los nervios. Se dio cuenta de que Dong Ham y la muchacha también oirían la campanilla. Probablemente estarían de pie tan inmóviles como él, mirándose uno al otro, preguntándose por qué no atendería el teléfono.

De pronto la campanilla dejó de sonar. El repentino silencio de la habitación era como una opresión. Con mucho cuidado, dio unos pasos alejándose de los pedazos del vaso roto. Tenía que salir de la casa, se dijo. No podía quedarse allí ni un minuto más. Más tarde, volvería, pero en ese momento, y hasta que se le calmaran los nervios, tenía que salir.

Subió presuroso la escalera, se sacó los shorts y se dio una ducha. Se puso unos pantalones y una camisa que estaban sobre una silla, evitando abrir el ropero. Controló cuánto dinero tenía y se sintió consternado al ver que sólo tenía 500 piastras en la billetera. Revolvió entre los pañuelos de un cajón y encontró otro billete de 100 piastras.

Es un inconveniente, pensó. Necesitaba dinero. Si iba a salir del país, necesitaba dinero. Frunció la boca al recordar que era domingo y los bancos estaban cerrados. Tendría que cambiar un cheque en algún hotel. En Saigón lo conocían bastante. Con toda seguridad no tendría ningún inconveniente para que en algún hotel le cambiaran el cheque.

Cuando ya estaba por salir del dormitorio, recordó de pronto que había dejado los

diamantes en el bolsillo posterior del short y ese descuido lo aterró.

No tengo que ponerme así, se dijo mientras sacaba el sobre del bolsillo del short. Estoy arriesgando la cabeza por estas piedras y casi me mando mudar sin llevármelas.

Abrió el sobre y examinó las piedras a la luz de la araña. Se sintió muy reanimado al contemplarlas y ello hizo mucho para restituirle una confianza que estaba bastante disminuida.

Volvió a la salita y buscó en el cajón del escritorio algo más seguro donde guardar los diamantes. Se decidió por una caja vacía de cinta de máquina de escribir. Metió los diamantes en la caja, volviendo a detenerse a admirarlos, luego puso la caja en el bolsillo del pantalón. Colocó la libreta de cheques en la billetera, después fue hasta la cocina y por entre las ranuras de la persiana observó el patio.

Dong Ham estaba acurrucado al lado de la puerta de la casita de servicio, mirando sin expresión hacia la casa. No había ni noticias de la joven. Preguntándose adonde se habría ido, Jaffe volvió a la salita y a través de la persiana observó la calle. Se quedó rígido al verla acurrucada en el cordón de la vereda de enfrente mirando hacia la casa.

Evidentemente los dos sospechan algo; pensó, pero con la inevitable y poco imaginativa paciencia asiática esperaban a ver qué ocurría. Pero al mismo tiempo, tomaban sus precauciones. Mientras el viejo vigilaba la puerta de atrás, la muchacha vigilaba la del frente.

En ese momento, no le importaba. Tenía que alejarse de la atmósfera de la casa.

Echó una última mirada alrededor del cuarto, entonces tomó las llaves del coche, la llave de la puerta de atrás y el bollito de papel de diario y se dirigió a la cocina. Sacó la llave, abrió la puerta posterior y se sumergió en el horno de una tarde llena de sol. Ignorando a propósito a Dong Ham, le puso llave a la puerta y se guardó la llave en el bolsillo. Se encaminó al garaje y al pasar cerca del viejo le dijo sin mirarlo:

—Volveré tarde. No vengo a comer.

Por el corto sendero que llegaba al portón doble enfiló el Dauphine rojo, que había comprado cuando llegó a Saigón porque era un coche fácil de estacionar. Detuvo el coche, bajó y abrió las dos hojas del portón, consciente de que la muchacha lo observaba atentamente.

Subió al auto, y dejando el portón abierto, se dirigió a toda velocidad hacia el centro de la ciudad.

Sam Wade (Segundo Secretario, Embajada de los Estados Unidos, Información) estacionó su Chrysler cerca del Majestic Hotel y encaminó su humanidad por la vereda. Se detuvo para mirar a través de la calle el golf miniatura donde dos chicas

vietnamesas estaban jugando con bastante habilidad observadas por una buena cantidad de desocupados domingueros.

Pensó que las dos jóvenes con sus túnicas azules ajustadas y pantalones de seda blanca formaban un cuadro atractivo. Nunca dejaba de admirar a las vietnamesas. Para él siempre seguían teniendo el especial encanto que experimentó cuando llegó a Saigón hacía dieciocho meses.

Sam Wade era un hombre gordo, rechoncho, pelado, con cara sonrosada y de aspecto bonachón. No se destacaba mucho en su trabajo, pero era muy querido y conocido por su debilidad por las mujeres y las chillonas camisas hawaianas.

Recién bañado y afeitado, y metido en la gloria de una camisa nueva y de muchos colores, Sam Wade se sentía en la cima del mundo. Había pasado la mañana practicando esquí acuático. Dentro de media hora, tenía una cita con una china con quien había convenido pasar la noche. Por todo ello, para Sam Wade, el mundo se convertía en algo muy satisfactorio.

Penetró en el bar vacío del Majestic Hotel y con un gruñido de satisfacción depositó su humanidad en una silla.

Los ventiladores del techo giraban con holgazanería, removiendo el aire caluroso y húmedo. En poco tiempo más el bar se llenaría del todo, pero por el momento Wade tenía el lugar para él solo. Pidió un whisky doble con hielo, encendió un cigarrillo y estiró unas piernas cortas y gordas.

Después de la inevitable espera le colocaron el whisky frente a él, y saboreó la primera copa del día.

Echándose hacia atrás en la silla, observó la actividad de la calle con su tránsito de *rickshaws*, conocidos en Saigón como *pousse-pousse*, de motocicletas peligrosamente manejadas y de una inmensidad de bicicletas montadas por vietnameses. Notó cómo el Dauphine rojo de Jaffe se apartó de la corriente del tránsito y se dirigió a estacionarse en un lugar desocupado detrás del Chrysler.

Al observarlo, mientras Jaffe cruzaba la calle y entraba al bar, Wade pensó que tenía el aspecto de preocupado y consumido.

Entonces pensó: parece como si algo le preocupara mucho. Quizás se pescó una disentería.

Al encontrar la mirada de Jaffe levantó una mano gorda para saludarlo. Se asombró al ver que el hombre grande y forzado vacilaba como si no supiera si acercarse o no: Con evidente esfuerzo, se le acercó, trajo una silla y se sentó.

—Hola, Steve —dijo Wade y sonrió—. ¿Qué vas a tomar?

—Un whisky, supongo —contestó Jaffe y buscó un cigarrillo—. ¡Pero qué camisa te has puesto!

—¿Si, no? —sonrió Wade con satisfacción—. Hasta a mí me intimida un poco — y se rió. Pidió un whisky doble con soda para Jaffe y pagó las dos copas—. No te vi

en el río esta tarde.

Jaffe, molesto, se endureció en la silla.

—No —contestó con voz fría e inexpresiva—. ¿Estuviste esquiando? —y se decía a sí mismo que fue un error entrar al bar. Debió ir directamente a los escritorios, cambiar el cheque y salir. Debería haber recordado que era muy fácil encontrarse con alguien conocido en el bar del Majestic.

Wade contó que había estado esquiando. Se quejaba de la suciedad del río Saigón mientras Jaffe casi no lo escuchaba.

Viendo que a Jaffe eso no le interesaba, Wade agregó:

—Me conseguí un lindo ejemplar de chinita para esta noche —y lo miró de soslayo—. Es un buen bocado. La conocí la otra noche en el *Arc-en-Ciel*. Si cumple como promete, no voy a perder la noche.

Mirando al hombre gordo y de aspecto bonachón recostado frente a él, Jaffe sintió el aguijón de la envidia. También él esperaba no perder la noche, pero en una forma tremendamente distinta de lo que Wade estaba anticipando. Dentro de una hora poco más o menos, debería decidir qué iba a hacer, y de esa decisión dependía su vida y su libertad.

—Fuera de las mujeres y la comida china —seguía diciendo Wade—, esto es un infierno. Cuando vuelva a mi tierra voy a estar encantado. Todas estas malditas restricciones me resultan de lo más molestas.

Jaffe miraba hacia la calle más allá de Wade, donde policías vietnameses se aburrían frente al hotel; eran dos hombres pequeños de tez oscura y traje blanco con cascos y cartucheras en las caderas. El verlos le daba sensación de malestar. Se preguntaba cómo reaccionaría Wade si le contaba que había asesinado a Haum y escondido el cadáver en el armario de la ropa.

—Veo que sigues con ese auto chico —oyó decir a Wade y se dio cuenta de que el hombre gordo hacía un rato que hablaba sin que le escuchara lo que decía—. ¿Sigues andando bien?

—Sí, anda bien —le contestó—. Al principia tuve algún pequeño inconveniente, pero el coche no era nuevo cuando lo compré.

—Bueno, supongo que, para estacionarlo ha de ser muy cómodo, pero a mi dame coches grandes —contestó Wade y miró el reloj pulsera. Faltaban tres minutos para las diecinueve. Se levantó. Cuando se paró al lado de Jaffe se preguntó qué lo tendría preocupado a éste. Parecía estar tan lejano e indiferente. Era raro en Jaffe. Generalmente resultaba una compañía muy agradable para tomar unas copas—. ¿Estás bien, Steve?

Jaffe lo miró fijo. Wade tuvo la extraña sensación de que se asustó de pronto.

—Estoy muy bien —le contestó Jaffe. Wade frunció el ceño, luego desistió.

—Cuidado con pescarte alguna disentería —dijo—. Ahora tengo que irme. Le

prometí a mi amiga llevarla primero a comer. Hasta pronto.

En cuanto Wade desapareció con el auto, Jaffe sacó la libreta de cheques y llenó uno por 4.000 piastras.

Se acercó al escritorio de la oficina de recepción y le preguntó al empleado si le podía hacer efectivo el cheque. El empleado, un vietnamés de rostro agradable y que conocía a Jaffe, le pidió con amabilidad que esperara un momento. Desapareció en la oficina del gerente, volvió a aparecer al cabo de un momento, y sonriendo, le tendió a Jaffe ocho billetes de quinientas piastras.

Con alivio, Jaffe se lo agradeció y guardó el dinero en la billetera. Salió del hotel, siguió en el coche por Tu Do y estacionó frente al *Caravelle Hotel*. Entró y le preguntó al empleado de recepción si le podía hacer efectivo un cheque. Allí también el empleado lo conocía, y después de una breve visita a la oficina del gerente le cambió a Jaffe un segundo cheque por otras 4.000 piastras.

Cuando salía del hotel, se detuvo de golpe en la entrada, sintiendo que el corazón le daba un vuelco.

Al lado del Dauphine rojo se había detenido un policía, dándole la espalda. Parecía estar examinando el coche.

Unas horas antes semejante ocurrencia sólo habría molestado un poco a Jaffe y se habría acercado al policía para preguntarle qué buscaba, pero ahora al ver al hombrecito de uniforme blanco Jaffe se asustó tanto que apenas pudo resistir la acuciosa tentación de salir corriendo.

Se quedó inmóvil, observando al policía que se acercaba lentamente a la parte delantera del coche y miraba el número de la chapa y luego se enderezaba, las manos metidas en el cinturón de la cartuchera, para detenerse después un poco más adelante a examinar también otro coche.

Jaffe hizo una profunda respiración de alivio. Caminó hasta el coche, abrió la puerta y subió. Echó una mirada al reloj pulsera. Eran las diecinueve y veinticinco. Volvió hacia el lado del río, pasó por el Club Náutico donde pudo ver en la terraza a mucha gente tomando algo antes de la comida y siguió hacia el puente que llevaba a los muelles. Se detuvo cerca del jardincito que había al lado del puente, estacionó el coche y se internó en el jardín. A esa hora estaba desierto, sólo había una pareja de jóvenes vietnameses, sentada bajo un árbol, que se abrazaban.

Jaffe caminó alejándose bastante de ellos y se sentó en la sombra. Encendió un cigarrillo. Ahora es el momento, se dijo, de decidir lo que haría. Tenía cierta cantidad de dinero. Debía salir de Vietnam. No podría hacerlo sin ayuda. Por un instante pensó en una rápida huida hacia la frontera con la esperanza de poder llegar a Phnom-Phen donde estaba seguro de conseguir algún avión para Hong Kong, pero el riesgo y las dificultades eran demasiado grandes. Si no fuera por los diamantes, se habría decidido a correr el riesgo, pero sería estúpido huir, se dijo, teniendo ahora en el

bolsillo una fortuna en potencia, sin tomar toda clase de precauciones. Estaba seguro que de alguna manera, dando con los contactos correctos, le sería posible conseguir nuevos documentos de identidad y una visa de salida. For supuesto tendría que cambiar de aspecto. No sería difícil. Se podría dejar crecer el bigote, teñirse el pelo, usar anteojos.

Había leído bastante a menudo sobre gente que obtiene pasaportes falsos. Pero, en verdad no tenía la menor idea de cómo debía proceder. Probablemente fuera más fácil obtener un pasaporte falso en Hong Kong y que se lo trajeran desde allí que tratar de conseguir uno en Saigón.

Molesto, cambió de postura, sacudiendo la ceniza del cigarrillo.

¿A quién podría dirigirse para conseguir un pasaporte falso? No conocía a nadie en Hong Kong. Tampoco se le ocurría nadie en Saigón. Entonces se acordó de Blackie Lee, el que regenteaba el *Paradise Club*. Era una posibilidad, pero, ¿se podría confiar en él? En cuanto corriera la noticia de que Haum había sido asesinado y habían desaparecido los diamantes. ¿Blackie no lo traicionaría? y aun cuando se pudiera confiar en Blackie, ¿podría conseguirle un pasaporte? ¿Tendría contactos en Hong Kong?

Jaffe se daba cuenta de que era un asunto que no podía hacerse inmediatamente. Pasarían un par de semanas antes de poder tener alguna mínima posibilidad de salir del país. ¿Qué iba a hacer hasta entonces? ¿Dónde podría esconderse para que no lo encontrara la policía?

A la mañana siguiente, con toda seguridad, ya habrían comenzado a buscarlo. Tendría que esconderse esa misma noche. ¿Pero, adónde?

La persona indicada que querría y podría ayudarlo era Nhan, pero Jaffe vacilaba en complicarla. No tenía ningún conocimiento del código criminal de Vietnam, pero tenía la seguridad de que cualquiera que amparara a un criminal se vería en complicaciones, y sin embargo, si no la complicaba a ella, ¿a quién podía recurrir?

Estaba perdiendo el tiempo, se dijo. Tendría que confiar en Nhan; la vería y le hablaría. No podría quedarse en su casa. Nunca estuvo allí, pero varias veces ella le había contado cómo era. Vivía en un departamento de tres habitaciones con su madre, su tío y tres hermanos. A menudo se quejaba con tristeza de no tener un lugar para ella sola, pero quizás conociera a alguien; quizás se le ocurriera algo.

Se puso de pie y caminó hasta el auto.

La chica y el muchacho sentados en el banco no miraron en su dirección. Estaban tan abrazados que ni siquiera se dieron cuenta de que andaba por ahí.

Al observarlos, evidentemente tan felices en sus sueños seguros y sin peligro, Jaffe se sintió más solo de lo que nunca se sintiera en su vida.

CAPÍTULO III

1

EN EL VIAJE al subir por el Boulevard Trang Hung, Jaffe estaba encajonado entre motocicletas, *pousse-pousse*, inmensos coches americanos manejados temerariamente por ricos vietnamenses y pequeños taxis manejados con igual temeridad por conductores aficionados que no tenían idea de adónde iban, pero que eran completamente felices mientras pudieran mantener en movimiento sus automóviles.

Para un desprevenido, el boulevard estaba lleno de amenazas. Los letreros chinos de todos colores eran deslumbrantes. La vieja generación de residentes vietnamenses, vestidos todos de negro, se negaban a caminar por las veredas y marchaban decididos por el medio de la calle. Sólo cuando los faros los descubrían, a pocos metros por delante, entonces el conductor se daba cuenta de que estaba a punto de atropellarlos. Una rápida frenada significaba la posibilidad de que otro coche lo golpeará de atrás.

Al acercarse a Cholon, el distrito chino, la calle se enangostaba. La mucha población que no tenía, nada que hacer se volcaba a las callas, poniendo a disposición del azar oportunidades suicidas.

Jaffe había manejado mucho por ese distrito y no tenía dificultad en maniobrar con el coche por entre el tránsito congestionado y evitando, los peatones despreocupados. El trabajo de manejar alejó de su mente los problemas inmediatos.

Por último, y no sin cierta dificultad, se las arregló para estacionar el coche a unos cien metros del *Paradise Club*. Apartó a tres andrajosos chinitos que se habían apurado a correr para abrir la portezuela del coche y ayudarlo a levantar los vidrios con la esperanza de ganarse una o dos piastras, luego caminó por la angosta calle desmañada, brillantemente iluminada por los letreros chinos de neón de la entrada del *Paradise Club*.

Mientras trepaba las escaleras que lo llevaban al club, oía la estridencia de la orquesta filipina y los chillidos de la mujer que cantaba; la música y la voz eran amplificadas al triple por los micrófonos hasta un volumen que destrozaba los nervios, pero que encantaba a los chinos; cuanto más fuerte el sonido mejor les parecía la música.

Jaffe levantó hacia un lado la cortina que había a la entrada del salón de baile. Inmediatamente se le acercó una china, con la cara blanqueada por los polvos, la silueta bajo una provocativa cheongsam blanca. Era Yu-Lan, la mujer de Blackie Lee, y en cuanto reconoció a Jaffe le sonrió.

—Nhan todavía no ha llegado —le dijo, acariciándole el brazo con unos dedos delgados—. Estará aquí dentro de muy poco.

Su saludo reconfortó a Jaffe. Entró con ella al salón de baile. El lugar estaba repleto, pero la luz era tan escasa que no era posible ver más que un montón de siluetas de cabezas perfiladas contra la luz del tablado de la orquesta.

Lo condujo hasta una mesa, lejos de la orquesta, y en un rincón. Apartó la silla para que se sentara.

—*¿Tu vas bien?* —le preguntó sonriéndole. Siempre lo tuteaba.

—*Sa va* —le contestó y se sentó—. *¿Está Blackie?* Quiero un whisky con hielo solamente.

—*Tout de suite* —le dijo y Jaffe notó que lo miró y se dio cuenta de haber hablado con mayor sequedad de lo que hubiera querido.

Yu-Lan se alejó y Jaffe se sentó allí, la mente embotada por el estridente sonido de la músicaailable y el impacto de la voz de la mujer que cantaba en el micrófono. El poder de esos pulmones destrozaba los nervios occidentales.

Casi sin ninguna demora, Blackie Lee apareció de entre las sombras y acomodó su cuerpo gordo en la silla próxima a la de Jaffe.

Blackie Lee era un hombre de formas cuadradas de treinta y seis años, pelo negro aceitoso, partido al medio y rostro ancho y amarillo que en cualquier crisis permanecía inexpresivo.

Una perspicaz mirada a Jaffe le dijo a Blackie que algo andaba mal. Su mente alerta agudizó la atención. Jaffe le gustaba. Era gastador, no provocaba molestias, y para el negocio de Blackie era muy conveniente tener por clientes a americanos que no provocaran molestias.

—*¿Qué contactos tiene en Hong Kong?* —le preguntó Jaffe en forma repentina.

El rostro de Blackie permaneció inexpresivo y con mirada soñolienta.

—*¿En Hong Kong?* Tengo muchos amigos en Hong Kong —le contestó—. *¿A qué clase de contactos se refiere?*

Jaffe se sintió como si estuviera parado en un trampolín de una pileta de natación, preparándose a zambullirse. *¿Podré confiar en este chino gordo?* se preguntó y vaciló.

Al verlo vacilar, Blackie dijo para animarlo:

—Además de muchos amigos, en Hong Kong también vive mi hermano.

Hubo una larga pausa mientras Blackie se hurgueteaba los dientes con un escarbadietes de oro y Jaffe se quedó mirando hacia la repleta pista de baile mientras trataba de decidir si confiaría o no en Blackie.

Por último, habló:

—Se ha planteado un problema: es complicado y estrictamente confidencial. Un amigo mío necesita un pasaporte falso.

Blackie se estremeció de manera imperceptible, pero suficientemente como para pincharse la encía con la punta afilada del escarbadietes.

—*¿Un pasaporte?* —repitió como si nunca hubiera escuchado esa palabra.

—Me imagino que ha de ser más fácil conseguir un pasaporte en Hong Kong que aquí —dijo Jaffe, tratando de hablar sin darle mayor importancia—. Me preguntaba si usted conocería a alguien que pudiera conseguirlo.

—¿Un pasaporte americano?

—Sería mejor un pasaporte inglés.

—Es un asunto ilegal y peligroso meterse con pasaportes... —dijo Blackie con suavidad. No creía en la existencia del amigo de Jaffe. Ese hombre grandote quería un pasaporte inglés para él. ¿Por qué? Evidentemente tenía la intención de irse de Vietnam, pero ¿por qué con pasaporte falso?

—¿Para su amigo? —preguntó Blackie.

—Así es. Estaría dispuesto a pagar.

—Si pudiera arreglarse, costaría mucho —agregó Blackie.

—Pero, ¿se puede arreglar?

Blackie guardó el escarbadiantes en el bolsillo de la camisa.

—Pudiera ser. Hay que averiguarlo. Costaría una buena cantidad de dinero.

—Es urgente —dijo Jaffe—. ¿Cuándo se podría saber?

—Tendría que escribirle a mi hermano. Como usted sabe aquí a veces hay censura en las cartas. Tendría que encontrar a alguien en quien poder confiar para que llevara la carta personalmente a mi hermano. Y él tendría que encontrar alguien que me trajera personalmente la contestación. Eso toma tiempo.

De pronto Jaffe se dio cuenta de lo difícil que iba a ser todo. Su cálculo de que en diez días podría irse le parecía de repente ridículamente optimista. Tendría que quedarse escondido durante un mes; quizás más.

Blackie continuó:

—¿Su amigo está en dificultades, supongo?

—Los detalles no interesan —contestó Jaffe en forma cortante—. Cuanto menos detalles sepa, usted estará más seguro.

—Eso no es del todo correcto. Si es una dificultad muy seria y se descubre que tengo algo que ver, igual puede traerme dificultades —dijo Blackie con calma—. Es una temeridad meterse en algo que no se conoce. Además, si la dificultad es muy seria, influye en el costo del pasaporte. Naturalmente, su amigo tendrá que pagar más.

Fuera de la vista, debajo de la mesa, las manos grandes de Jaffe se transformaron en puños cerrados. ¡Maldito sea! pensó, ¡esto va a ser un infierno de cosas complicadas! En cuanto lea el diario mañana, sabrá que estoy metido en un caso de asesinato. O se asusta demasiado para ayudarme, o va a levantar el precio hasta una cifra desesperante. Entonces se acordó que tenía los diamantes. Podía pagar el pasaporte con un diamante o dos, pero si lo hacía, sería darle a Blackie la pista de que tenía las piedras. Podía resultar peligroso. Si Blackie llegaba a descubrir que tenía los diamantes del general Nguyen Van Tho, podría tener la tentación de robárselos.

Debería tener mucho cuidado. Se estaba metiendo en todo eso sin pensar en las consecuencias.

—Tengo que volver a hablar otra vez con mi amigo —contestó sin mirar a Blackie—. Necesitaré su autorización antes de contarle algo más del asunto.

—Lo comprendo —dijo Blackie—. Un buen amigo no traiciona confidencias en forma temeraria.

Jaffe lo miró fijo, pero la cara gorda y amarilla no le reveló nada. Jaffe pensó: No es ningún tonto. Sospecha que el pasaporte es para mí. ¿Se lo admitiré? Lo sabrá con seguridad cuando lea mañana los diarios. Mejor no. Así me queda todavía un poco de tiempo. Mejor es que hable primero con Nhan.

—Supongo que su amigo quiere salir del país —agregó Blackie con suavidad—. Ya sabrá que es un asunto complicado. Para poder utilizar un pasaporte, éste debe estar primero sellado con una visa de admisión y luego hay que conseguir que lo sellen con una visa de salida. Se necesitan fotografías de su amigo para las autoridades de inmigración. Será necesario sobornar a mucha gente. Por supuesto, se puede arreglar, pero siempre que la dificultad no sea muy seria. Por ejemplo si su amigo tiene inconvenientes con la policía por haber dado cheques sin fondo o por molestar a una mujer o por hablar de algo que no le incumbe o por atropellar a alguien, entonces se puede arreglar, pero si lo que su amigo ha cometido es un crimen político o una muerte, entonces no se puede arreglar.

¡Bueno! ¡En eso estamos! pensó Jaffe y sintió que se le cerraba la garganta.

—Hablaré con él —dijo, y Blackie reconociendo en su voz que con eso terminaba la conversación, se puso de pie.

—Por supuesto, puede confiar en mí para ayudar en lo que se pueda —agregó—, pero naturalmente debo evitar los inconvenientes.

—De acuerdo —dijo Jaffe—. Comprendo.

Cuando Blackie se alejó, Jaffe miró su reloj. Eran las veintiuna y treinta. Sería difícil que Nhan llegara, antes de las veintidós y media. De pronto se dio cuenta de que tenía hambre.

Empujó la silla hacia atrás, se paró y bordeando la pista se dirigió a la salida.

En la vereda de enfrente, había un restaurante chino donde solía comer a veces. Entró, saludando con la cabeza al propietario que apretaba las teclas de la calculadora con esa increíble rapidez que hacía de toda la operación un completo misterio para cualquier mente europea. Hizo una pausa, meneó la cabeza y en una sonrisa reveló unos dientes grandes y amarillos.

Una joven china, vestida de manera que parecía llevar un uniforme de azafata, condujo a Jaffe a una mesita con un solo asiento detrás de una mampara.

En ese restaurante todas las mesas estaban ocultas detrás de mamparas desde donde llegaban los sonidos roncós de risa china y el ruido de muchos platos.

Jaffe pidió sopa china, cerdo fermentado y dulce y arroz frito. Se frotó la cara y las manos con la toalla húmeda y caliente que le ofreció una joven, sosteniéndola con unas pinzas cromadas.

Mientras esperaba que le sirvieran la comida, Jaffe consideró su problema. Estaba nervioso por Blackie a pesar de la seguridad de su mujer. Veía ahora que el problema de salir de Vietnam, se complicaría más si trataba de comprar un pasaporte.

¿Entonces cómo haría? Tenía la seguridad de que si tuviera suficiente dinero en efectivo podría conseguir salir de Vietnam. Para conseguir el dinero necesario debería vender algunos diamantes. ¿Pero cómo hacer para venderlos en Saigón?

Seguía madurando el problema cuando le sirvieron la comida. Comió sin ganas, bajando la comida a fuerza de vino tibio chino. Cuando terminó, la joven le trajo otra toalla y se enjugó las manos, luego pidió la cuenta.

La muchacha se retiró dejando la mampara medio abierta. Mientras esperaba la cuenta, vio salir de detrás de una cortina a Sam Wade y a una joven china que se dirigían a la escalera.

Jaffe observó a la mujer que estaba con Wade.

Era alta con una figura excepcional. Llevaba puesto un cheongsam color escarlata que acentuaba las curvas de su silueta. Era sofisticada y parecía muy aburrida y muy consciente de sus encantos físicos. Jaffe decidió que no era la clase de mujer que pudiera interesarlo. Debía ser muy complicada. Comparándola con la sencillez de Nhan, se sintió de pronto contento y, agradecido por haber tenido la suerte de encontrar a Nhan.

Esperó hasta que los dos desaparecieron por la escalera, luego pagó la cuenta y bajó hasta la calle para buscar a Nhan.

2

Eran exactamente las veintidós y media cuando Jaffe vio llegar a Nhan caminando alegremente por la vereda, abriéndose camino a través del gentío que la empujaba, con una expresión levemente preocupada en el rostro de facciones delicadas. Llevaba puestos unos pantalones de seda blanca y una túnica ajustada color vino tinto.

Jaffe hizo sonar tres veces la bocina del auto. Hizo una pausa y volvió a hacerla sonar. Era la señal convenida. Inmediatamente Nhan miró en esa dirección y cuando vio el Dauphine rojo se le iluminó el rostro y sonrió. Empezó a dirigirse hacia el coche mientras Jaffe descendía.

Es una cosa curiosa, pensó Jaffe mientras estaba parado al lado del coche esperándola, pero cada vez que la veo, me entusiasma.

Nhan corrió hacia él y levantó la vista para mirarlo cuando le tomó la mano.

En sus ojos oscuros tenía esa extraordinaria mirada de adoración que siempre asombraba a Jaffe. Era una mirada que nunca había visto en los ojos de ninguna otra mujer y que le decía con toda claridad: eres el centro de mi universo, sin ti no hay sol, ni luna, ni universo, ni nada. Era una mirada de completo e ingenuo amor.

Aunque halagaba a su ego el saber que ella lo amaba en esa forma tan completa, al mismo tiempo y con frecuencia lo perturbaba, pues sabía que no era capaz de amarla en la misma forma.

—Hola —dijo Nhan—. ¿Qué tal, estás bien?

Se sentía orgullosa por el hecho de estar aprendiendo inglés. Podía fácilmente hablar francés de corrido, pero desde que había conocido a Jaffe se dedicaba a hacerlo en inglés.

—Hola —contestó Jaffe, y al mirarla sintió un apretón en la garganta. Sus facciones de muñeca, su pequeñez y su amor lo conmovían como ninguna otra cosa podía hacerlo—. Sí, estoy muy bien. Dile a Blackie que esta noche no trabajarás. Quiero conversar contigo —sacó la billetera y le dio dinero—. Toma, dale esto, y apúrate, ¿quieres?

Los ojos almendrados se abrieron enormes cuando miró el dinero.

—Pero, Steve, ¿por qué no subes? Podemos bailar y hablar. Ahorrarás dinero.

—Dáselo a Blackie —insistió Jaffe en tono cortante—. No puedo conversar contigo allí arriba.

Le echó una mirada rápida, asombrada, luego subió corriendo las escaleras del club.

Jaffe entró en el coche y encendió un cigarrillo. A pesar de la suave brisa, el calor lo oprimía. Cada tanto su mente volvía a Haum metido en el ropero. El pensamiento del hombre muerto lo acobardaba.

Nhan salió del club y subió al auto. En cuanto ella cerró la puerta Jaffe apretó el arranque y enfiló el coche hacia la corriente de *pousse-pousse* y de automóviles.

Manejó lo más rápido que pudo hacia el río. Nhan estaba sentada en silencio, las manos descansando sobre las rodillas, los ojos fijos en la corriente del tránsito.

Cuando llegaron a los jardines adyacentes al puente Jaffe detuvo el coche.

—Bajemos —dijo saliendo del auto.

Nhan lo siguió hasta el banco debajo de los árboles donde estuviera sentada la pareja de vietnameses y se sentaron.

La luna flotaba en un cielo sin nubes, derramando su luz sobre los sampans y los pequeños botes a remo que todavía se movían en el río.

Cuando Nhan se ubicó al lado de Jaffe, éste rodeó con un brazo el cuerpo delicado y la besó. La sostuvo contra sí, la boca de Nhan contra la suya durante un largo momento, luego soltándola encendió un cigarrillo, y tiró el fósforo al río.

—¿Qué pasa, Steve?

Ahora habló en francés y Jaffe notó que su expresión era de ansiedad.

Dudó si admitir que pasaba algo, luego dándose cuenta que estaba perdiendo el tiempo, dijo:

—Ha ocurrido algo. Estoy en dificultades. No me hagas preguntas. Es mejor que no sepas nada. Lo cierto es que tengo serias dificultades con la policía. Tengo que irme de aquí.

Nhan se puso rígida las manos se apretaron sobre las rodillas cubiertas de seda. Jaffe podía oír su respiración agitada. La observó con lástima. Como no hablaba le dijo:

—Es muy serio, Nhan. Tengo que conseguir salir del país.

Nhan hizo una profunda inspiración.

—No comprendo —dijo—. Por favor explícame mejor.

—Esta tarde ocurrió algo. Mañana la policía me buscará.

—¿Qué ocurrió?

Jaffe vaciló, luego decidió contárselo. Era seguro que los diarios publicarían todo el asunto al día siguiente, o al otro día; entonces, todo el mundo lo sabría.

Por eso se lo contó.

Los dedos de Nhan le apretaron las muñecas.

—¡Pero fue un accidente! —dijo casi sin aliento—. ¡Tienes que decírselo a la policía! ¡Fue un accidente!

Se movió con impaciencia.

—Pero pensarán que lo maté. ¿No comprendes?

Tengo que irme o estoy perdido.

—¡Pero fue un accidente! —exclamó—. ¡Tienes que presentarte en seguida a la policía! Se pondrán contentos cuando les entregues los diamantes. ¡Vamos en seguida a la policía! —y empezó a ponerse de pie.

—Me voy a quedar con los diamantes y no voy a ir a la policía —dijo Jaffe con voz fría y dura.

Nhan se dejó caer en el banco. Bajó la cabeza para que Jaffe no le pudiera ver la cara.

—¿No te das cuenta? —le dijo enojado—. Si me voy puedo vender los diamantes. Valen como un millón de dólares o quizás más. Es la oportunidad de mi vida. ¡Siempre ambicioné conseguir una buena cantidad de dinero!

Nhan se balanceaba hacia adelante y hacia atrás en una agonía de terror.

—Si huyes, van a creer que lo asesinaste —se lamentó—. No debes hacerlo. Ningún dinero vale tanto. ¡Tienes que devolver los diamantes!

—Yo lo maté —dijo poniéndose impaciente—. No soy tan tonto para arriesgarme a un juicio. Me pueden meter en una hedionda cárcel por unos cuantos años. Estamos perdiendo el tiempo. De alguna manera, tengo que conseguir irme. Organizarlo

tomará tiempo. Debo encontrar algún lugar seguro donde esconderme. ¿No sabes dónde podría esconderme?

—¿Esconderte? —levantó la cabeza y se quedó mirándolo, el terror hacía feroz su mirada. La palabra hizo brillar un pánico que daba lástima ver—. ¿Y yo? ¿Me vas a dejar?

—No he hablado de dejarte. Cuando me vaya vendrás conmigo.

—¡Pero no puedo! ¡No me darían permiso para irme! ¡Ningún vietnamés puede salir del país! Y además, si me voy, ¿qué les va a ocurrir a mi madre, a mis hermanos y a mi tío?

Complicaciones, pensó Jaffe. Siempre complicaciones.

—Si quieres venir conmigo, tendrás que dejarlos.

Pero ahora olvídale; lo resolveremos cuando llegue el momento de hacerlo. Debo encontrar un lugar seguro donde quedarme una semana más o menos. ¿No conoces ningún lugar adónde pueda ir? Pero no en Saigón, en alguna otra parte.

Volvió a dejarse llevar por el pánico.

—¡Pero no debes esconderte! ¡Tienes que ir a la policía!

Con un torrente de palabras histéricas empezó a suplicarle que devolviera los diamantes, que se presentara a la policía, que les dijera la verdad.

La dejó continuar durante uno o dos minutos, luego en forma brusca se puso de pie.

Nhan dejó de hablar y lo observó, el terror le agrandaba los ojos y los hacía brillar a la luz de la luna.

—Está bien, está bien —dijo con aspereza—. Si no quieres ayudarme, ya encontraré quien quiera hacerlo. ¡No me voy a presentar a la policía y no voy a devolver los diamantes!

Nhan se estremeció y cerró los ojos.

Jaffe sintió pena por ella, pero al mismo tiempo estaba enojado e impaciente. Le estaba haciendo perder un tiempo precioso.

—No debería haberte contado nada —continuó—. Vamos, te llevaré de vuelta al club. No pienses más en esto. Ya encontraré alguien que me ayude.

Nhan se paró de un salto y le tendió los brazos al cuello y apretando contra él su delgada silueta; lo abrazó con frenesí.

—¡Te ayudaré! —le dijo con desesperación—. ¡Me iré contigo cuando te vayas! ¡Haré todo lo que quieras!

—Muy bien, ahora, tranquila. Siéntate. Si nos viera alguien...

Instantáneamente lo soltó y se sentó. Estaba temblando y las lágrimas le corrían por las mejillas. Jaffe se sentó a su lado, sin tocarla y esperó. Después de un rato, Nhan se dominó y con timidez puso una mano en la de Jaffe.

De repente le dijo:

—Mi abuelo tiene una casa en Thudaumot. Allí estarás seguro. Creo que podré convencerlo para que te acepte.

Jaffe hizo una inspiración muy profunda. La rodeó con un brazo y la estrechó.

—Sabía que podrías ayudarme —le dijo—. Te tenía confianza. Todo saldrá bien. Dentro de tres o cuatro meses estaremos en Hong Kong; seremos ricos.

Se apoyó contra él, apretándole la mano. Jaffe sintió que todavía temblaba.

—Te voy a comprar un tapado de visón —le dijo—. Es lo primero que vamos a comprar, y perlas. Vas a quedar lindísima con el visón. También podrás tener un coche, un coche tuyo.

—Te resultará muy difícil salir de Vietnam —dijo Nhan—. Hay muchas restricciones y reglamentaciones.

Estaba fastidiado porque Nhan no reaccionó frente al sueño que tratara de crear para ella. ¡Visón, perlas y un coche! Tendría que haberse entusiasmado frente a semejantes proyectos, pero en cambio hacia notar el único problema que no tenía idea de cómo iba a resolverlo.

—Lo primero es lo primero —le dijo—. Vamos, y háblale a tu abuelo. Le pagaré bien. No debes decirle nada de la policía. Será mejor contarle que un enemigo político me anda buscando.

—Le diré la verdad —dijo Nhan con sencillez—. Cuando sepa que te quiero te ayudará.

Jaffe se encogió de hombros.

—Bueno, está bien. Lo dejo en tus manos, pero asegúrate de que no vaya corriendo a decírselo a la policía.

—Nunca haría nada que me hiciera desgraciada —dijo Nhan con tanta dignidad herida que Jaffe se sintió un tanto avergonzado—. Puedo persuadirlo para que te ayude.

De pronto Jaffe vio la dificultad del proyecto. Thudaumot quedaba a veintidós millas de Saigón.

Recordó que en el camino había un puesto de la policía donde todos los coches debían detenerse para control. Sería fatal para sus planes que controlaran su coche. Cuando la policía encontrara el cadáver de Haum, buscaría el auto. En cuanto supieran que había pasado por el camino a Thudaumot, concentrarían su persecución por esa zona.

—Hay un puesto policial en el camino —dijo—. Podría ser una dificultad.

Nhan se quedó mirándolo, completamente inmóvil, esperando, mientras Jaffe se concentraba en busca de una solución al problema.

Después de pensarlo un rato se dio cuenta de que la única esperanza de pasar por el puesto policial sin inconveniente era utilizando otro coche que no fuera el suyo. Sabía que a los coches con chapas diplomáticas, muy rara vez los detenían en los

puestos policiales, e inmediatamente pensó en Sam Wade y su gran Chrysler. Si podía pedirle prestado el Chrysler tendría una buena posibilidad de ocultar su paso por allí.

Por lo que dijera Wade, esa noche no usaría el coche, pero, ¿dónde estaría? Sabía que estaba metido en alguna parte con esa china, mas, ¿cómo iba a hacer para encontrarlo? Le preguntó a Nhan si la conocía y se la describió.

—Sí, la conozco —dijo Nhan asombrada—. Baila en el *Arc-en-Ciel*. Se llama Ano Fai Wah. Gana mucho dinero saliendo con americanos. No es una buena mujer.

—¿Sabes dónde vive?

Nhan pensó un momento y luego dijo que Ann Fai Wah tenía un departamento en Hong Thap Tu.

Jaffe se puso de pie.

—Vamos —dijo.

Nhan se quedó mirándolo asombrada.

—¿Quieres ir a ver a Ann Fai Wah? —le preguntó ofendida—. ¿Para qué? Yo no iré contigo a ver a esa mujer.

—Vamos, vamos —dijo Jaffe con impaciencia—. Te lo explicaré por el camino.

Mientras conducía hacia el centro de la ciudad, le explicó lo del automóvil de Wade.

—Tendrás que traerlo de vuelta, Nhan. ¿Te parece que podrás hacerlo?

Le había enseñado a manejar el Dauphine y conducía el coche muy bien, pero no tenía idea de si ella podría arreglárselas con un coche grande como el Chrysler.

Nhan le contestó decidida y segura que era muy capaz de manejar el Chrysler.

Encontraron el coche estacionado frente a un edificio de lujosos departamentos en una calle tranquila.

Jaffe le dijo a Nhan que esperara en el Dauphine y se acercó al Chrysler. Como lo suponía las puertas estaban con llave y los vidrios subidos. Tendría que pedirle a Wade las llaves y permiso para usar el coche. Esperaba no interrumpirlo en un momento inoportuno.

Entró al edificio y se fijó en el tablero indicador cuál era el departamento de la joven. Estaba en el cuarto piso. Subió por el ascensor y al detenerse frente a la puerta le echó una mirada al reloj. Eran las veintitrés y diez.

Escuchó y le pareció oír alguna músicaailable.

Apretó el timbre y esperó. Después de una larga pausa, volvió a tocar el timbre.

La puerta se entreabrió lo que permitía la cadena y la joven china lo miró en forma interrogativa. Con alivio vio que estaba completamente vestida. Le sonrió.

—Lamento interrumpir, pero necesito hablar con Sam —le dijo—. Es urgente.

Oyó cómo Sam, desde algún lugar de donde no se veía, dijo:

—¿Qué demonios? ,Vamos, déjame ver, nena.

Cerraron la puerta, retiraron la cadena y Wade apareció en el vano de la puerta,

con aspecto de pocos amigos.

Ann Fai Wah, con un afectado encogimiento de hombros, se fue a otra habitación y cerró la puerta.

Wade parecía un tanto bebido. Le echó a Jaffe una mirada opaca.

—¿Qué diablos se te ocurre? —le preguntó—. ¿Cómo supiste que estaba acá?

—Tú me lo dijiste, ¿te acuerdas? —contestó Jaffe—. Lamento interrumpir, pero estoy en un apuro. Mira, el coche se me descompuso. Estoy con una amiga y tengo que llevarla al aeropuerto. ¿Me puedes prestar el coche? Te lo traeré de vuelta dentro de dos horas.

—¿Por qué diablos no te tomas un taxi?

Jaffe le obsequió una sonrisa picaresca.

—Si, no la quiero llevar en un taxi es porque en un taxi no se pueden ni se deben hacer ciertas cosas. Vamos, te estoy pidiendo un favor, yo lo haría por ti.

De pronto Wade se ablandó, y devolviendo la sonrisa picaresca, sacó las llaves del coche.

—Viejo bandido —le dijo—. ¿Quién es? ¿La conozco?

—No me parece, pero está muy bien. Te la presentaré. Es lo menos que puedo hacer.

—Por supuesto, y cuídame el coche. Lo quiero de vuelta aquí antes de las siete de la mañana.

—Gracias, Sam, eres un verdadero amigo —Jaffe tomó las llaves—. ¿Te resulta la china? —con la cabeza hizo un movimiento hacia la puerta cerrada.

—Me parece que sí —contestó Wade bajando la voz—. Estamos en la etapa del baile. Creo que dentro de una hora más el asunto estará a punto.

—Buena suerte, y muchas gracias —dijo Jaffe y se dirigió hacia el ascensor.

—Lo mismo digo —contestó Wade—, y no te olvides de presentármela.

Esperó hasta que Jaffe desapareció de su vista en el ascensor, luego volvió a entrar al departamento y cerró la puerta.

CAPÍTULO IV

1

MIENTRAS JAFFE se acercaba al Dauphine, Nhan lo miraba ansiosa a través de la ventanilla abierta del coche.

—Ya está —le dijo—. Tengo las llaves. Vamos. Dejaremos mi auto aquí.

Nhan bajó del Dauphine y mientras Jaffe levantaba los vidrios y cerraba el coche se quedó parada a su lado.

—Tendrás que traer el Chrysler de vuelta aquí mismo —le dijo tomándola del brazo y apurándose para llegar, hasta el coche de Wade—. ¿Te parece que sabrás hacer; sola el camino de vuelta?

—Si.

—Es un coche muy fácil de manejar.

Jaffe abrió la puerta del Chrysler y Nhan entró al auto corriéndose hasta el otro lado del asiento mientras Jaffe se ubicaba frente al volante. Puso la llave en el contacto y le explicó Cómo hacer arrancar el coche.

—Es muy sencillo. Los cambios son automáticos. Sólo hay que mover esta palanca, sacar el freno y darle paso a la nafta.

Sacó el coche de donde estaba estacionado y lentamente enfiló por la calle.

—Voy a pasar por frente a casa —le dijo—. Quiero que eches una mirada. Si la muchacha se ha ido, quiero ir a buscar alguna ropa. No sé cuanto tiempo pasará antes de que pueda irme. Necesito tener con qué cambiarme.

Nhan no contestó ni una palabra. Estaba como atontada. La miró fijo. El rostro de Nhan era una pálida imagen del sufrimiento.

—¿Has oído lo que dije? —agregó cortante—. Me he entregado en tus manos, Nhan. Para conseguir salir de todo este problema, ni tú ni yo podemos cometer un error.

—Comprendo —susurró.

Demoró unos minutos en llegar a la calle donde vivía. Al doblar por la calle poco iluminada y bordeada de árboles, le dijo:

—¡Observa bien! ¡Por la derecha! Yo miraré hacia la izquierda. Está vestida de blanco.

Al pasar frente a su casa, notó que todo estaba a oscuras. No había señales de nadie.

—¿Sin novedad? —preguntó aminorando la marcha.

—No veo a nadie.

Dobló por la calle del costado y detuvo el coche.

—Espera aquí —le dijo—. Voy a volver a pasar caminando. Si sigue todo sin novedad, entraré a buscar una valija. No demoraré más de diez minutos. Espérame aquí no más.

Retrocedió hasta la esquina donde se detuvo a mirar la calle desierta. Entonces caminando rápidamente, consciente de que el corazón empezaba a latirle con fuerza, se adelantó hacia su casa.

Pensó: esto puede ser un movimiento estúpido. Puedo estar metiéndome en una trampa. Por lo que sé, esa muchacha habrá llamado a la policía y habrán encontrado a Haum y han de estar esperándome. Pero necesito una muda de ropa y la máquina de afeitar. No sé cuánto tiempo tendré para estar escondido en Thudaumot.

Al acercarse a la casa miró por todos lados buscando a la muchacha o a Dong Ham, pero la calle estaba desierta. Se detuvo en el portón y volvió a mirar a derecha y a izquierda. Entonces levantó con suavidad el cerrojo, abrió el portón, entró y lo cerró de nuevo. Caminó sigilosamente por el sendero hasta la parte posterior de la casa. Allí se detuvo, manteniéndose en la oscuridad y mirando a través del patio hacia las habitaciones de servicio. No se veía ninguna luz. La puerta de la casita de servicio estaba cerrada.

Pensó: se deben haber hartado de esperar. Ella se fue a su casa y él a la cama.

Volvió a la puerta del frente. Sacando la llave, abrió la puerta y penetró en la agobiante oscuridad. Cerró la puerta y le echó llave, después se detuvo a escuchar. No le llegaba ningún ruido alarmante, y sin encender la luz, trepó la escalera hasta el dormitorio. La puerta estaba con llave como la había dejado. Introdujo la llave en la cerradura, abrió la puerta y se detuvo a escuchar. El aire frío del aparato de aire acondicionado se adelantó a saludarlo, refrescándole la cara traspirada. Entró al cuarto, cerró la puerta y encendió la luz. La habitación estaba exactamente como la había dejado, y se sonrió avergonzado al darse cuenta de lo asustado que estaba mientras, a oscuras, subía la escalera.

Miró el ropero. Allí estaba su ropa y también estaba Haum. No había tiempo para escrúpulos. Cuanto más rápido saliera de la casa y volviera al auto, mejor. Sacó un bolsón de arpillera y cuero de arriba del ropero y lo tiró sobre la cama. Entonces fue hasta el baño, recogió la máquina de afeitar, jabón y dos toallas que puso en el bolsón. De la cómoda sacó pañuelos, medias y tres camisas. Cuando sacó las camisas del cajón, vio el revólver. Durante un momento, se quedó mirándolo asombrado.

Le había comprado ese revólver a un periodista que estuvo en Saigón durante los primeros ataques aéreos. Le había contado a Jaffe que se lo sacó a un soldado muerto por la explosión de una bomba.

—Ahora vuelvo a mi casa —había dicho el periodista—. En cambio aquí uno nunca puede estar seguro. Un revólver puede llegar a ser muy necesario. Se lo vendo por veinte dólares.

Jaffe lo compró. Nunca se le ocurrió que podía llegar a necesitarlo, pero en esa época todavía a veces se seguían tirando granadas de mano, y todo el mundo seguía muy enardecido y parecía algo muy lógico comprarse un revólver.

Levantó el revólver y lo sopesó en la mano. Estaba cargado, pero no tenía ni idea de si funcionaría después de tanto tiempo. De pronto se sintió contento de tener el revólver. En el lío en que estaba metido ahora, un revólver podía resultarle muy útil. Lo puso en el bolsón, luego con consciente esfuerzo, se acercó al ropero, puso la llave y lo abrió.

Sostuvo la mirada hacia arriba de manera de no ver a Haum en el piso, pero tenía conciencia del leve, pero inequívoco olor de muerte, y se sintió un tanto descompuesto.

Apurándose, descolgó de las perchas un traje tropical oscuro, unos pantalones y una camisa sport de brin color kaki. Cerró la puerta del ropero y le echó llave.

Dobló la ropa y la puso en el bolsón. Ahora estaba listo para irse. Recogió el bolsón y salió del cuarto, luego a tientas siguió su camino por la oscuridad:

El contraste entre el fresco de la habitación y el calor agobiante del hall le provocó una violenta transpiración. De pronto sintió la necesidad de tomar un trago y recordó que tenía una botella de whisky que le vendría muy bien.

Entró a la sala y encendió la luz. Mientras estaba poniendo dentro del bolsón la botella de whisky casi llena, después de tomar un trago rápido, fue cuando tuvo conciencia de unas voces en la calle.

Cerrando pronto el bolsón, caminó hasta la ventana y espío a través de las ranuras de la persiana. Lo que vio lo paralizó.

Bajo la débil luz de la bombita de la calle, parados muy juntos y mirando hacia la casa, estaban la novia de Haum y un policía.

La joven señalaba hacia la ventana de la salita y Jaffe se dio cuenta de que podía ver la luz que se filtraba por la persiana. Hablaba con excitación, haciendo muchos ademanes con la mano izquierda mientras con la derecha seguía señalando la ventana.

El policía se inclinaba a su lado, con los pulgares en el cinturón de la cartuchera, mirando alternativamente a la muchacha y a la casa.

Jaffe los observaba mientras el corazón le latía con violencia.

Durante unos minutos la joven siguió hablando, pero Jaffe, observando al policía, se dio cuenta de que no conseguía nada. No era de sorprenderse, pensó Jaffe, un tanto aliviado. La joven urgía al hombrecito y el policía pensaba que eso podría desembocar en un incidente internacional en el que él terminaría por pagar las consecuencias.

De repente el policía se volvió hacia la mujercita y empezó a hablarle con violencia, Jaffe podía oírle la voz áspera por el enojo, pero no tenía la menor idea de lo que estaba diciendo.

Sin embargo, las palabras surtieron en ella un efecto asombroso. Se agachó alejándose del policía, y por los gestos, Jaffe se imaginó que trataba de disculparse. El policía seguía retándola hasta que una violenta explosión de palabras le indicó que se fuera de allí.

Entonces la joven miró otra vez hacia la casa, luego dando una media vuelta, empezó a alejarse sin ganas por la calle mientras el policía, mordisqueándose el barbijo, la seguía con la mirada.

Jaffe soltó un suspiro de alivio. Observó que el policía sacaba una libretita donde con mucho trabajo empezó a escribir algo. Después de completar la anotación, el policía se paró en la esquina y se quedó mirando la casa.

Jaffe se preguntaba qué estaría haciendo Nhan. Ya habían pasado como veinte minutos. Esperó que no hubiera sentido pánico y se delatara. ¿Cuánto tiempo iba a quedarse ese mono maldito mirando la casa? ¿Y si seguía caminando por la calle y descubría las luces del Chrysler y metía las narices en el coche? Asustaría tanto a Nhan que posiblemente se soltaría a llorar, y entonces sospecharía que pasaba algo raro.

Jaffe se estaba justamente preguntando si no se deslizaría por la puerta posterior, y saltando la pared cruzaría el jardín del vecino hasta llegar donde estaba Nhan, cuando el policía pareció perder todo interés en la casa, y dando una media vuelta, empezó a caminar por la calle siguiendo la misma dirección de la muchacha y alejándose del Chrysler.

Jaffe recogió el bolsón, apagó la luz y se introdujo en el oscuro jardín. Cerró con llave la puerta del frente, luego con cautela se acercó al portón y observó la calle. Pudo alcanzar a distinguir la silueta blanca del policía que se iba alejando, y abriendo el portón, corrió sin hacer ruido hasta donde estaba el Chrysler.

Nhan estaba parada en actitud tensa al lado del coche, mirando hacia la esquina por donde debía volver Jaffe. Con la mano le hizo señas de que entrara al auto, pero Nhan esperó que Jaffe se acercara.

—Está todo bien —le dijo tirando el bolsón en el fondo del auto—. Siento haber demorado tanto. Vamos, sube. Tenemos que empezar a movernos.

—Pensé que te había ocurrido algo terrible —dijo con voz temblorosa cuando Jaffe la hizo subir al coche—. ¡Oh, Steve! ¡Estoy tan asustada! ¡Si te presentaras a la policía! Estoy segura...

—¡No empieces de nuevo con eso! —le contestó cuando arrancó el coche—. Sé lo que estoy haciendo. ¡Tengo que salir de Vietnam! —enfiló por la calle con rumbo a las afueras de la ciudad—. ¿Te parece que puedo confiar en Blackie Lee para que me ayude? Lo conoces mejor que yo. ¿Será capaz de denunciarme a la policía?

Nhan se retorció las manos.

—No sé. ¡No sé nada de él!

Exasperado pensó: ¿sabrás algo de alguien que pueda ayudarme? ¡No es más que una muñeca sin sesos! ¡Maldición! ¡Es lo mismo que pedirle consejo a una criatura!

Inmediatamente se dio cuenta de la injusticia de lo que estaba pensando. ¿Acaso no le había hablado de un lugar donde podría esconderse y acaso no traería de vuelta el coche de Wade? Sin ella estaría en un buen aprieto.

Puso una mano sobre las de Nhan y se las acarició.

—Tranquila, niña. Todo saldrá bien. Dentro de un par de meses cuando estemos en Hong Kong, nos vamos a reír de todo esto.

—¡Oh, no! Nunca nos vamos a reír de esto. ¡Nunca!

Jaffe se encogió de hombros. Probablemente ella tenía razón, pensó, pero le habría gustado que Nhan no se sintiera como si estuviera por llegar el fin del mundo.

—Hay una cosa importante que tendrás que vigilar Nhan. Cuando se sepa la noticia, Blackie recordará que pasaste la noche conmigo. Probablemente te hará preguntas. Hasta existe la posibilidad de que la policía te haga preguntas. Tienes que decir que fuimos hasta el río y estuvimos conversando unas dos horas. ¿Te acuerdas de ese lugar donde vamos a veces, donde está ese junco hundido? Allí estuvimos. Te llevé a tu casa de vuelta a eso de las once y me fui. ¿Te acordarás? Es algo que no podrán comprobar.

Nhan asintió con la cabeza. Retorcía entre sus dedos la punta de un pañuelo. Jaffe pensó con desesperación: lo dirá sin ninguna convicción. Nadie le va a creer.

—Por el amor de Dios, Nhan, no dejes que te hagan caer en la trampa de decirles donde estoy escondido —le dijo con dureza.

—¡No se lo diré nunca a nadie! ¡Nunca! —se rehizo y agregó con vehemencia—. ¡Nadie podrá hacérmelo decir!

—Otra cosa más: no le debes contar a nadie lo de los diamantes; ni siquiera a tu abuelo. ¿Me has comprendido?

—Si.

—¿Estás segura de que tu abuelo me ayudará?

—Es muy listo y muy bueno y nunca hará nada que me haga desgraciada —contestó con orgullo—. Cuando le diga que nos queremos, te ayudará.

Jaffe pensó fastidiado: si es tan listo, sospechará que eres mi querida y probablemente me comerá los hígados y me denunciará a la policía.

Como si le estuviera leyendo los pensamientos, Nhan dijo con tranquilidad:

—Será necesario explicarle que nos vamos a casar dentro de muy poco. Cuando lleguemos a Hong Kong, será mejor para nosotros que nos casemos, ¿no te parece Steve?

Jaffe más bien se fastidió. Nunca había vuelto a pensar seriamente en una posibilidad de matrimonio después de una primer experiencia desgraciada. Estaba muy conforme con tenerla a Nhan de querida, pero nunca se le había ocurrido casarse

con ella. Cuando vendiera los diamantes, sería un hombre rico y le gustaría volver a América; una *taxi-girl* vietnamesa sería un obstáculo del demonio en América, especialmente si era su mujer, pero ahora no había tiempo para pensar en ello: ¡Maldición! ¡Todavía no estaba en Hong Kong! ¡Todavía no había vendido los diamantes!

Pero se dio cuenta que sería fatal para sus planes si no le decían al abuelo que se casarían, por eso contestó sin demorarse:

—Está bien, Nhan. Le dirás eso, pero yo quiero explicarle personalmente el problema que tengo. Tú sólo dile que quiero esconderme. Yo le explicaré por qué. ¿Has comprendido?

—Sí —se recostó contra Jaffe, apoyando la cabeza contra su hombro—. Ahora no estoy asustada. Quizás al final todo resulte bien.

Se quedó callada como perdida en un sueño mientras Jaffe molesto con su conciencia, manejaba a lo largo del sinuoso camino donde los campos de arroz, las extrañas casas sobre puntales y con techos de paja y los ocasionales búfalos revolcándose en el barro pantanoso aparecían y desaparecían con el rápido andar de los faros del Chrysler.

2

Cuatro días antes de que Jaffe descubriera los diamantes, tres campesinos, vestidos con sus ropas negras de trabajo y atadas las cabezas con desagradables andrajos para resguardarse del sol, se agrupaban en cuclillas en semicírculo frente a un oscuro hombrecito que llevaba shorts y camisa kakis y sentado en un tronco de árbol les hablaba con toda seriedad.

Ese hombre había salido del bosque sin hacer ruido penetrando en la oculta extensión de pasto donde los jóvenes sembradores de arroz se resguardaban del viento. Los tres campesinos que estuvieran trabajando se le unieron inmediatamente con una mezcla de miedo y de entusiasmo a la vez. Ya lo habían visto varias veces antes. Era el jefe de una banda de guerrilleros del Viet Minh comunista cuya misión era sembrar alarma y desaliento entre la comunidad de los chacareros de Vietnam. Cada vez que ese hombre aparecía, esos tres campesinos, simpatizantes de Ho Chi Minh y adoctrinados en el odio hacia el régimen de Vietnam, sabían que había un trabajo para ellos.

El oscuro hombrecito les comunicó que se había decidido hacer una demostración de poder lo más cerca posible de la capital de Vietnam. No debería correrse ningún riesgo inútil y sacrificar el menor número posible de vidas. Sería una demostración, no una operación, pero era necesario sacudir la tranquilidad de las autoridades de

Saigón, y eso sólo podía hacerse si la demostración se efectuaba en algún lugar alarmantemente cerca de la capital. La granja de los tres campesinos estaba situada en un campo de arroz a media milla del camino Saigón-Bien Hoa. El oscuro hombrecito les recordó que estaban muy bien ubicados como para efectuar un ataque al puesto policial donde se unían los caminos a Bien Hoa y a Thudaumot.

El puesto policial debía ser destruido y con él los tres policías que lo vigilaban. La demostración tendría lugar el domingo por la noche a las veinticuatro y quince. El día y la hora fueron elegidos para tener la seguridad de que no afectaría a ningún vehículo ni a ningún transeúnte que pasara por allí.

Los tres campesinos, continuó diciendo, tendrían que pensar por sí mismos cómo habría de hacerse el trabajo. Sería una demostración muy sencilla, pero deberían recordar que el horario era muy importante.

Cuando volvió a desaparecer en el bosque, después de comer con ellos una escudilla de arroz, les dejó una bolsa de red que contenía seis granadas de mano. Y ocurrió que Jaffe, manejando el Chrysler, se acercó al puesto policial unos pocos minutos antes de que debiera efectuarse el ataque.

Los tres campesinos metidos en una zanja a menos de quince metros del puesto de policía vieron aproximarse los faros y se quedaron mirándose unos a otros: no sabían qué hacer. Estuvieron metidos en la zanja húmeda durante más de media hora, y ése era el primer coche que veían acercarse por el camino.

Los tres policías, jugando con fósforos a una especie de fan-tan^[1], también vieron aproximarse los faros e inmediatamente se pusieron de pie. Mientras uno de ellos hacía desaparecer los fósforos, los otros dos empuñaron los rifles.

El más importante de los tres se adelantó por el camino haciendo brillar una linterna equipada con una lámpara roja.

Al ver brillar la linterna con la luz roja a unos doscientos metros más adelante, Jaffe disminuyó la marcha, maldiciendo entre dientes. No esperaba que lo detuvieran. Suponía que, con la inmunidad proporcionada por la chapa diplomática, iba a poder pasar de largo por el puesto policial, pero ahora parecía como si tuviera que detenerse.

Si la policía veía que llevaba una pasajera vietnamesa le harían muchas preguntas y para evitar complicaciones, le dijo a Nhan que se tirara al piso ocultándose.

La hizo ponerse en la parte de atrás y le colocó encima el bolsón para ocultarla a la mirada de los policías. Estaba ofuscado, y sin pensar en las consecuencias, sacó el revólver del bolsón y se lo puso debajo del muslo, cerca de la puerta.

Para ese entonces el coche casi no se movía. Los faros poderosos iluminaron al policía que apuntaba al coche con el rifle.

Cuando Jaffe se detuvo, las agujas luminosas del reloj barato que observaba uno de los campesinos marcaba exactamente las cero horas quince minutos.

Los otros dos policías salieron del puesto y se separaron: uno se colocó delante del coche, el otro detrás. Los dos apuntaban con sus rifles a Jaffe quien pudo sentir la transpiración que le goteaba por el rostro y los fuertes golpes de los latidos de su corazón.

Cuando el policía de la linterna empezó a acercarse hacia Jaffe, uno de los ocultos campesinos con un indiferente encogimiento de hombros soltó el seguro de la granada que tenía en la mano y a través de la ventana abierta la arrojó dentro del puesto policial.

Le habían dicho que iniciara el ataque a las cero horas y quince, y a él nadie podría acusarlo de desobedecer una orden.

La granada cayó sobre la mesa donde estuvieran jugando los policías y explotó. Lo hizo produciendo un relámpago enceguecedor y un estampido que despertó a muchos trabajadores de las granjas que dormían en las chozas con techo de paja de los alrededores.

Una esquirla de la granada se incrustó en el cuello del policía que tenía la linterna, cortándole la yugular. La fuerza de la explosión hizo llegar otra esquirla hasta el policía que se tambaleaba contra la pared destrozada del puesto. También alcanzó al parabrisas del Chrysler dejando medio atontado a Jaffe.

El policía que estaba detrás del coche, y que también sintió el sacudón, se tiró de boca al suelo y empezó a meterse debajo del auto.

Al verlo moverse uno de los campesinos, hizo rodar una granada por el camino hacia la cara del policía. La granada le voló la cabeza de sobre los hombros e hizo trizas los neumáticos posteriores del Chrysler.

La tercer granada fue a dar dentro del puesto oficial, matando al tercer policía que se había precipitado a refugiarse allí y completó la destrucción de la ordinaria mampostería.

Atontado y sangrándole la frente por un corte producido por un cascote que saltó, Jaffe se hundió en el asiento, demasiado aturdido para darse cuenta en realidad de lo que había sucedido.

Los tres campesinos se habían levantado con mucha cautela de donde estaban ocultos controlando la escena a la brillante luz de la luna, con satisfacción mezclada de aprensión. Estaban contentos al ver que las granadas habían cumplido bien su cometido, pero parecía que el conductor europeo de ese coche americano grande también había sufrido, y eso podría resultar perjudicial para ellos cuando llegara a saberlo el oscuro hombrecito.

Ordenándoles a los otros dos campesinos que se quedaran donde estaban, el campesino del reloj; que era el jefe de la banda se acercó con mucho cuidado.

Jaffe vio acercarse una silueta oscura. Quedándose inmóvil, sacó el revólver de debajo del muslo y cuando el campesino llegó a unos dos metros de distancia, Jaffe

levantó el revólver y le disparó.

La bala 45 reventó en la cara del campesino y éste cayó hacia atrás como un conejo. Quedó tendido al resplandor de los faros de manera que sus compañeros vieron con horror los sesos, los huesos y la sangre: era todo lo que quedaba de la cabeza y de la cara.

Jaffe no tenía ni idea de si había más en la oscuridad y se acurrucó en el auto, espiando por sobre la puerta.

Uno de los campesinos le sacó el seguro a una granada y estaba a punto de tirarla contra el coche cuando su otro compañero lo sujetó del brazo.

Desgraciadamente para los dos, el que tomó al otro del brazo era un esclavo de las órdenes. Le habían dicho que matara a los tres policías, pero que evitara herir a alguien más. Su reacción instintiva fue detener al compañero para que no tirara la granada. El otro, al sentirlo y asustarse, dejó caer la granada de la mano a la zanja donde explotó, acribillando de metralla a los dos hombres y matándolos.

Parte de la metralla alcanzó a la parte superior del Chrysler y Jaffe se agachó. Oyó muy cerca de él un leve gemido y maldiciendo, apuntó con el revólver para el otro lado sólo para recordar que Nhan estaba allí cerca y debía ser ella quien gemía.

—¡Cállate! —le gruñó—. ¡Debe haber más tipos por ahí todavía!

Esperó durante cinco agotadores minutos, luego al no ver ni oír nada, con mucho cuidado abrió la puerta del auto y se deslizó sobre el pasto. Siguió escuchando durante varios minutos, entonces al ver que el peligro había pasado se paró para apreciar la escena.

Levantó la linterna que todavía estaba encendida y tirada al lado del policía y moviéndose con precaución, caminó por la ruta hasta llegar donde estaban los campesinos muertos. Se aseguró de que habían fallecido, después volvió al coche.

—Ya pasó todo —dijo excitado—. Puedes salir —y abriendo la puerta de atrás la ayudó a salir al camino. Tuvo que sostenerla. Nhan se le apoyaba con todo su peso y temblaba de terror—. Bueno, bueno —le dijo con impaciencia—. Está bien. Ya pasó. Tenemos que irnos de aquí.

Pero las piernas no la sostenían y cuando la soltó se desplomó en el camino.

Levantándola, Jaffe se acercó al Chrysler e inspeccionó los daños. Cuando vio en qué estado estaban las ruedas de atrás, se dio cuenta en seguida de que el coche no podía seguir viaje y echó una maldición.

Estaban a setenta millas de Thudaumot y no tenían medios de transporte. Aunque la cabeza ya no le sangraba, le dolía mucho. Había recibido un buen golpe y una buena sacudida por la explosión de las granadas, La idea de tener que caminar semejante distancia lo descorazonaba.

Pero sabía que debían irse inmediatamente. En cualquier momento alguien podría llegar a averiguar qué había pasado. El ruido de la explosión de las granadas podía

haber llegado hasta muy lejos en el silencio de la noche.

Volvió a donde estaba Nhan sentada en el camino, sosteniéndose la cabeza entre las manos, sollozando. Se acurrucó a su lado.

—El coche está fuera de uso —le dijo—. Tendremos que caminar. Vamos, Nhan, déjate de llorar. Tenemos que irnos. En cualquier momento puede llegar alguien.

La tomó de un brazo y la ayudó a pararse. Nhan se apoyó contra él, temblando.

—Nos va a tomar como tres horas llegar hasta lo de tu abuelo —continuó.

—En el puesto ha de haber bicicletas —dijo Nhan con voz trémula.

Se quedó mirándola: se preguntaba cómo no se le había ocurrido eso.

—¿Te parece? Voy a ver.

Corrió hasta los restos del puesto policial. En la parte de atrás encontró tres bicicletas, tiradas sobre el pasto. Llevó dos hasta el camino.

—Has tenido una idea luminosa. Esto nos evitará la maldita caminata. ¿Te sientes capaz de montar una o prefieres que te lleve en el caño de la mía?

Moviéndose vacilante, se le acercó y tomó una de las máquinas.

—Puedo hacerlo.

Sintió que en su interior surgía un gran amor por ella. Pensó: ¡Al diablo! ¡Qué estómago tiene! ¡Soy un sinvergüenza de suerte al tenerla conmigo!

—Bueno, vamos —le dijo y recogiendo el bolsón, se trepó a la bicicleta.

La observó cuando ella se subía a la bicicleta, con temor de que se cayera, pero aunque se tambaleó en forma peligrosa durante los primeros cinco o seis metros, después consiguió controlar la máquina y pareció bastante segura.

La alcanzó y juntos empezaron a pedalear camino a Thudaumot.

—Si vemos que viene algún coche —le dijo—, nos bajamos en seguida y nos metemos en la zanja.

Nhan no le contestó nada. Por su expresión esforzada, supo que ya hacía bastante con poder manejar la bicicleta.

Pensó: estoy teniendo mala suerte. Cuando Sam vea que el coche no aparece, irá a casa. Me dijo que lo quería para eso de las siete. Cuando se de cuenta de que no llegué, pensará que he tenido algún accidente. Se presentará a la policía y les dirá que le pedí el coche prestado para ir al aeropuerto, ¿pero dirá también que yo estaba con una mujer?

Le echó una mirada a Nhan que iba pedaleando, la túnica abierta flotaba por detrás de ella.

Había una posibilidad, siguió pensando, de que la policía encontrara el coche antes que Sam notara la falta. Irían a la embajada. ¡Al diablo! Eso podía llevar a cualquier cosa. La embajada empezaría a buscar a Sam. Pues llegarían a la conclusión de que Sam manejaba el coche. Cuando éste apareciera, quizás tuviera que contarle a la policía que se pasó la noche con una joven china. ¡Cómo le va a gustar eso! ¡Cómo

me va a echar de maldiciones!

Entonces con una leve congoja de remordimiento, se dio cuenta de que no le importaba lo que Sam pensara de él. Si tenía un poquito de suerte no volvería a verlo nunca más.

Después tuvo otro pensamiento que lo entusiasmó. Cuando sepan que yo me llevé el coche, y encuentren el coche vacío, llegarán a la conclusión de que he sido secuestrado por alguien del Viet Minh. Es la conclusión más evidente a que pueden llegar.

Recordó a dos turistas americanos que, unos meses atrás, viajaban a Angkor y desde entonces nunca más los vieron. Encontraron el coche, pero ni rastros de los turistas. Las autoridades vietnamesas dijeron que habían sido secuestrados por bandidos del Viet Minh y manifestaron a la embajada que lamentablemente no podían hacer nada.

De pronto Jaffe se sintió mucho más alegre. Eso podía significar que su persecución se haría con mucha indiferencia. Una vez que la policía de Vietnam se haya convencido de que estaba en manos del Viet Minh, no se esforzarían en buscarlo. Harían alguna demostración a beneficio de la embajada por salvar las apariencias, pero no duraría mucho.

Por primera vez desde que había encontrado los diamantes se sintió con el corazón aliviado.

CAPÍTULO V

1

ANN FAI WAH se despertó asombrada y de un salto se sentó en la cama. Podía oír cómo la campanilla de la puerta de calle sonaba con fuerza y en forma insistente.

A tientas alcanzó la perilla de la lámpara de la mesa de luz, mirando mientras tanto el reloj de cuero que estaba debajo de la lámpara. Eran las cinco menos veinte.

Sus ojos almendrados se dilataron alarmados y sacudió la dormida silueta gorda de Sam Wade, hundiéndole en el brazo unas uñas largas.

Medio dormido Sam protestó, después levantó la cabeza y se quedó mirándola.

—¿Qué te pasa? ¿Qué diablos...?

Entonces él también oyó el persistente sonido de la campanilla y se sentó, la mente repentinamente despejada y alarmada.

—¿Qué es eso?

—Hay alguien tocando el timbre de la puerta de calle —contestó Ann Fai Wah.

—No debe tener nada que ver conmigo —contestó Wade, pero el sonido continuo y persistente de la campanilla lo alarmaba. ¿Tendría marido o amante esta mujer? ¿Empezaría a plantearse algún problema? Empezó a maldecirse por haber pasado la noche con ella. De cualquier manera fue un maldito fracaso: le había resultado tan apasionada como una bolsa de arroz—. ¿Qué hora es?

Ann Fai Wah se lo dijo mientras se levantaba de la cama. Su desnudez resultaba bastante atrayente, pero Wade estaba demasiado alarmado como para ni siquiera mirarla.

—Va a despertar a toda la casa —dijo la china mientras se ponía un batón de seda—. Por favor, acompáñame.

—Al diablo con todo esto —contestó Wade—. ¡Te quedas aquí donde estás!

Pero ella ya había atravesado el cuarto y, luego de un momento de duda, desapareció en la salita.

Maldiciendo, Wade se tiró de la cama y se puso los pantalones. Miró desesperado en derredor buscando algo que pudiera utilizar como arma, pero no encontraba nada suficientemente adecuado. Se estaba poniendo la camisa cuando la campanilla dejó de sonar.

Abrochándose el pantalón, fue en puntas de pie hasta la puerta del dormitorio para escuchar.

Pudo distinguir una voz de hombre, luego Ann Fai Wah dijo algo y después hubo una larga pausa. ¡Maldita! pensó, ¡dejó entrar al tipo!

Estaba poniéndose los zapatos cuando se abrió del todo la puerta del dormitorio y

Ann Fai Wah entró. Su rostro estaba endurecido con una expresión tal de furia que Wade se acobardó.

—¿Qué pasa? —dijo medio atontado y retrocediendo.

—Es la policía —le chilló y por un instante Wade pensó que iba a arrancarle los ojos—. ¡Te buscan!

No podía creer lo que acababa de escuchar.

—¿La policía? —tartamudeó, sintiendo escalofríos—. ¿Me busca?

Con gesto indignado la muchacha le señalaba la puerta.

—¡Fuera de aquí!

¡La policía! pensó. No, me pueden detener por haber dormido con una china, ¿o sí? ¡Tengo que haber estado loco para haber venido aquí! ¡Sólo podía resultar un desastre!

Salió a la salita y cerró la puerta de un golpe detrás de él. Esperaba encontrar la habitación llena de policías de uniforme blanco, pero en el centro del cuarto el hombrecito parado en actitud de disculpa resultó un ridículo anti-clímax.

El hombre era muy pequeño y delgado y estaba pobremente vestido. El rostro de tez oscura era típicamente vietnamés. El pelo negro lo tenía cortado en una mala imitación de corte militar. Los zapatos estaban llenos de tierra, la chaqueta blanca manchada y la corbata rojo oscuro gastada por el constante atar y desatar.

Wade se quedó mirándolo y se pasó la mano traspirada por sobre la cabeza desgreñada. Sabía que debía tener un aspecto bastante extraño. Nunca tenía muy buen aspecto hasta que no se bañaba y se afeitaba.

—¿Mr. Wade? —preguntó el hombrecito con amabilidad.

—Así es —contestó Wade—. ¿Quién es usted? ¿Qué es lo que quiere?

—Soy el inspector Ngoc-Linh de la Policía de Seguridad. Le ruego disculpe esta visita. No hubiera querido molestarlo, pero el asunto es urgente.

¡Policía de Seguridad! pensó Wade. Se sobresaltó. Podía ser algo serio. Para disimular la agitación, se acercó a una mesita, y tomó uno de los cigarrillos de Ann Fai Wah.

—¿Cómo diablos supieron que yo estaba aquí? —le preguntó.

—Uno de mis hombres lo vio anoche con esa mujer china. Como no lo encontré en su casa, vine hasta aquí.

¡Malditos espías amarillos! pensó Wade. Uno no puede ni sonarse las narices sin que lo sepan.

—Bueno, ¿qué quiere? —preguntó mirando al inspector.

—Le han robado el auto.

Wade sintió que la sangre se le subía a la cabeza. De pronto se puso tan furioso que tenía ganas de agarrar del pescuezo al hombrecito y tirarlo por la ventana.

—¿Quiere decir que ha venido aquí y me ha despertado para decirme eso? —

bramó—. ¡Al diablo! ¡Lo voy a denunciar! ¡Lo voy... lo voy...!

—El coche ha sido encontrado destrozado en el camino a Bien Hoa —dijo el inspector con toda tranquilidad.

—¿Mi coche? —Wade se quedó mirando con estupidez al inspector. Su furia se desinfló como un globo pinchado—. ¿Destrozado?

—Así es —contestó el inspector, sin apartar los ojos negros y chatos del rostro de Wade.

¡Ese maldito Jaffe! pensó Wade. ¡Destrozarme el auto! ¡Debo haber tenido una laguna en la cabeza para dejar que se lo llevara!

—¡Pero usted está en un error! —le dijo enojado—. No me robaron el coche. Se lo presté a un amigo mío. ¿Dónde está el coche? Lo iré a buscar más tarde —entonces de pronto se le ocurrió algo y preguntó preocupado—: ¿Hay algún herido?

—En el coche no había nadie —dijo el inspector—. Estaba abandonado.

Bueno, ¡qué maravilla! pensó Wade, dejándose llevar por otro ataque de furia. Ese hijo de perra me rompe el coche y después muy tranquilo se va caminando. ¡Ni siquiera tiene la decencia de hablarme por teléfono!

—Ahora no me puedo ocupar de eso —le contestó—. ¿No pretenderá que vaya a esta hora, no?

—¿A quién le prestó usted el coche, Mr. Wade?

Wade lo miró de mala manera.

—Eso no tiene nada que ver con su maldito trabajo. Yo le presto el auto a quien se me da la gana.

—Ha ocurrido un serio accidente y no se pasó el informe. Es una infracción muy seria, Mr. Wade.

Es cierto, pensó Wade. A todos los miembros del cuerpo diplomático se les había advertido repetidas veces que cualquier contravención a los reglamentos del tránsito que no fuera denunciada sería considerada como una infracción seria. Pensó con rencor: ¡se lo tiene merecido! ¡Deshacerme el auto y mandarse mudar! ¡Le arrancaría las orejas!

—Se lo presté a Steve Jaffe —contestó y le dio la dirección.

—Muchas gracias, Mr. Wade —dijo el inspector y anotó la dirección en su libretita—. Lamento haberlo molestado. Quizás tenga que molestarlo más tarde. ¿Lo puedo llamar a la Embajada?

—Sí, por cierto —refunfuñó Wade—, pero no antes de las diez y media. ¡Y trate de no meterme a mí en este asunto! No hice más que prestar mi coche. Si Jaffe ha sido tan idiota como para tener un accidente, yo no tengo la culpa.

—¿Puedo preguntarle por qué le prestó el coche, Mr. Wade?

—Porque su coche estaba descompuesto y tenía que ir al aeropuerto.

Los ojos oscuros que miraban con tanta fijeza, pestañearon un poco.

—¿Al aeropuerto? ¿Está seguro, Mr. Wade?

—Es lo que me dijo.

—El accidente ocurrió en el camino de Bien Hoa. Sabrá que está en dirección contraria al aeropuerto.

Wade se movió con impaciencia.

—¡Le estoy repitiendo lo que me dijo!

—¿Estaba con alguien?

Wade tenía la seguridad de que no tenía nada que ver con la policía de Saigón el que Jaffe estuviera p no con una joven. Ni soñaba darle ninguna otra información que se relacionara con el accidente.

—Por lo que sé, podría haber tenido el coche lleno de coolies chinos.

Los ojitos negros volvieron a pestañear.

—¿De veras había salido con coolies chinos, Mr. Wade?

—¡No sé si llevaba a alguien, ni me importa un comino!

—¿Entonces, llevaba a alguien?

—¡Le he dicho que no sé! ¡Ya estoy cansado de esto! ¡Quiero seguir durmiendo!

El inspector hizo una inclinación.

—Comprendo. Lamento haberlo molestado. Lo veré luego más tarde. Gracias por su colaboración —y dando media vuelta salió del cuarto.

Cuando Wade oyó cerrarse la puerta, soltó un gran suspiro de alivio. Volvió al dormitorio para encontrarse con Ann Fai Wah parada al lado de la puerta, mirándolo.

—¡Me has traído policía a mi casa! —le dijo rencorosa—. ¡No quiero que vuelvas aquí nunca más! ¡Andate!

—¿Y quién querría volver? —gruñó Wade—. ¿A quién estás engañando china mentirosa?

Empezó a gritarle que la había ultrajado, mitad en chino, mitad en francés, pero Wade estaba demasiado enojado para que le importara. La hizo a un lado para entrar al dormitorio, recogió el saco, y mientras ella seguía gritándole, se mandó mudar del departamento.

Cuando llegó a la calle, se dio cuenta de que tendría que caminar hasta su casa. Cuando por fin llegó descubrió que Ann Fai Wah le había robado todo el dinero que llevaba en la billetera.

Evidentemente había sido una noche del demonio.

El auto de la policía se detuvo frente a la casa de Jaffe y el inspector Ngoc-Linh bajó del coche. Le indicó al conductor uniformado que esperara allí y se dirigió por el

sendero hasta la puerta del frente.

No esperaba encontrar allí a Jaffe. Ya se había formado una opinión sobre lo que le había ocurrido al conductor del destrozado Chrysler, pero quería asegurarse.

El ataque al puesto de policía se descubrió quince minutos después que Jaffe y Nhan se alejaron en las bicicletas.

Al oír el ruido de una lejana explosión, dos policías patrulleros se apuraron en llegar al puesto. Por suerte se encontraron con que el teléfono seguía funcionando, y en menos de veinte minutos, unos cuantos policías de seguridad, incluyendo al Inspector Ngoc-Linh, llegaron al lugar.

Fuera del Chrysler destrozado, todo parecía ser una típica demostración del Viet Minh aunque era bastante raro que los bandidos dejaran en el lugar después de un ataque semejante a algunos de sus propios muertos.

La presencia del Chrysler desconcertó al inspector, pero después de saber que Wade le prestó el coche a Jaffe, estaba convencido de que Jaffe o estaba muerto o lo habían secuestrado.

Llamó a la puerta del frente y no se sorprendió al no obtener respuesta. Ya se iba cuando vio a Dong Ham acercarse por el costado de la casa desde las habitaciones de servicio.

Escuchó la ansiosa historia del viejo con mucha atención e interés.

La historia intrigó al inspector que no le encontraba ni pies ni cabeza.

—¿Y Mr. Jaffe? —le preguntó—, ¿salió?

—Salió a las dieciocho horas llevándose el coche —dijo Dong Ram, la cara apergaminada contraída por la alarma.

El inspector le daba vueltas en la cabeza a lo que acababa de oír, pero seguía sin comprender qué podía haber en todo ello.

—¿Tiene alguna llave de la casa? —le preguntó por último.

Dong Ham le tendió una llave.

—¿Y no entró?

—No. Soy el cocinero. No tengo nada que hacer dentro de la casa.

El inspector sopesaba la llave en la palma de la mano mientras consideraba qué debía hacer. Entrar a una propiedad alquilada por un americano podría provocar un incidente diplomático, pero en vista de lo que acababa de escuchar, decidió que se justificaba ir a ver si el sirviente estaba o no en la casa.

Le dijo a Dong Ram que esperara allí, luego se dirigió a la puerta posterior, la abrió y penetró en la cocina.

Vio la escalera apoyada contra la pared. Luego entró a la salita y miró. Todo parecía estar en orden menos un vaso roto y una mancha en el piso que podría ser de whisky.

Fue al hall, abrió la puerta del frente y le hizo señas a Dong Ham quien subió los

escalones de mala gana.

—¿Ha estado aquí antes? —preguntó el inspector. Dong Ham contestó que había estado dos veces para ayudarle a Haum a mover algunos muebles.

—Entre y dígame si ve algo raro en la habitación.

Dong Ham entró a la salita y miró en derredor.

Inmediatamente señaló el cuadro que estaba en la pared. Manifestó no haberlo visto antes.

El inspector examinó el cuadro que no le llamó la atención. Eso explicaría por qué Haum fue a buscar la escalera y el martillo. Solucionado ese pequeño problema, el inspector lo eliminó de su mente y procedió a observar el restó de la casa. Abrió los armarios de la cocina y de la sala, y al no encontrar nada que le interesara, subió la escalera, dejando a Dong Ham en el hall.

Una rápida mirada al baño le mostró que todo estaba en orden y por el corredor se dirigió al dormitorio de Jaffe. Encontró la puerta cerrada con llave. Era raro, pensó, mirando ceñudo la puerta, cerrar con llave la puerta de un dormitorio y llevarse la llave. Golpeó la puerta y escuchó, pero no oyó nada. Luego caminó sin hacer ruido hasta la baranda del pasillo y miró hacia abajo para asegurarse de que Dong Ham seguía todavía allí; al ver que así era, sacó del bolsillo una ganzúa y abrió la puerta del dormitorio.

Entró al cuarto. El contraste entre el corredor caluroso y el fresco del dormitorio le hizo sentir un pequeño escalofrío. Miró el amplio ropero y sus ojos decididos pestañearon. Trató de abrir la puerta pero estaba con llave. Utilizando la ganzúa la abrió.

Dong Ham mientras esperaba en el hall y se pellizcaba con nerviosidad el pellejo reseco de la mano, podía oír los movimientos del inspector en el piso de arriba. El viejo esperaba angustiado. Estaba completamente seguro de que a Haum, a quien apreciaba, le había ocurrido algo.

Pasó una buena media hora antes de que el inspector Ngoc-Linh bajara la escalera. Dong Ham lo observaba acercarse: no podía leer nada en ese rostro sombrío e inexpresivo.

—Volveré dentro de un rato —dijo el inspector—. Mientras tanto que nadie entre a la casa, y eso lo incluye a usted. ¿Me ha comprendido?

Dong Ham asintió con la cabeza. Estaba demasiado aterrorizado para hacer la pregunta que lo atormentaba.

El inspector le indicó que saliera de la casa, luego siguiéndolo, cerró la puerta posterior con llave. Llamó al conductor uniformado quien bajó del coche y se acercó a paso vivo.

—Quédese aquí y no permita que nadie entre a la casa —le dijo el inspector—. No deje que nadie lo vea, a menos por supuesto, para evitar que alguien entre. Será

por una o dos horas, hasta que yo vuelva.

Dejando al chofer mirando en forma sospechosa a Dong Ham que lo observaba molesto, el inspector se dirigió al auto, subió y se alejó rápidamente.

3

El coronel On-dinh-Khuc, Jefe de la Policía de Seguridad, estaba sentado en una pesada silla tallada de respaldo alto y respiraba con tranquilidad a través de unas narices bien anchas.

Era un hombre corpulento, de cabeza redonda y pelada, ojos crueles y pequeños, labios gruesos y orejas chatas puntiagudas. Medio chino, medio vietnamés, tenía las peores características de las dos razas, tanto en lo físico como en lo moral.

Desde hacía seis años controlaba con mano de hierro la Policía de Seguridad, pero había ciertos políticos influyentes que querían deshacerse de él, y él lo sabía.

Argumentaban que ya había cumplido su misión. Había sido muy útil antes que el régimen estuviera definitivamente establecido, pero sus métodos eran tan groseros e incivilizados y su mentalidad tan brutal, que ahora podría llevar al régimen a un descrédito internacional. Cuanto antes se fuera y se encontrara a alguien más aceptable sería mejor.

La campaña para eliminarlo iba ganando cada vez más terreno. El coronel Khuc era un hombre de gustos y vicios extravagantes. A lo único que temía era a un retiro obligado. Una vez que lo privaran de su cargo, se le terminaría la buena renta que percibía extorsionando a miles de campesinos y coolies chinos que tuvieran motivos para temer a la policía. Para vivir le quedaría la jubilación y nada: más. El pensamiento de vivir de acuerdo a una escala tan reducida atormentaba continuamente su mente.

Ese lunes por la mañana, lo despertó de un sueño provocado por el opio, un sirviente aterrado y forzado a hacerlo por el inspector Ngoc-Linh.

El coronel Khuc se dijo que si Ngoc-Linh lo molestaba por un asunto que no era de suma urgencia le haría lamentar la imprudencia por el resto de sus días.

Se levantó de entre las sábanas sedosas, se puso un kimono de seda negro con un dragón dorado bordado en la espalda y sin hacer ruido se dirigió descalzo hasta el escritorio donde lo estaba esperando el inspector.

Hasta que el sirviente no le trajo un vaso de té retirándose después, el coronel ignoró al inspector que estaba de pie inmóvil frente al amplio escritorio muy tallado.

Por último los ojitos negros brillantes se dirigieron al rostro del inspector.

—¿De qué se trata? —preguntó el coronel con suavidad.

Si había alguna cosa que el inspector supiera hacer mejor que cualquier otra era

un informe conciso. Tenía la habilidad de ordenar los hechos y exponerlos con claridad, con rapidez y en su orden verdadero.

El coronel Khuc escuchaba sin interrumpirlo. De vez en cuando tomaba un trago de té, pero fuera de ese movimiento del tosco brazo, seguía sentado inmóvil.

Cuando el inspector dejó de hablar, el coronel Khuc se quedó mirándolo, pero sin verlo mientras su cerebro repasaba rápidamente los hechos que se le acababan de exponer.

El ataque del Viet Minh y el secuestro del americano eran cosas de rutina. Ya habían ocurrido casos semejantes y sin duda, volverían a ocurrir. Fuera de una demostración de actividad para salvar las apariencias y que no llevarían a ninguna parte, el coronel no podía hacer nada más al respecto.

¿Pero por qué ese americano asesinó a su sirviente? Era algo que requería la más cautelosa y esmerada investigación. El americano debió tener alguna razón muy poderosa para hacer algo semejante. Antes de que la noticia del asesinato se diera a la publicidad y antes de que se informara al Embajador americano, el coronel Khuc estaba decidido a saber cuál era esa razón.

—¿Qué sabemos de Haum? —preguntó.

—He venido inmediatamente a verlo a usted, señor —contestó el inspector—. No tuve tiempo de controlar los antecedentes.

El coronel Khuc tocó un timbre que había en el escritorio. La puerta se abrió casi inmediatamente y entró su secretario, Lam-Than.

Lam-Than era un hombre chiquito con una leve renguera. Hacía muchos años que era el hombre de confianza del coronel. Se decía que no había nada tan maligno, nada tan desagradable, nada tan degradante, que no fuera capaz de hacer para el coronel. Era temido, y odiado por muchos miembros de la policía. Se decía que era él quien le conseguía al coronel el opio, las muchachas muy jovencitas que se sacrificaban a la depravación del coronel, y él quien organizaba el sistema de extorsión que proveía al bienestar material del coronel.

Ese hombre chiquito se acercó rengueando hasta el escritorio del coronel y se quedó parado esperando.

—Quiero toda la información que tenga de Steve Jaffe, un americano empleado en la American Shipping and Insurance Corporation; de su sirviente Haum, de su cocinero, Dong Ham, y de la novia de Haum, My-Lang-To —dijo el coronel; después volviéndose hacia el inspector, continuó—: espere aquí.

Salió de la habitación seguido de Lam-Than quien ignoró al inspector.

Cuando se cerró la puerta el inspector permaneció inmóvil, consciente de la real posibilidad de que uno de los espías del coronel estuviera observándolo a través de algún agujero disimulado.

Se quedó inmóvil durante veinte minutos, luego el coronel volvió, bañado,

afeitado y vestido con un immaculado traje de sport.

En el reloj de oro labrado del escritorio eran las seis y cinco.

—Iremos a la casa del americano —dijo Khuc. En ese momento entró Lam-Than.

—Usted venga también —agregó Khuc.

Los tres hombres se dirigieron al coche del inspector: Khuc y Lam-Than subieron a los asientos posteriores mientras el inspector se ubicaba frente al volante.

A esa hora por la calle sólo transitaban coolies y vendedores. Nadie prestó mayor atención al Peugeot negro que se deslizaba a lo largo de calles desiertas.

Khuc habló:

—¿Qué se sabe de Haum?

—Era un buen ciudadano —contestó Lam-Than—. Estudiaba ciencias políticas. Era un decidido partidario del régimen. Nunca cometió una infracción. No tenemos nada en su contra.

—¿Era homosexual?

—Con toda seguridad; no. No tenemos absolutamente nada contra él.

El coronel Khuc frunció el ceño. Su primer pensamiento fue que ese Haum y ese americano habían mantenido relaciones antinaturales, que Haum intentó hacerle un chantaje y el americano en una explosión de furia lo mató. Evidentemente, no era algo tan sencillo.

—¿El cocinero?

—Es un hombre viejo y no ha tenido nada que ver con la política durante los últimos veinte años. En una época fue cocinero de la embajada francesa durante el régimen francés. Se sospecha que tiene tendencias pro-francesas, pero fuera de eso no hay nada en su contra.

El coronel Khuc se estrujó la nariz chata y gruesa y miró de soslayo a Lam-Than quien observaba la parte posterior de la cabeza del inspector Ngoc-Linh.

—¿Y la muchacha?

—Políticamente, nada. Sin embargo, corrió el rumor de que su padre tuvo con ella relaciones incestuosas. Probablemente sea cierto. El padre es un degenerado.

El coronel Khuc volvió a frotarse la nariz.

—¿Y podríamos tener alguna excusa razonable para eliminar a esos dos?

—Sí, podríamos eliminarlos —contestó Lam-Than.

El inspector, al escuchar la conversación se movió molesto. Había momentos en que deseaba no tener que trabajar para la Policía de Seguridad.

—Ahora hábleme del americano —dijo el coronel.

—Se adapta muy bien al molde común americano —dijo Lam-Than—. Bebe demasiado. Persigue a las mujeres. No tiene ninguna educación política. Es divorciado. Anda corto de dinero. Va muy a menudo al *Paradise Club* para satisfacer sus apetitos sexuales.

—¿Nada más?

Lam-Than se encogió de hombros.

—Es americano. Eso quiere decir nada más.

—¿No es homosexual?

—No.

El coronel frunció el ceño.

Entonces, ¿por qué mató al muchacho? sé preguntó a sí mismo. ¿Qué motivo pudo tener?

Reinó silencio en el auto durante los pocos minutos que trascurrieron hasta que se detuvo frente a la casa de Jaffe.

La calle estaba desierta, y luego de un rápido vistazo a derecha e izquierda, el coronel Khuc bajó del coche y caminó por el sendero con el inspector y Lam-Than a sus talones.

El inspector estaba satisfecho al ver que su chofer no estaba a la vista. Condujo a los otros hacia la puerta posterior donde el chofer estaba parado con la espalda contra la puerta de la casa de servicio que permanecía cerrada.

En cuanto el chofer vio al coronel, se puso firme con los ojos dilatados de susto.

—¿Estuvo alguien por aquí? —preguntó el inspector.

—Una muchacha —dijo el chofer, incapaz casi de pronunciar las palabras dado el miedo que le infundía el coronel—. Se llama My-Lang-To. Quería que la dejara entrar a la casa. La encerré junto con el viejo en las habitaciones de servicio.

El inspector miró al coronel solicitando directivas.

—Está bien —dijo el coronel—. Después hablaré con ella —y dirigiéndose al inspector agregó—: Entremos.

El inspector abrió la puerta posterior e indicó el camino hasta la sala.

El coronel y Lam-Than echaron una mirada por la habitación. Lam-Than inmediatamente se dirigió hacia el vaso roto de whisky que había en el piso y se quedó mirándolo.

El inspector habló:

—Probablemente estaba bebiendo cuando ocurrió algo que lo sorprendió y el vaso se le cayó de la mano.

Lam-Than lo miró, el rostro perverso en un gesto de desprecio.

—Eso es evidente —manifestó—. Pero sería más útil saber qué ocurrió para que el vaso se le cayera de la mano.

—¿Ese es el cuadro que el sirviente colgó en la pared? —preguntó el coronel señalando la pintura—. No vale nada. ¿Por qué habrá querido colgar semejante cosa?

—Los americanos no tiene muy buen gusto —dijo Lam-Than—. Probablemente el cuadro le recordaría alguna mujer con la que tuvo relaciones.

—¿Tenía alguna muchacha determinada? —pregunto el coronel, volviéndose

hacia el inspector.

—No sé señor, pero lo averiguaré —replicó el inspector.

—Hágalo. Puede ser importante.

Lam-Than recorría toda la habitación como un gato que husmea una laucha.

—Aquí hay mucho polvo de escombros —dijo—. ¿Lo ha observado, inspector? —se agachó y pasó el dedo por el piso demostrando que estaba cubierto de polvo. Se enderezó y se quedó mirando el cuadro, luego miró al inspector—. Hágame el favor de salir de la habitación —dijo con voz ácida y repentinamente aguda.

El inspector se puso rígido. Miró al coronel Khuc quien con la mano le hizo señas de que se retirara. Salió de la habitación y cerró la puerta.

—¿Qué pasa? —preguntó el coronel, mirando a Lam-Than con ojos brillantes.

Lam-Than acercó una silla hasta la pared de donde colgaba el cuadro. Se subió a la silla y levantó la pintura.

Los dos hombres se quedaron mirando durante unos instantes el boquete de la pared. Luego Lam-Than puso el cuadro contra la pared y metió la mano en el boquete. Tanteó dentro unos instantes, luego retirando la mano, se encogió de hombros.

—Ahora no hay nada —dijo y se bajó de la silla. El coronel se acercó a un sillón donde depositó su humanidad. Sacó del bolsillo una cigarrera de oro, tomó un cigarrillo y lo encendió con un encendedor de oro y jade.

—¿Qué hubo allí? —preguntó.

Lam-Than sonrió. Era una sonrisa amarga, torcida, pero al fin una sonrisa.

—Usted espera milagros, coronel, pero sólo puedo hacer una sugerencia.

—Hágala.

—¿Sabe quién vivió antes aquí?

—¿Cómo podría saberlo? —Khuc empezaba a perder la paciencia—. ¿Usted lo sabe? .

Lam Than inclinó la cabeza.

—Una mujer china. Su nombre era Mai Chango Fue la querida del general Nguyen Van Tho.

El coronel se puso rígido, luego lentamente levantó su humanidad del sillón.

—¿Quiere insinuar que los diamantes estuvieron escondidos ahí? —la voz era un murmullo. Todos los músculos de su cuerpo tosco estaban en tensión.

Lam-Than le sonrió.

—¿Parece muy posible, coronel, no es cierto?

Por unos largos instantes el coronel se quedó mirando al secretario. Luego con una sonrisa como de lobo los labios se apartaron descubriendo unos dientes blancos.

—Entonces, por eso mató al muchacho —dijo, como para sí mismo—. Por supuesto. Yo también lo habría muerto.

Hubo una pausa, luego Lam-Than dijo con voz adecuada:

—El asunto es saber si el americano ha sido realmente secuestrado o si está escondido... con los diamantes.

—Sí —agregó el coronel asintiendo con la cabeza calva—. Evidentemente es algo que debemos descubrir.

—Y si está escondido con los diamantes —continuó Lam-Than—, tenemos que encontrarlo y hacer que nos los devuelva. Dicen que valen dos millones de dólares americanos. Es una suma muy útil: una suma con la que cualquier hombre podría retirarse muy feliz —miró al coronel en forma intencionada y éste también se quedó mirándolo fijo—. Por supuesto, habría que silenciar algunas bocas: el cocinero y la muchacha. Tenemos que encontrar al americano. El inspector podría encontrarlo; pero será necesario después de silenciar al americano, silenciar también al inspector.

El coronel Khuc se acarició las bien afeitadas mejillas. La tosca cara amarilla se partió en una sonrisa genial.

—Como siempre, su razonamiento es impecable. Dejaré el asunto en sus manos. Ocúpese de todo.

Lam-Than volvió a colgar el cuadro y puso la silla en su posición original.

A una indicación del coronel abrió la puerta y le hizo señas al inspector para que entrara.

CAPÍTULO VI

1

LAS SEIS de la mañana. El ómnibus de Thudaumot a Saigón saltaba y brincaba a lo largo del camino a Saigón. Estaba lleno de productos para el mercado que se amontonaban en el imperial y brotaban por las ventanillas. Muchos campesinos, con sus ropas negras de trabajo, se apeñuscaban en el ómnibus como sardinas en lata. Se prendían de sus mercancías, sonriendo nerviosos cuando cada salto del ómnibus los tiraba con violencia contra sus vecinos.

Incrustada entre una mujer vieja prendida de una gran canasta con caña de azúcar y un viejo hediondo que sostenía seis cepillos hechos con plumas de pato. Nhan soportaba los barquinazos del camino.

Apenas si se daba cuenta de todas las molestias. Su mente y su cuerpo delgado estaban helados de terror mientras rememoraba los acontecimientos de la noche.

El viaje en bicicleta hasta Thudaumot había sido una experiencia de pesadilla. Durante el último interminable kilómetro, Steve tuvo que empujarla; sentía las piernas tan flojas que le fue imposible seguir pedaleando.

¡Qué agradecida se sintió al entrar en la casa del abuelo! ¡Qué bueno fue el viejito con ella! Había notado su terror y la había calmado, abrazándola, asegurándole que no tenía por qué asustarse tanto.

Cuando le contó lo de Steve, quien esperaba afuera, el abuelo siguió sosteniéndola en sus brazos, pasándole la mano por la cabeza y acariciándola como solía hacerlo cuando ella era chiquita, hasta que se sintió completamente segura y ya sin miedo.

Después Steve entró y conversó con el abuelo mientras ella descansaba en el otro cuarto, mirando el oscuro cielo raso mientras escuchaba el zumbido de las voces.

Al rato el abuelo entró donde ella estaba. Le manifestó que ocultaría a Steve. Nhan no tenía por qué preocuparse por nada. Steve vendría ahora a hablar con ella, pero él había querido decirle antes que no tenía necesidad de asustarse. Se encargaría de su enamorado y también quería decirle que pensaba que el americano alto sería para ella un marido de lo mejorcito.

Le había sonreído, acariciándole la mano.

—Nunca creí que llegaría el día en que tendría tan buenas noticias para ti. En este país no tienes ningún porvenir. Sólo en América encontrarás prosperidad. Hay, todavía, por supuesto, mucho que arreglar, pero todo se solucionará bien al final. Tienes que ejercitarte en paciencia y coraje. Debes recordar que las cosas de valor no se consiguen con facilidad.

Steve estuvo impaciente y brusco, pero Nhan lo disculpaba. Tenía muchas complicaciones y estaba muy preocupado. No debía esperar de él muchas atenciones. Naturalmente, tenía que pensar en sí mismo.

Le había dicho que ella debía volver a Saigón lo más pronto posible. Ya le averiguó al abuelo qué ómnibus podría llevarla. Había uno a las seis de la mañana, dentro de una hora. Debía volver en ése. Bajo ningún concepto les contaría ni a su madre, ni a su tío, ni a sus hermanos dónde estuvieron.

Nhan se sentó acurrucada contra la pared, mirando fijo a Steve mientras éste hablaba. Un frío terror volvió a paralizarle la mente. Seguía asintiendo con la cabeza mientras Steve hablaba, tratando de aparecer atenta y comprensiva. Quería con tanta desesperación ser fuerte y merecer la aprobación de Steve, pero mientras éste le hablaba, podía ver que allí estaba esa expresión exasperada y de enojo que siempre se mostraba en su rostro cada vez que le hablaba de algo que ella no captaba inmediatamente.

—¿Me estás escuchando? —le preguntó—. ¡Por el amor del cielo, no te quedes ahí sentada como un maldito conejo hipnotizado! Todo lo que tienes que decirles es que fuimos al río, estuvimos conversando y te llevé de vuelta a tu casa a las veintitrés. Luego me fui y no me has vuelto a ver desde entonces. Es algo bastante sencillo, ¿no te parece?

¿Lo era? Pensó con terrible desesperación en su madre y en su tío cuando tratara de persuadirlos para que creyeran que estuvo durmiendo desde las veintitrés en adelante cuando ni siquiera se había acostado. Su tío era un hombre sencillo y difícil. Siempre la esperaba levantado hasta que volvía del *Paradise Club*. Sabía que tendría que hablar horas antes de la más leve esperanza de convencerle de que estuvo en la cama desde las veintitrés. A menos que le dijera la verdad, y eso ni pensarlo, no creía que pudiera convencerlo.

—¡Levántate! —dijo Steve con dureza sacudiéndola del brazo—. Es bastante sencillo, ¿no?

Porque tenía miedo de provocar su desprecio, asintió con la cabeza sin decir ni una palabra.

—Y no debes contarle a nadie lo de los diamantes —continuó bajando la voz—. A nadie. ¿Has comprendido, no?

Volvió a asentir con la cabeza.

Jaffe hizo un movimiento de exasperación, luego se paró y empezó a pasearse por la pequeña habitación.

—Necesito cigarrillos —le dijo—. Tráeme doscientos Lucy. Espero que puedas tomar un ómnibus que te traiga de vuelta a la tarde y no te olvides de comprar un diario.

Volvió a asentir con la cabeza.

—Mientras tanto para cuando vuelvas probablemente ya habré decidido qué voy a hacer —continuó—. Mucho cuidado con Blackie Lee. Seguramente te hará preguntas. Tendré que decidir si puedo confiar en él o no. Si te hace preguntas, mucho cuidado en no dejarle saber dónde estoy —había echado una mirada por la pequeña habitación escasamente amueblada—. Cuanto antes salga de este agujero, mejor, pero no debo correr riesgos. Descansa un rato. Tienes cerca de una hora antes de que salga el ómnibus. Yo voy a deshacerme de esas dos bicicletas.

Empezó a dirigirse a la puerta. Impulsada por el pánico, Nhan lo detuvo.

—No me dejes —suplicó—. Estoy asustada. ¿No sería mejor de alguna otra manera? ¿No sería mejor presentarse a la policía? Si les entregas los...

—¡Basta! —dijo con rudeza, apartándola—. Ya te he dicho: ¡Ni una palabra de los diamantes! ¡Me quedaré con ellos! ¡Te estoy diciendo que todo saldrá bien!

Y la dejó, con la cara entre las manos, desesperada en su aflicción.

Diez minutos antes de la hora fijada para la salida del ómnibus, cuando estaba por aclarar, Jaffe volvió. Le contó que había tirado al río las dos bicicletas.

Cuando el ómnibus llegó al Mercado Central de Saigón, pensó en la despedida de él. De pronto Jaffe se había puesto tierno, pero esa ternura no disminuyó el terror de Nhan. Con él estaba segura de poder enfrentar cualquier cosa, pero tener que superar sola todo ese engaño la volvió a llenar de tremenda desesperación.

Mientras iba presurosa por las calles angostas hacia el departamento, preguntándose cómo podría convencer a su madre y a su tío para que creyeran las mentiras que iba a contarles, el coronel On-dinh-Khuc daba las últimas instrucciones al inspector Ngoc-Linh.

Le decía que tenía razones para pensar que el americano, Steve Jaffe, había sido secuestrado por los del Viet Minh. Por razones todavía desconocidas, Jaffe asesinó al sirviente. Eso era algo definitivamente comprobado. Para Jaffe sería muy conveniente que se creyera que lo habían secuestrado. Había una posibilidad de que Jaffe se hubiera escondido y tratara de salir del país; habría que impedirselo.

El inspector debería hacer averiguaciones. El coronel se conformaría tanto si lo habían secuestrado como si estaba escondido. Si estaba escondido, el inspector debería descubrir dónde. Una vez descubierto el lugar donde se escondía, no debía hacer nada por arrestar al americano. Debería comunicárselo al coronel y éste decidiría la actitud a tomar.

Dong-Ham y My-Lang-To deberían ser llevados a las oficinas de la Policía de Seguridad. No se les permitiría hablar con nadie, se les colocaría en celdas separadas y bajo llave hasta que el coronel los interrogara personalmente. Toda información que obtuviera de ellos se la pasaría al inspector para ayudarlo en la búsqueda del americano.

El coronel informaría al presidente que el americano había sido secuestrado, y sin

ninguna duda, el presidente transmitiría esa información al embajador americano. El inspector debía comprender que estaría en contra de los intereses del Estado el comunicar al embajador americano que Jaffe asesinó al sirviente. Ese desgraciado incidente deberá mantenerse oculto, y el coronel haría responsable al inspector de que se mantuviera el secreto.

Hubo una pausa, luego el coronel continuó:

—El cadáver del sirviente deberá ser encontrado cerca del puesto de policía. Se supondrá entonces que estaba con el americano cuando fueron atacados por los bandidos. Al mismo tiempo que secuestraban al americano, mataron al muchacho. ¿Está comprendido?

Los ojos pequeños y oscuros del inspector Ngoc-Linh pestañearon, pero contestó impasible:

—Está comprendido, señor.

Observó al coronel Khuc y a Lam-Than retirarse de la casa, subir al coche de la policía y alejarse. En cuanto se fueron, aflojó la tensión y caminó por la sala, el rostro sombrío, preocupado. Entonces miró el cuadro de la pared. Acercó una silla, se trepó y levantó la pintura. Se quedó mirando asombrado el boquete de la pared, y luego volvió a colocar el cuadro en su lugar, retiró la silla y muy pensativo cruzó la habitación dirigiéndose a la cocina.

En el otro extremo de la ciudad en un cuarto escasamente amueblado, Nhan abochornada frente a su madre y a su tío les explicaba por segunda vez lo que habrían de decir si la policía les preguntaba dónde estuvo ella la noche anterior.

La madre de Nhan era una mujer pequeñita de cuarenta y seis años. Tenía puesta una bata muy usada y el cabello suelto le enmarcaba un rostro seco lleno de arrugas. Parecía mucho más vieja de lo que era. El marido había trabajado como mozo en el Majestic Hotel. Lo mataron en un accidente de tránsito hacía unos años y ella luchó por mantener el hogar dedicándose a vender flores en el mercado. Había sido una verdadera suerte que Blackie Lee se le acercara y le sugiriera que Nhan podía trabajar en el club. Desde que Nhan empezó a trabajar allí su madre dejó de vender flores. Hasta había invitado a su hermano a vivir con ellos.

El hermano era mucho más viejo que ella. Era un hombre gordo estúpido. Que decía la buena ventura frente a la Tumba del Mariscal Le-van-Duyet. No era muy optimista en su trabajo y en consecuencia ganaba muy poco dinero. Estaba muy contento de tener casa y comida gratis.

—Si viene la policía —decía Nhan hablando con lentitud— deben decirle que volví a casa a las veintitrés y me acosté. Es muy importante que digan eso.

El tío la miró de reojo, frunciendo el ceño.

—¿Cómo voy a decir semejante cosa, si no volviste en toda la noche? —preguntó por último—. Estuve aquí todo el tiempo. Tu cama está sin tocar.

—Eso es cierto —agregó la madre de Nhan—. Las mentiras traen complicaciones. En esta casa no queremos complicaciones.

—Si no cuentan esa mentira —dijo Nhan con desesperación—, en esta casa habrá peores complicaciones.

El tío metió una mano debajo de la chaqueta y se frotó las costillas.

—Si la policía me hace preguntas —contestó obstinado—, le diré que no volviste en toda la noche. De esta manera no me veré envuelto en tus complicaciones. Y tu madre también dirá la verdad. Siempre pensé que ese americano te metería en algún lío. Me gustaría no tener nada que ver en este asunto.

—Si no hacen lo que les pido —insistió Nhan, desesperada—, voy a perder el trabajo y me van a meter presa. Nadie traerá dinero a casa los fines de semana y mi madre tendrá que volver a vender flores otra vez.

El tío se quedó mirando. No había pensado en eso. Hasta tendría que irse de esa casa tan cómoda.

—Aunque tu hija sea muy perversa, no sería conveniente que perdiera el trabajo —dijo después de pensarlo un poco y dirigiéndose a la madre de Nhan—. En cambio tienes que considerar a tus otros hijos. Si no hay dinero, ¿quién les va a dar de comer? Quizás, después de todo, sería mejor decirles esa mentira.

La madre no tenía ningún interés en volver a vender flores. Con un gesto de disgusto, estuvo de acuerdo en que quizás su hermano tuviera razón.

Observándolos, Nhan vio con alivio que había utilizado la táctica correcta.

—¿Entonces, si la policía les pregunta, le dirán que volví a casa a las veintitrés y estuve en cama toda la noche? —preguntó.

—Si eso salva a esta casa de la desgracia de que te metan presa —le contestó el tío—, entonces nos veremos obligados a contar esa mentira —se volvió hacia su hermana—. Tráeme la varilla de bambú. Esta chica tiene metido adentro un demonio perverso. Por ti y por tus hijos, es mi deber sacarle ese demonio.

La madre se levantó y fue hasta el armario donde se guardaba la vara de bambú. Su hermano la usaba a veces con sus tres hijos. Sintió que ahora tenía razón de usarla con su hija.

2

El coronel On-dinh-Khuc mordía una manzana mientras estudiaba el interrogatorio escrito a máquina que Lam-Than le había pasado.

Eran las ocho y cuarto de la mañana. Desde que volvieran a las oficinas se había hecho mucho. Dong Ham y My-Lang-To fueron interrogados. El cadáver de Haum había sido trasladado hasta el deshecho puesto de policía y lo metieron en la zanja

cerca de donde se encontraron los dos cadáveres de los Viet Minh. Al secretario privado del presidente se le informó que el americano había sido secuestrado. A su vez al embajador americano también se le informó lo mismo. Tres oficiales de la policía militar de Estados Unidos fueron hasta la escena del ataque donde estuvieron tomando fotografías, examinando al Chrysler y consultando con la policía de Vietnam.

El coronel masticó la manzana mientras estudiaba las contestaciones de Dong-Ham a las preguntas que le hiciera Lam-Than.

—Poca cosa —dijo por fin, poniendo el papel sobre el escritorio—. Mejor es que encontremos a esa muchacha que menciona. Probablemente no sepa nada, pero será mejor asegurarnos. Alguien tiene que saber quién es y dónde vive. Dile a Ngoc-Linh que averigüe en ese club. Allí probablemente sepan como se llama.

Lam-Than inclinó la cabeza.

El coronel tiró el resto de la manzana en el amplio canasto para papeles.

—Nada que valga la pena en el informe de la chica —continuó—. Es una lástima que insista en que el muchacho está todavía en la casa. Ese viejo cocinero también parece pensar lo mismo —levantó la vista para mirar a Lam-Than—. Cuando se diga que el muchacho estaba con el americano y lo mataron los del Viet Minh, estos dos podrían provocar dificultades. Si la policía americana tiene oportunidad de interrogarlos, la situación puede hacerse comprometida.

Lam-Than ya había pensado en esa dificultad.

—El viejo no tiene parientes —observó—. Si le ocurre un accidente no habrá complicaciones. La muchacha tiene padre y madre, pero cuidando que el asunto se maneje con tacto, también puede ser eliminada sin dificultades.

El coronel se frotó las mejillas carnosas.

—Lo dejo en sus manos —le dijo—. Arregle todo. Es mejor para el Estado que no haya complicaciones.

Lam-Than inclinó la cabeza. Recogió los dos interrogatorios y se retiró de la habitación.

Muy poco después de las once, el inspector Ngoc-Linh llegó al *Paradise Club*.

Al bajarse del coche Yu-Lan lo vio y apretó un botón que encendía una luz roja en la oficina de Blackie, así lo prevenía para que se preparara para la visita del inspector.

El inspector lo encontró leyendo el diario de la mañana.

Blackie se puso de pie, hizo una inclinación y le ofreció una silla. Yu-Lan entró con dos vasos de té que colocó sobre el escritorio. Hizo una inclinación y le sonrió al inspector quien a su vez devolvió la inclinación, con rostro inexpresivo.

Cuando Yu-Lan se retiró, el inspector bebió el té, hizo un comentario elogioso sobre su calidad, luego al ver que Blackie esperaba le dijo:

—¿Conoce a un caballero americano llamado Mr. Jaffe?

Era algo que Blackie no esperaba que le preguntaran. Aunque su rostro permaneció suave y sonriente, sin embargo, su mente se sobresaltó. Inmediatamente recordó las extrañas insinuaciones de Jaffe respecto a conseguir un pasaporte falso. Y ahora el oficial de policía estaba haciendo averiguaciones sobre Jaffe.

—Sí —contestó Blackie—. Viene aquí muy a menudo.

—¿Estuvo aquí anoche?

—Sí, me parece que sí.

—¿A qué hora?

—A eso de las veintiuna. No estoy muy seguro, no me fijé la hora exacta.

Así que Jaffe estuvo aquí, pensó el inspector, cinco horas después de asesinar al sirviente. ¿Qué estuvo haciendo mientras tanto?

Entonces hubo una pausa. Luego Blackie preguntó:

—¿Le ha ocurrido algo a ese caballero? Lo sentiría mucho.

—Ha sido secuestrado por bandidos del Viet Minh. Ya lo sabrá con más detalles por el diario de mañana.

Decir que Blackie estaba asombrado sería decir mucho menos. Se quedó mirando perplejo al inspector.

—¿Secuestrado por bandidos del Viet Minh? —repitió—. ¿Dónde ocurrió eso?

—Lo sabrá por los diarios de mañana —contestó cortante el inspector—. Quisiéramos saber algunas cosas del americano. ¿Cómo se llama la mujer que tenía relaciones con él?

Los ojos de Blackie se hicieron soñolientos. Buscó un cigarrillo y lo encendió.

—No tenía relaciones con ninguna muchacha en especial —dijo—. Venía y contrataba a su antojo a cualquier chica para bailar.

—Tengo razones para creer que favorecía en particular a una mujer —dijo el inspector—. Quiero saber su nombre.

—Si pudiera ayudarlo, lo haría —contestó Blackie, inclinándose—, pero no tengo la menor idea de si mantenía relaciones con alguna chica determinada.

—El sirviente manifiesta que una joven solía ir a su casa dos o tres veces por semana —dijo el inspector mirando fijo a Blackie—. Solía venir muy a menudo a este club. Es razonable presumir que conoció aquí a su amiga.

—Me sorprendería que así fuera —contestó Blackie—. Mis bailarinas no se acuestan con americanos. Es posible que la conociera en algún otro club.

—Tengo que encontrar pronto a esa muchacha —dijo el inspector y se puso de pie—. Hay que hacer averiguaciones. ¿Está completamente seguro de que no la conoce? Se lo vuelvo a preguntar porque si después se descubre que usted la conocía y nos ocultó deliberadamente esa información, el hecho le acarrearía grandes complicaciones. Sería muy sencillo clausurarle el club.

Blackie estaba completamente seguro de que ninguna de las bailarinas que

trabajaban en el club delataría a Nhan. Los pocos americanos que iban al club probablemente habrían visto a Jaffe con Nhan pero no sabían cómo se llamaba. Se sintió bastante seguro al negarse a ser embaucado por el inspector.

—Si le puede servir de ayuda, trataré de hacer algunas averiguaciones por mi cuenta —dijo con suavidad—. Es posible que alguien que conozca pueda ser útil. Si consigo el nombre de la chica le hablaré por teléfono.

El inspector tuvo que contentarse con eso. Después que se fue, Blackie salió del club y tomó un *pousse-pousse* hasta la casa donde vivía Nhan. Era poco después de mediodía: buena hora para hacer una visita. El tío de Nhan estaba en el Templo y la madre con una vecina de la vereda de enfrente.

Llamó a la puerta. Después de esperar unos pocos minutos, volvió a llamar. Nhan le abrió. En seguida se pudo dar cuenta de que Nhan había estado llorando y parecía sumamente nerviosa y asustada.

—Quiero hablarte —dijo Blackie y entró en la habitación—. La policía me hizo una visita esta mañana, para hacer averiguaciones del americano.

Nhan se quedó mirándolo, retrocediendo, los ojos inmensos de terror.

Sin dar muestras de notar el terror, Blackie continuó:

—Me preguntaron el nombre de la joven que lo visitaba.

Nhan se apoyó contra la pared. Ocultó sus manos temblorosas tras su propio cuerpo. Seguía mirando asombrada a Blackie. Parecía incapaz de decir ni una palabra.

—Me dijeron que al americano lo secuestraron unos bandidos, —continuó Blackie—. Pero no lo creo. Decidí venir a verte primero antes de decirles que eres la que están buscando.

Nhan cerró los ojos, luego los abrió lentamente. Seguía sin decir ni una palabra.

Blackie esperó unos minutos, luego le preguntó:

—¿Estuviste con él anoche?

Nhan asintió con la cabeza.

—¿Qué le pasó?

—Fuimos hasta el río en auto y después caminamos hasta las veintitrés. Me trajo a casa y entonces me acosté —dijo Nhan con voz temblorosa; las palabras parecían salir en forma automática, por eso Blackie tuvo la seguridad de que las había ensayado y ensayado.

—¿Dónde está ahora?

Hubo una larga pausa antes que ella contestara:

—No sé.

El hecho de que apartara la mirada con tanta rapidez, le reveló que le estaba mintiendo.

Sacó la cigarrera, tornó un cigarrillo y lo encendió. Durante esa pausa siguió

mirándola fijo y Nhan pareció encogerse debajo de su mirada.

—La policía está ansiosa por encontrarte —le dijo—. Me amenazaron con complicaciones si no les decía tu nombre. Si no sabes dónde está y si no lo has visto después de las veintitrés, no veo razón para no dar les tu nombre.

Nhan se puso rígida. Empalideció pero no dijo nada.

—Si la policía cree que estás mintiendo —dijo Blackie—, te van a convencer para que digas la verdad. Tienen muchos modos para convencer a la gente que no quiere contarles nada. Hasta las personas más valientes terminan por decirles todo lo que quieren —hizo una pausa y le preguntó con toda tranquilidad—: ¿Eres muy valiente Nhan?

La muchacha se estremeció.

—Por favor no les diga nada —murmuró.

—¿Sabes dónde está?

Primero vaciló, luego enderezando los hombros y mirándolo fijo, le dijo:

—No, no sé —pero el tono de la voz era tan poco convincente que Blackie le tuvo lástima.

Chupó el cigarrillo y soltó el humo por las narices.

—Anoche, el americano me vino a ver y me preguntó si no podría conseguirle un pasaporte falso. No dijo que fuera para él, pero estoy seguro de que así era. Me contó que queda salir del país y también que estaba en dificultades. No creo que lo hayan secuestrado. Pienso que está escondido en alguna parte. Sin ayuda, llegarán a encontrarlo en algún momento. Es posible que yo pudiera ayudarlo, pero antes de hacerla quiero saber qué pasa y cuánto podría pagar por mi ayuda. Si el problema es muy serio, naturalmente el precio será mayor. Es posible que quiera ponerse en contacto conmigo por tu intermedio. Si lo hace, ¿le vas a decir que estoy dispuesto a ayudarlo?

Nhan seguía rígida. No dijo ni una palabra, pero por la forma en que pestañearon los ojos negros, Blackie se conformó con que hubiera comprendido lo que le decía. Se puso de pie.

—Me parece que sería una imprudencia de tu parte aparecer estos días por el club —agregó—. Si necesitas dinero, estaré encantado de dártelo. Si ves al americano, por favor, no te olvides de repetirle todo lo que te dije.

Entonces, como Nhan seguía sin contestar nada, se puso el sombrero, la saludó y bajó lentamente escalera, internándose en la calle calurosa.

Se detuvo un momento en la esquina, con el ceño fruncido y preocupado, luego haciéndole señas a un *pousse-pousse*, le dijo al muchacho que lo llevara de vuelta al club.

CAPÍTULO VII

1

MIENTRAS a Blackie Lee lo conducían de vuelta a su club en el *pousse-pousse*, una escena curiosa se desarrollaba en las oficinas de la Policía de Seguridad. En la parte posterior del edificio de esas oficinas y donde se guardaban los coches había un callejón angosto bordeado por un lado por una alta pared de ladrillos que rodeaba al edificio de la policía y por el otro por un cerco alto y tupido.

Ese callejón angosto era utilizado muy pocas veces excepto por algunos campesinos que cortaban camino para llegar al Mercado Central.

Unos pocos minutos después de medio día, dos policías uniformados abrieron los portones del garaje y caminaron rápidamente hasta el final del callejón. Se quedaron parados dándose la espalda uno al otro, separados por cuarenta metros de calles de polvoriento pedregullo. Tenían órdenes estrictas de detener a cualquiera que quisiera utilizar el callejón durante los próximos veinte minutos.

Mientras se ubicaban, otro policía uniformado, chiquito y con aspecto de criatura, subió a un jeep de la policía y puso en marcha el motor. Cualquiera que lo hubiera mirado bien de cerca habría notado que traspiraba profusamente y su cara morena demostraba una tensión que parecía extraña para el sencillo trabajo que aparentaba estar haciendo.

Exactamente a las doce y quince, cuando Blackie Lee estaba pagando al muchacho del *pousse-pousse*, My-Lang-To que estuviera sentada en una celda oscura y calurosa durante las últimas tres horas, oyó poner la llave en la cerradura y descorrer el cerrojo.

Se puso de pie en el momento en que la puerta de acero giraba abriéndose. Un policía uniformado la llamó por señas.

—Ya no la necesitan más —dijo el policía—. Puede irse a su casa.

My-Lang-To salió tímidamente del horno oscuro al corredor lleno de sol.

—¿No hay noticias de mi novio? —preguntó—. ¿No lo encontraron?

El policía la tomó con fuerza de un brazo y la empujó por el corredor hasta un patio donde estaban estacionados varios jeeps de la policía.

—Cuando haya noticias de su novio, se lo dirán —le dijo y le señaló los portones abiertos—. Salga por aquí. Dése por satisfecha con haber recuperado la libertad.

En la voz del hombre había algo que asustó a la muchacha. De pronto sintió urgencia por alejarse de ese lugar: una urgencia frenética que la hizo ponerse rígida y apurar sus pasos hasta casi correr.

Formaba una figura clara y encantadora con su túnica blanca ajustada, sus

pantalones de seda blancos y el sombrero cónico de paja al cruzar corriendo el patio lleno de sol.

El policía que estaba sentado en el jeep, con el motor en marcha, puso la palanca en primera velocidad. El sudor de la cara le caía sobre las solapas de la immaculada chaquetilla.

My-Lang-To pasó a través de los portones abiertos y se internó por el callejón. Dobló hacia la derecha y empezó el largo camino hacia la calle principal. Delante de ella, vio la espalda de un policía que estaba parado al final del callejón.

Caminó unos veinte metros antes de escuchar el ruido de un coche que rápidamente se acercaba por detrás. Miró por sobre el hombro al jeep de la policía que había cruzado los portones abiertos y se dirigía hacia ella.

Caminó hacia un costado y se recostó contra la pared para dejarle paso al jeep. Fue sólo en los últimos breves instantes de su vida cuando se dio cuenta de que el conductor del jeep no tenía intención de pasarla. De pronto hizo girar la dirección y antes de que My-Lang-To pudiera moverse, el paragolpes de acero del jeep la golpeó aplastándola contra la pared.

Ninguno de los policías que estaban al final más alejado del callejón se dio vuelta al oír el grito de My-Lang-To. Se les había dicho que no miraran a ninguna parte. Oyeron al jeep volverse y regresar al patio, luego en el callejón hubo un largo silencio.

Cumpliendo instrucciones, se alejaron hacia la calle principal a continuar su rutina diaria, pero ninguno de los dos pudo borrar de su mente, el penetrante grito de terror que habían escuchado.

El cadáver de My-Lang-To fue encontrado diez minutos más tarde por un campesino que pasaba apurado por llegar al mercado con un paquete de verduras hábilmente equilibrado en una vara larga de bambú que llevaba sobre los hombros.

Se quedó mirando horrorizado durante algunos minutos la encogida silueta y la túnica de nylon teñida de rojo, antes de bajar la vara de bambú y echarse a correr frenéticamente hacia los portones de la Policía de Seguridad donde golpeó con fuerza mientras gemía su descubrimiento.

Mientras My-Lang-To caminaba hacia la muerte, en otra oficina de la Policía de Seguridad, Dong-Ham también estaba por morir.

Sentado en una celda reducida, pellizcándose nervioso el pellejo seco de la mano oyó abrirse la puerta de la celda.

Entraron dos hombres que sólo tenían puestos unos shorts kaki. Uno llevaba un balde grande con agua que colocó en el centro de la celda. Su compañero hizo señas al viejo de que se parara.

Dong-Ham supo que iba a morir. Se puso de pie con tranquilidad y con valor. Permitió que terminaran con él esos dos hombres que lo manejaron con la habilidad

de verdugos experimentados. Ni siquiera intentó luchar cuando le metieron la cabeza en el balde lleno de agua y se la sostuvieron dentro. Se ahogó en muy pocos minutos casi sin hacer ningún movimiento. Era un hombre que aceptaba lo inevitable en la creencia de que la muerte era una liberación hacia un mundo mejor y que a su edad esa liberación era muy bien venida.

El hombre que causó la muerte de esas dos personas sencillas estaba acostado a todo lo largo sobre angostos tablones de madera, mirando con frialdad el cielo raso de madera y fumando un cigarrillo.

Jaffe se quedó mirando el reloj. Pasarían todavía tres horas antes de que llegara Nhan trayendo algunas noticias. Podía oír al abuelo dando vueltas en la habitación de abajo. Esperaba que al viejo no se le ocurriera subir y empezar a conversarlo. Ya había tenido bastante de él.

De cualquier modo, se dijo Jaffe, era una suerte que pudiera estar ahí. La casa no tenía vecinos. La construcción más cercana estaba a unos cincuenta metros más abajo en el camino: era una gran fábrica de laca. Estuvo mirando por la ventana en horas de la mañana mientras el viejo le conversaba. Pasaron muy pocos coches; la mayoría llenos de turistas que iban a visitar la fábrica. Pensó que allí estaría bastante seguro mientras no se dejara ver.

Ahora volvió sus pensamientos al problema de cómo salir del país. Ya había decidido sin muchas ganas que le pediría ayuda a Blackie Lee. Habría querido saber hasta dónde podía confiar en el chino gordo. Existía la posibilidad de que cuando Blackie supiera la razón por la cual estaba escondido intentara hacerle un chantaje.

Giró sobre un costado, haciéndole una mueca a la dureza de las tablas y sacó del bolsillo la cajita que contenía los diamantes. La abrió y los examinó, sintiendo surgir otra vez en su interior esa excitación a la vista de su fulgor. Los contó. Había cincuenta piedras grandes y ciento veinte más chicas. No había duda de que eran de la mejor calidad. Con mucho cuidado levantó una de las más chicas y la sostuvo a la luz. No tenía idea de su valor, pero no debería de ser menos de seiscientos dólares. También podía ser mucho más.

Mientras Jaffe estaba allí acostado soñando despierto cómo gastaría el dinero una vez que vendiera las gemas, Blackie Lee estaba muy ocupado utilizando el teléfono. Llamó a varios números hasta que por fin localizó a Tung Whu, un periodista que escribía para el diario chino.

Tung Whu no parecía muy contento de hablar con Blackie Lee, pero para Blackie eso no tenía importancia. Tung Whu le debía veinte mil piastras que le había prestado para cubrir una urgente deuda de juego. Desde entonces estaba en deuda con Blackie, quien hasta ese momento le había dicho a Tung Whu que no tenía urgencia por el dinero.

Por teléfono, Tung Whu le dijo que estaba muy ocupado. Blackie le contestó que

un hombre muy ocupado debía ser un hombre agradecido. Al hombre que no tenía trabajo ni dinero (recalcando la palabra) era al que se le debía tener lástima.

Entonces hubo una pausa, luego Tung Whu, ahora que se había mencionado la palabra «dinero», preguntó con un tono mucho más suave si podía serle útil en algo.

—Sí —le contestó Blackie—. Puede venir almorzar conmigo. Lo esperaré —y colgó el receptor antes de que Tung Whu pudiera empezar a protestar.

Treinta minutos después, Yu-Lan introdujo a Tung Whu a la oficina de Blackie.

Tung Whu era un chino do mucha más edad, que usaba un raído traje europeo y apretaba un portafolio de cuero gastado que contenía una cámara fotográfica bastante estropeada y muchas libretitas de apuntes.

Blackie le hizo una inclinación de cabeza y le dio la mano. Le indicó que se sentara en una silla y con la cabeza le hizo señas a Yu-Lan que estaba parada esperando al lado de la puerta.

Tung Whu manifestó que en realidad no podía quedarse mucho tiempo. Estaba sumamente ocupado. Había ocurrido algo inesperado y todavía no había escrito el artículo para la edición de la mañana siguiente.

Blackie le preguntó inocentemente qué había ocurrido. Tung Whu le contó que un americano había sido secuestrado por bandidos del Viet Minh.

Mientras estaba hablando entró uno de los mozos del club trayendo una bandeja con unos tazones de sopa china, camarones en salsa dulce fermentada y arroz frito.

Mientras los dos hombres comían, Blackie le sonsacó al reportero todos los hechos conocidos por él y referentes al secuestro.

—Tiene preocupadas a las autoridades de la embajada el hecho de que ese hombre Jaffe fuera manejando por el camino a Bien Hoa con su sirviente cuando le había dicho a su amigo que iba ir aeropuerto con una mujer —manifestó Tung Whu mientras sorbía la sopa—. Se piensa que el americano estaba a punto de pasar por el puesto de policía cuando tiraron la primera granada. La policía de seguridad y la policía americana, las dos piensan que al americano pudo matarlo la metralla de la granada y los bandidos se llevaron el cadáver y lo escondieron en alguna parte. Están tratando de encontrar el cadáver.

—¿Así que no es cierto que el americano fue al aeropuerto con una mujer? —preguntó Blackie como por casualidad.

Tung Whu prensó con los palillos uno de los camarones y se lo puso en la boca. Sacudió la cabeza.

—Se cree que fue un pretexto para convencer a su amigo de que le prestara el coche. No se comprende para qué quería el coche pues encontraron su propio Dauphine y lo revisaron. No le pasaba nada, pero al amigo le había manifestado que no andaba. En todo este asunto hay una cantidad de cosas que no concuerdan.

En ese momento sonó el teléfono y cuando Blackie contestó, una voz preguntó

muy agitada sí Tung Whu estaba allí.

Blackie le tendió el receptor y observó a Tung Whu mientras escuchaba la explosiva charla del otro lado de la línea. Tung Whu dijo:

—Voy en seguida.

Colgó el receptor y se puso de pie.

—Hay una novedad —le contó a Blackie—. La novia del sirviente fue a las oficinas de la policía para que la interrogaran y al salir la atropelló un auto y la mató.

Los ojos de Blackie se empañaron de pronto.

—¿Y el chofer del auto? .

—Disparó: Ahora la policía lo está buscando. Tengo que volver a la oficina.

Después que se fue, Blackie encendió un cigarrillo y se quedó mirando pensativo hacia el espacio. Seguía inmóvil cuando entró el mozo a retirar los restos de la comida y con impaciencia le hizo señas de que se fuera.

Sus pensamientos eran demasiado importantes para que lo molestaran.

2

Un joven vietnamés apoyado contra un árbol, observaba el tránsito que se movía por la majestuosa avenida que llevaba al Palacio Doc Lap. Tenía puesto un saco a rayas blanco y negro que se había hecho hacer especialmente copiándolo de uno que viera en un periódico americano. Era una mala imitación de un «zoot»^[2] exagerado, con unas hombreras enormes, puños angostos, y tan largo que casi le llegaba a las rodillas. Tenía unos pantalones bombilla negros, una camisa blanca sucia con una corbata muy estirada, y en la cabeza un sombrero mejicano de paja duro.

El joven era conocido por el nombre de Yo-Yo.

Nadie había oído nunca su verdadero nombre ni tampoco nadie se había preocupado por averiguarlo. Le decían Yo-Yo porque siempre estaba con un Yo-Yo en las manos. Era un experto con ese juguete de madera, al que hacía girar indefinidamente al final del piolín para fascinación de sus amigos y de los chicos del vecindario.

Yo-Yo era pequeñito y de mirada rencorosa y mezquina. Ganaba unas pocas piastras trabajando para Blackie Lee. Cuando no trabajaba para Blackie Lee, aumentaba su renta precaria registrando bolsillos y exigiéndoles dinero a algunos de los muchachos de los *pousse-pousse*.

Jugaba con el Yo-Yo, los ojos negros vivaces medio entornados para protegerse del sol del mediodía, cuando un chiquilín sucio y andrajoso se le acercó corriendo y casi sin aliento para decirle que Blackie lo llamaba.

Yo-Yo miró al muchachito. Se le acercó extendiendo los dedos huesudos y le

pellizcó la nariz. Las uñas sucias marcaron una media luna en la carne del muchachito y lo hicieron gritar de dolor. Mientras el chico salía corriendo, chillando y agarrándose la nariz, Yo-Yo hizo señas a un *pousse-pousse* y dijo al muchacho que lo llevara al *Paradise Club*.

Allí, Blackie le dijo que fuera inmediatamente al departamento de Nhan Lee Quon y la vigilara. Debía seguir a la muchacha a cualquier lugar que fuera, pero con mucho cuidado de que no lo viera. Le daría cuarenta piastras. Cuando extendió la mano para tomar el dinero, Blackie le dijo que esperaba la información para esa misma noche.

Yo-Yo tomó el dinero, asintió levemente con la cabeza y bajó las escaleras murmurando entre dientes.

Muy poco después de las catorce, Nhan salió del departamento, sin darse cuenta de que Yo-Yo la seguía con todo disimulo. Continuó caminando y un poco más lejos entró en una cigarrería donde compró un cartón de cigarrillos Lucky Strike.

Yo-Yo la siguió hasta la estación del ómnibus donde Nhan compró un diario y subió al ómnibus que hacía el viaje Saigón-Thudaumot. El muchacho se sentó en el fondo del ómnibus y jugó con el Yo-Yo mientras los campesinos sentados en derredor observaban con ojos fascinados el carretel de madera que giraba sin cesar.

El ómnibus se detuvo en la fábrica de laca y Nhan bajó empujando al pasar a Yo-Yo, pero sin fijarse en él. Este la siguió deteniéndose bajo la sombra de un árbol, la vio descender por la calle polvorienta y entrar en una pequeña casita de madera, con las paredes cubiertas de buganvilla rosada y violeta. La vio golpear y entrar, cerrando luego la puerta.

Encendió un cigarrillo y se puso en cuclillas apoyando la espalda contra el árbol y haciendo girar el Yo-Yo a todo lo largo del piolín y con un pequeño movimiento de la muñeca lo hizo volver hasta la palma sucia de su mano.

Nhan subió corriendo la escalera y se arrojó en brazos de Jaffe. Steve la besó con impaciencia, luego sacándole el diario que traía debajo del brazo, volvió al cuarto y acercándose a la ventana revisó los títulos. Al no encontrar nada en ellos, dio vuelta rápidamente las páginas hasta convencerse de que no decía nada. Tiró el diario, pensando que no debió esperar todavía noticias. Bueno, por lo menos eso significaba que todavía no habrían empezado a buscarlo, Y se permitió sentirse aliviado.

Miró a Nhan que se había quitado el sombrero de forma cónica Y se arreglaba el pelo frente al espejo de la pared. Su belleza de muñeca lo emocionó, se le acercó, la alzó y la sentó en las rodillas. Al hacerla la sintió titubear y endurecerse y la miró extrañado.

—¿Te molesto? ¿Qué te pasa?

Nhan sacudió la cabeza.

—No. Nada. No me molestas —con sus pequeñas manos tomó la de él—. Estoy

preocupada. La policía fue a ver a Blackie.

Jaffe sintió que el corazón le daba un brinco.

—Bueno, continúa. ¿Cómo lo sabes? —le preguntó mirándola.

Sentada rígida sobre las rodillas de Jaffe le relató la visita de Blackie Lee y lo que éste le dijo. Jaffe escuchaba, el rostro endurecido, los ojos intranquilos.

De manera que después de todo ya habían comenzado a buscarlo, pensó con amargura. Debió sospechar que a esa altura ya habrían encontrado el cadáver de Haum.

—¿Te delató? —preguntó.

Nhan trató de controlar un estremecimiento de temor.

—No sé.

—Voy a tener que confiar en él. No conozco a ninguna otra persona en quien confiar. ¿Sabe que tu abuelo vive aquí?

—Nunca se lo dije. No creo que lo sepa.

—Voy a arreglar con él. Tendré que verlo en alguna parte. ¿Dónde podría encontrarme con Blackie, Nhan? En Saigón, no. Sería demasiado arriesgado pero no podrá ser lejos de aquí. Tendré que ir caminando.

—Podrías utilizar la bicicleta de mi abuelo —le dijo.

No se le había ocurrido que un hombre tan viejo como el abuelo pudiera tener una bicicleta. Se alegró.

—Sería espléndido. Bueno, entonces, ¿dónde podríamos encontrarnos?

Nhan estuvo pensando unos instantes.

—Hay un viejo templo no muy lejos de aquí. Está abandonado. Podrían encontrarse allí —y empezó a explicarle dónde quedaba el templo.

—¡Espléndido! Bueno, mira, dile que has hablado conmigo y quiero verlo. Dile que se encuentre conmigo en el templo esta noche a la una.

Nhan asintió con la cabeza.

—¿Y qué pasó con tu madre y tu tío? —le preguntó.

—Está todo arreglado —ya no podía soportar durante más tiempo el dolor de estar sentada sobre esas rodillas musculosas. Todavía le dolían mucho los golpes que le diera su tío. Se deslizó de las rodillas y se acurrucó frente a él, los ojos apagados por el dolor continuo—. Les hablé. Y comprendieron.

Bueno, ya era algo, pensó, por lo que no tendría que preocuparse. ¡Si pudiera saber si podría confiar o no en ese chino gordo!

Miró a Nhan y de pronto se dio cuenta de lo bonita que era. Los ojos preocupados, el rostro pequeño y de facciones finas le hicieron brincar el corazón y sintió una urgente necesidad de poseerla. Se levantó y cruzando hasta la puerta, movió el pestillo y la abrió.

—Entra —le dijo y acercándose a la cama se sentó allí.

Nhan se le acercó sin mucho interés y se quedó parada a su lado mientras Jaffe la desvestía, era algo que siempre le gustaba hacer.

Después la alzó. La mano sintió en el muslo una cosa dura, hinchada. Asombrado, la acostó de boca en la cama. La vista de esos lívidos cardenales en la carne dorada le hicieron subir la sangre a la cabeza.

El deseo desapareció. Tenía conciencia de una extraordinaria sensación que hasta entonces nunca había experimentado. Se sintió invadido por una sensación de furia que lo hacía temblar con violencia. En ese momento de ciega furia, de repente se dio cuenta de que amaba a esa muchacha, era algo que hasta entonces no había percibido. Sintió un deseo asesino de ponerle las manos encima y hacer pedazos a la persona que le había infligido semejante castigo.

—¿Quién te lo hizo? —preguntó con voz ronca y violenta.

Nhan se puso a llorar, escondiendo la cara en la almohada como si estuviera avergonzada.

No podía soportar la vista de esa piel lastimada y desgarrada. Con mucho cuidado le puso la túnica azul ajustada, después se acercó a la ventana y encendió un cigarrillo con mano temblorosa.

—¿Quién te lo hizo? —volvió a preguntar haciendo un esfuerzo para suavizar la voz.

—No tiene importancia —sollozó Nhan—. Acércate Steve. Por favor. No tiene importancia.

Tengo que haber estado loco del todo para complicarla en esto, pensó. Soy un inmundo egoísta miserable.

Tiró el cigarrillo por la ventana abierta, sin darse cuenta de que se estaba mostrando a Yo-Yo quien se había corrido hasta un lugar frente a la casita y lo miraba acurrucado desde la sombra, mientras continuamente hacía girar el Yo-Yo.

Jaffe se dio vuelta y volvió hacia donde estaba Nhan y la abrazó. La sostuvo así muy junto a él, haciendo correr sus dedos por entre los cabellos de la muchacha. Después de un ratito Nhan dejó de llorar y se le colgó del pescuezo. Le contó que el tío le había pegado.

—Era su deber —dijo—. Sentía que no le podía mentir a la policía. Es mejor así.

Jaffe se sintió mal. Se dio cuenta de que siempre la había tratado como si fuera sólo una muñeca bonita. La había utilizado cuando le había parecido, y la había abandonado cuando se había aburrido de ella. Solamente ahora se daba cuenta de que era un ser humano con sentimientos, y se sintió profundamente avergonzado de sí mismo.

En ese preciso instante decidió que se casaría con ella tan pronto como le fuera posible y que se la llevaría con él a Hong Kong. Le gustó imaginarse viéndose con ella, observando su encanto cuando le comprara cosas, viendo su asombro cuando

conociera América.

Se quedó a su lado, sosteniéndola bien junto a sí y conversándole. Le habló de todo lo que iban a hacer juntos en cuanto se casaran y en ese momento era sincero realmente y sabía lo que estaba diciendo. Mientras hacía desfilar sus sueños, Nhan descanso en sus brazos, olvidando su cuerpo dolorido, acariciándole la nuca con los dedos delgados, mucho más feliz de lo que había sido antes en toda su vida.

Precisamente antes de las diecinueve Yo-Yo la volvió a ver cuando salía de la casa y se dirigió caminando hacia la parada del ómnibus.

Se puso de pie y la siguió. Había sido una tarde muy satisfactoria. Descansó a la sombra y le pagaron por no hacer nada. Esa clase de trabajo era el que a Yo-Yo le encantaba.

Sin embargo, era curioso. Durante la larga espera frente a la casa, se había estado preguntando por qué Blackie Lee querría hacer vigilar a una de las bailarinas del club. ¿Quién sería ese americano que había visto por la ventana?

Mientras el ómnibus se zarandeaba camino a Saigón se dijo que esa pregunta necesitaba una contestación.

En el Mercado Central Nhan bajó del ómnibus y tomó un *pousse-pousse* para ir al club. Yo-Yo se sorprendió y la siguió en otro *pousse-pousse*. La observó subir las escaleras del club, luego, encogiéndose de hombros, cruzó la calle hasta donde había un hombre que vendía comida y sentándose a su lado, compró un tazón de sopa china y se la tomó con avidez.

Blackie Lee conversaba con el director de la orquesta cuando Nhan entró al desierto salón de baile. La vio inmediatamente y dejando al director, se dirigió a su encuentro.

—Te dije que no vinieras por aquí —dijo—. Vete en seguida.

—Necesito hablar con usted —le contestó Nhan y se sorprendió de su seguridad—. Se trata de Mr. Jaffe.

Blackie se demostró inmediatamente interesado.

—Vamos a mi oficina.

Después de cerrar la puerta de la oficina se sentó frente al escritorio.

—Bueno, ¿de qué se trata?

Nhan se sentó con sumo cuidado. Se seguía sintiendo realmente muy feliz ahora que estaba segura de que Jaffe la quería y se casarían y se irían juntos a Hong Kong. Antes nunca había estado muy convencida a pesar de las cosas que Jaffe le decía, pero esta vez la convenció la expresión de sus ojos. Y los ojos de un hombre no mienten, se dijo a sí misma. Estaba contenta y agradecida de que su tío le hubiera pegado. Las marcas de su cuerpo despertaron finalmente en Steve ese nuevo amor. Ahora se sentía segura, y Blackie tenía conciencia de esa nueva seguridad.

Dijo que Jaffe quería hablar con Blackie. ¿Querría Blackie encontrarlo en el viejo

templo del camino a Bien-Hoa?

Blackie dudó más o menos unos instantes.

—¿Dónde está escondido? —preguntó.

—Ese es el mensaje que me dio para usted —contestó Nhan con firmeza—. No tengo ninguna otra cosa que decirle.

Blackie se encogió de hombros.

—Iré a encontrarme con él. Ahora vete y no vuelvas por acá.

Unos pocos minutos después de haber salido Nhan, la puerta se abrió y Yo-Yo penetró en la oficina. Le contó a Blackie lo ocurrido por la tarde y cómo había visto al americano en el cuarto de arriba de la casa.

—Ese lugar pertenece al abuelo de la muchacha —dijo—. Ella salió para tomar el ómnibus de las diecinueve y vino para acá.

Blackie asintió con la cabeza. Sacó de la billetera cinco billetes de diez piastras y por sobre el escritorio se los tendió a Yo-Yo.

—Cuando vuelva a precisarte —le dijo indicándole la puerta—, te mandaré buscar.

—¿Sigo vigilando a la muchacha? —preguntó Yo-Yo.

—No. Es suficiente con lo que me has contado. El asunto está terminado.

Yo-Yo asintió con la cabeza y salió a la calle cuando oscurecía.

En cuanto a él se refería, el asunto no estaba terminado. ¿Para qué había ido Nhan a ver a Blackie? ¿De qué hablaron para que Blackie Lee perdiera el interés de seguir vigilándola?

Yo-Yo se compró otro tazón de sopa china. Mientras lo tomaba, decidió que vigilaría a Blackie Lee.

Ya hacía un tiempo que tenía la idea de que algunas de las actividades de Blackie se prestaban a investigación. Si llegaba a descubrir alguna cosa, sabía que Blackie Lee se trasformaría en sujeto de extorsión más ventajoso que los miserables muchachos de los *pousse-pousse* de quienes Yo-Yo debía aprovecharse para conseguir alguna entrada extra.

Un sujeto mucho más ventajoso, pero también mucho más peligroso, se dijo. Tendría que tener mucho cuidado.

CAPÍTULO VIII

1

EXACTAMENTE antes de medianoche, Jaffe salió del dormitorio y a tientas bajó la escalera hasta la puerta de calle. Detrás de una puerta cerrada podía escuchar los ronquidos del abuelo de Nhan. Se quedó parado un momento escuchando, asegurándose de no haber despertado al viejo; después tanteó el picaporte, y corrió el cerrojo.

Al abrirse, la puerta hizo un leve crujido. Espió a través de la oscuridad. La luna se escondía detrás de un grupo de nubes. Apenas podía distinguir la delgada silueta de los árboles, y a la distancia, la del techo de la fábrica de laca contra el cielo de la noche.

Con muchas precauciones recorrió el sendero que llevaba al galpón donde el viejo guardaba la bicicleta. Nhan le había dado instrucciones bien precisas. No tuvo dificultad en encontrar la bicicleta que llevó al camino, y montándola, partió para su cita con Blackie Lee.

Después que Nhan se fue, Jaffe se acordó de limpiar el revólver. El saber que tenía revólver y que funcionaba le proporcionó una fuerte sensación de seguridad.

Había sacado de la cajita dos de los diamantes más pequeños y los envolvió en un pedacito de papel de diario, guardándolos después en el bolsillo de la camisa. No sabía si dejar o no los otros en el cuarto, pero decidió que hacerla era demasiado arriesgado, por eso volvió a meter la cajita en el bolsillo posterior del pantalón.

Mientras pedaleaba por el camino principal de Bien-Hoa, ensayó la historia que proyectaba contarle a Blackie. Estaba seguro de que los diarios no mencionarían los diamantes. Le habría gustado saber bien cómo relatarían las cosas, y qué había descubierto hasta entonces la policía, o qué sospechaba. Tendría que ser muy cauteloso con Blackie. No debería dejarle ver que no le tenía mucha confianza, pero al mismo tiempo, tampoco podía confiarle toda la verdad.

Durante los primeros quinientos metros tuvo el camino totalmente a su disposición. Vigilaba constantemente por si se acercaba algún coche o por si había algún movimiento en cualquiera de los dos lados del bosque.

Se dio un susto bastante grande cuando un búfalo que estaba tirado en el pantano al oírlo acercarse bufó y se levantó. Y poco más adelante al ver los faros de un coche saltó de la bicicleta con toda rapidez, se apartó del camino y se tiró entre los yuyos húmedos hasta oír alejarse el motor del coche.

Fuera del búfalo y de ese automóvil, el viaje hasta el templo trascurrió sin novedades, y llegó allí a la una menos veinte.

El templo se levantaba en un patio rodeado por muros altos y en ruinas. Quedaba a unos doscientos metros del camino principal. El angosto sendero que llevaba hasta el templo estaba lleno de baches y en parte cubierto por pasto y maleza. Era un lugar muy apropiado para encontrarse con Blackie Lee pues éste podría entrar el coche al patio donde no lo verían desde el camino principal.

Jaffe llevando la bicicleta recorrió el angosto sendero y cuando estuvo cerca de los portones del templo, dejó la máquina entre el pasto alto donde quedó bastante oculta. Siguió caminando hasta el templo e inspeccionó el patio. Estaba demasiado oscuro para poder ver nada. Decidió esperar afuera. No tenía ningún interés en penetrar en esa calurosa oscuridad y caer en alguna trampa.

Descubrió un grupito de arbustos detrás de los que pudo esconderse y al mismo tiempo tener una vista permanente del camino principal y del sendero que llevaba al templo.

A la una en punto vio acercarse los faros de un coche. El coche americano grande y pesado de Blackie Lee se zarandeaba y saltaba avanzando lentamente por el sendero angosto.

Jaffe pudo ver que llegaba solo y se sintió aliviado, consciente de pronto de que mientras el coche se iba acercando había estado con la mano en la culata del revólver.

Observó cómo el coche atravesó el portón para entrar al patio, entonces se puso de pie y caminando por el pasto se acercó hasta Blackie quien en ese momento bajaba del coche.

—Hablaremos en el auto —dijo Jaffe, y dando la vuelta hasta el otro lado se sentó junto al asiento del conductor mientras Blackie, luego de un momento de vacilación, volvía a colocarse frente al volante.

Blackie había decidido escuchar y hablar muy poco. No quería dejar que el americano supiera que ya estaba enterado en parte del asunto. Sería más interesante y probablemente más ventajoso escucharlo que el americano tenía que decir y descubrir si le estaba mintiendo o no.

Le dijo:

—Mr. Jaffe no comprendo qué ocurre. Esta tarde me fue a ver Nhan para decirme que usted quería hablar conmigo aquí. ¿Por qué no podíamos encontrarnos en el club, o en su casa? Todo esto es muy misterioso y extraño. Me gustaría mucho que me lo explicara.

—Para eso he venido —replicó Jaffe—. Estoy en dificultades. Yo soy la persona que quería el pasaporte falso. Tengo que salir del país, y rápido.

—No soy ningún tonto —dijo Blackie con suavidad—. Sospeché que el pasaporte era para usted. Creo que puedo ayudarlo. Costará dinero, pero con tal de que no haya cometido un crimen capital o político, el asunto no va a ser difícil de arreglar.

Jaffe sacó un arrugado paquete de cigarrillos. Le ofreció uno a Blackie quien lo

rechazó con la cabeza. Encendió uno para él y Blackie que lo estaba observando vio una mano poco firme al acercar el fósforo al cigarrillo.

—En forma accidental maté a mi sirviente —dijo Jaffe.

A Blackie fue como si le hubieran dado un golpe. Era lo último que esperaba oír.

Recordó lo que le había dicho Tung Whu. La policía americana y vietnamesa, las dos, creían que al muchacho lo asesinaron los bandidos. Y ahora el americano le confesaba que fue él quien lo mató.

Se las arregló para decir con toda tranquilidad:

—No comprendo Mr. Jaffe. Lo que me está diciendo es algo muy serio. ¿Cómo puede alguien matar a un hombre por accidente?

—Lo pesqué robándome dinero de la billetera. Trató de escaparse. Estaba aterrado. Me imagino que no sospeché mi propia fuerza. Mientras el muchacho luchaba por zafarse, no sé cómo le rompí la nuca.

Blackie miró directamente a Jaffe, con la vista recorrió su musculatura.

—Usted es un hombre muy fuerte —dijo con una nota de respeto en la voz—. Sí, es posible que pueda haber ocurrido así.

—Bueno, pues ahí estaba con un cadáver en mis manos —dijo Jaffe, sintiéndose aliviado al ver que Blackie parecía creer su historia—. Las apariencias eran bastante malas. Decidí desaparecer. Usted ya sabe cómo es aquí la policía. Podrían meterme en la cárcel. Confío en usted para poder llegar a Hong Kong.

Blackie no podía aceptar semejante historia. No tenía sentido.

—¿Pero no pensó en presentarse a la policía y explicar la situación, Mr. Jaffe? Ya se sabe que los sirvientes muchas veces son ladrones. Si les contaba...

—Pensé en todo eso —contestó. Jaffe cortante—. A estos vietnameses no les gustan los americanos. Me podrían cocinar en la cárcel. No quise correr el riesgo.

Todo eso seguía sin tener sentido para Blackie, pero decidió seguirle la corriente al americano.

—¿Y el cadáver? —preguntó—. ¿Qué hizo con él?

—Lo metí dentro de un ropero de mi casa —dijo Jaffe—. La policía fue a verlo a usted, ¿no es cierto?

Blackie asintió con la cabeza. Estaba intrigado y asombrado. Si Jaffe había dejado el cadáver en su casa, ¿cómo fue a dar a la zanja con los bandidos muertos? ¿Quién lo llevó de la casa a la zanja? ¿La policía? ¿Por qué informaron a los periódicos que a Haum lo mataron los bandidos?

—Me fueron a ver —dijo—. Me dijeron que a usted lo habían secuestrado unos bandidos del Viet Minh. Querían saber si tenía relaciones con alguna bailarina determinada. Por supuesto les dije que no le conocía ninguna chica.

—Nhan no tiene nada que ver con todo esto. Sucedió anoche antes de encontrarme con ella. No tiene absolutamente nada que ver.

Blackie no contestó ni una palabra. Era una mentira pasable. Estaba seguro de que Nhan sabía bastante de todo el asunto. No podía comprender por qué motivo la policía había trasladado el cadáver de Haum. No tenía objeto seguir ocultándoselo a Jaffe. De todas maneras se enteraría por los diarios de la mañana. Decidió decírselo.

—Esta tarde hablé con un periodista —dijo—. Me contó que la policía les comunicó que a Haum lo mataron los bandidos. Encontraron el cadáver cerca del coche destrozado que usted iba manejando.

Durante unos instantes Jaffe se quedó completamente inmóvil, no muy seguro de haber oído bien. Entonces se dio cuenta de que si era cierto se había puesto prematuramente en manos de Blackie Lee al confesarle que mató a Haum. Se maldijo por no haber esperado a leer los diarios antes de ver a Blackie. En seguida se dio cuenta de por qué la policía había trasladado el cadáver de Haum. ¡Entre las autoridades alguien quería los diamantes!

Encontraron el boquete de la pared, pensó, y saben que la casa perteneció antes a la querida del general. Han sospechado que encontré los diamantes y maté a Haum para que no hablara. Están preparando la escena para poder cerrarme la boca cuando me encuentren, y quedarse con las gemas.

Blackie seguía diciendo:

—Este es un asunto muy confuso, Mr. Jaffe. ¿Cómo explica usted que encontrarán el cadáver de Haum en una zanja?

—Quizás no quieran provocar con esto un incidente internacional. Después de todo, soy americano —contestó Jaffe con cautela.

—No me parece que sea una buena explicación —contestó Blackie—. Hace unos pocos meses un marinero americano asesinó en Cholon a una prostituta. La policía no vaciló en arrestarlo. ¿Por qué vacilarían en arrestarlo a usted? ¿Por qué arreglaron las cosas de manera que pareciera un ataque del Viet Minh?

—Quizás ellos no trasladaron el cadáver. Quizás lo hicieron el cocinero y la muchacha.

—Si se refiere a My-Lang-To —dijo Blackie—, esa sugerencia está fuera de la cuestión. ¿Cómo iban a poder llevar el cadáver tan lejos? Quizás le interese saber que al cocinero y a esa chica los llevaron a la policía para interrogarlos. Cuando la muchacha salía de las oficinas de la policía la atropelló y la mató un coche que desapareció. Cosas así han ocurrido antes, de vez en cuando, a gente que detuvieron para interrogar. Es un método muy eficiente para deshacerse de las personas que pudieran resultar les molestas.

Jaffe sintió que sobre su mano caía una gota de sudor. Se dio cuenta de que estaba repentinamente alarmado.

—De Dong Ham no se había sabido más nada —continuó Blackie—. No me sorprendería que para estos momentos también él ya estuviera muerto.

Y si me encuentran a mí, pensó Jaffe; también me van a matar.

—No entiendo absolutamente nada —dijo—. Todo esto me resulta tan misterioso como a usted.

Eso, mi amigo, es una mentira, pensó Blackie. ¿Se tratará de algún problema político? ¿Estará este americano trabajando con algún grupo para derrocar al régimen? Haum lo habrá descubierto y el americano lo mató para que no hablara. No, no puede ser. No me pediría ayuda a mí si estuviera trabajando para algún grupo. Ellos ya se ocuparían de sacarlo del país. Entonces, ¿cuál será la explicación?

—No me gustan los misterios —dijo—. Quiero conocer todos los hechos antes de comprometerme. Mr. Jaffe, ¿cuándo le pidió el coche a su amigo, estaba tratando de escaparse?

—Así es. Pensé que con las chapas diplomáticas podrían disimular mi ida a Cambodia. En el momento en que llegué al puesto de policía, empezó el ataque y el coche quedó inutilizado.

—¿Nhan estaba con usted?

—No —Jaffe hizo una pausa, luego continuó con voz endurecida—. Estamos perdiendo el tiempo. ¿Puede o no puede hacerme salir de aquí?

—Aunque me gustaría mucho ayudarlo —dijo Blackie—, lo que usted me pide es algo imposible. No hay camino por donde poderlo sacar del país: ahora ya deben estar clausuradas todas las salidas. La policía de seguridad es muy eficiente. Además de la imposibilidad, también tengo que considerar mi situación, Mr. Jaffe. Tengo mujer y un negocio que marcha muy bien. Si descubren que estuve hablando con usted, me clausurarán el club. Sí descubren que trato de ayudarlo a escapar, me meterán en la cárcel.

Jaffe conocía suficientemente la idiosincrasia china para saber que esa no era la última palabra.

—Lo comprendo muy bien —dijo—, pero nada es realmente imposible cuando hay un interés lo bastante grande. Yo tengo que irme. Estoy dispuesto a pagar.

Blackie sacudió la cabeza.

—Aun cuando pudiera pensar en alguna forma de sacarlo, Mr. Jaffe, el costo sería casi prohibitivo.

—Eso lo tengo que decidir yo. Suponga que hay fondos sin límite, ¿cuánto fijaría?

—¿Fondos sin límite? Supongo que se podría arreglar algo, pero estamos perdiendo el tiempo. ¿Quién tiene fondos sin límite?

—Le he puesto a mi vida un precio muy alto —continuó Jaffe—. Admito que no soy millonario, pero en América tengo dinero. Puedo estirarme hasta diez mil dólares americanos.

Detrás del volante Blackie parecía soñoliento, pero su mente estaba bien alerta.

Esa era la clase de dinero al que alguna vez esperaba poder ponerle las manos encima.

—Podría sacarlo por la mitad de esa suma, Mr. Jaffe —dijo—, si no fuera un asunto de asesinato pero desgraciadamente lo es. Me parece que le costará bastante más.

—¿Cuánto más? —preguntó Jaffe quien ya había esperado tener que regatear con Blackie.

—Veinte mil se acercaría más a la cantidad.

—No los tengo, pero quizá pudiera pedir prestado algo más a algún amigo. Doce mil sería el máximo que podría dar.

—Para mí, doce mil sería suficiente, pero tengo que pedirle a mi hermano que me ayude y eso también hay que considerarlo.

—Es cosa suya. Usted tendrá que arreglarse con él.

Blackie sacudió la cabeza con tristeza.

—Lo lamento, Mr. Jaffe. Por doce mil me arriesgaría a perder mi negocio, pero por menos no. Mi hermano querrá cinco mil. Sin él es imposible sacarlo del país.

—Pero con su hermano, ¿podría?

Blackie se cubrió.

—Es algo que debería pensarlo un poco y discutirlo con mi hermano.

Jaffe hizo como si pensara unos momentos, luego le dijo:

—Le pagaré a su hermano cuatro mil: en total serían diez y seis mil y nada más.

—Diecisiete mil —dijo Blackie, seguro ahora de conseguirlos y preguntándose cuánto tendría que darle a Charlie, su hermano.

Jaffe negociaba deliberadamente el próximo regateo.

—Bueno, está bien —dijo con un gesto de derrota—. Diecisiete mil, pero Nhan también viene sin pagar nada más.

Blackie se sorprendió.

—¿Quiere llevarse a la chica?

—Sí. ¿Trato hecho?

Blackie vaciló.

—Ella puede complicar las cosas, Mr. Jaffe.

—¿Trato hecho?

Blackie se encogió de hombros.

—Trato hecho, pero no puedo prometer nada. Por diecisiete mil dólares americanos haré todo lo que pueda por usted, pero no le puedo garantizar nada.

—No recibiré el dinero hasta llegar a Hong Kong —especificó Jaffe—. No lo tengo aquí. De manera que si no consigue hacerme salir, no recibirá el dinero.

Blackie esperaba esto.

—Habrán algunos gastos preliminares. Necesito ya algo de dinero. Francamente,

no tengo intención de adelantar dinero mío para una cosa tan arriesgada. Y a menos que no pueda proporcionar me inmediatamente mil dólares americanos para hacer frente a los primeros gastos y al pasaje de mi hermano, entonces con mucho sentimiento lamentaría no poder considerar el ayudarlo.

—Pero si le doy esa suma —aclaró Jaffe—, y usted no consigue encontrar la forma de hacerme salir, saldré perdiendo.

—Sería de lamentarlo —contestó Blackie—. Pero debemos ser realistas. Si yo no lo puedo hacer salir, usted no necesitará el dinero... nunca volverá a necesitar dinero. ¿Ha pensado en eso?

Jaffe se agitó molesto. Lo había pensado.

—No tengo mil dólares americanos, pero tengo aquí un par de diamantes. Los compré en Hong Kong hace unos años. Iba a hacerlos montar en un anillo para una joven que conocía entonces. Por lo menos valen mil dólares.

Blackie parecía sorprendido.

—Preferiría dinero en efectivo.

Jaffe sacó el paquetito de papel de diario y se lo tendió a Blackie.

—No tengo efectivo. Esto lo puede vender en cualquier parte.

Blackie encendió la luz del tablero e inclinándose hacia adelante con mucho cuidado extendió el papel y examinó los diamantes. No entendía mucho de piedras preciosas, pero se veía que eran buenos; si valían o no mil dólares americanos, solamente Charlie se lo podría decir.

Fue un momento de tensión para Jaffe. El rostro suave y gordo de Blackie no le decía nada. ¿Habría creído el cuento de los diamantes? Parecía que sí. ¿Los aceptaría en pago?

Blackie levantó la vista.

—Muy bien, Mr. Jaffe. Ahora volveré a casa y le enviaré un telegrama a mi hermano. No se puede hacer nada hasta hablar con él.

—¿Cuánto tiempo demorará?

—Propongo que nos volvamos a encontrar aquí a la misma hora del miércoles. Para entonces ya sabré si puedo o no ayudarlo.

—Estaré aquí.

Jaffe bajó del coche.

—Confío en usted —y le extendió la mano a través de la ventanilla abierta.

—Haré todo lo que pueda —contestó Blackie y le estrechó la mano.

Observó cómo Jaffe desaparecía en la oscuridad, luego volvió a inclinarse a la luz para examinar los diamantes; una expresión meditabunda oscureció su rostro.

Durante las últimas doce horas hubo una incesante actividad en la búsqueda del desaparecido Jaffe.

Mientras éste iba en bicicleta a su cita con Blackie Lee, se realizaba una reunión en las oficinas de la Policía de Seguridad. El coronel On-dinh-Khuc y el inspector Ngoc-Linh estaban sentados de un lado de la mesa y del otro se ubicó el teniente Harry Hambley de la Policía militar de los Estados Unidos.

La reunión duró una hora y al terminar los tres hombres estaban tan lejos de encontrar a Jaffe como cuando se sentaron.

Con un discurso largo, lleno de palabrerías, el coronel explicó qué pasos se habían dado para encontrar al americano desaparecido. Unos quinientos agentes seguían registrando los alrededores. Seis sospechosos de simpatizar con el Viet Minh habían sido arrestados e interrogados, pero sin ningún resultado. Se habían impreso avisos ofreciendo una buena recompensa por la vuelta del americano. Esos avisos se habían colocado en árboles en lugares por donde se sabía que a veces los bandidos entraban a Vietnam. En los diarios del día siguiente aparecería el ofrecimiento de una buena recompensa para quien pudiera dar cualquier clase de información concerniente al secuestro.

El teniente Hambley había escuchado con manifiesta impaciencia. Ese hombre joven provocaba un leve malestar en el coronel. Lo desconcertaba un poco que el teniente le devolviera la mirada en forma tan dura e inflexible como la suya.

Por último el coronel hizo una pausa y Hambley aprovechó la oportunidad para soltar un discurso que todavía desconcertó mucho más al coronel.

—No sabemos con certeza —aseguró Hambley—, que Jaffe haya sido secuestrado... A mí me parece que está ocurriendo algo muy misterioso y siniestro. Y les diré por qué. Sabemos que Jaffe le pidió prestado el coche a Sam Wade diciéndole que era para ir al aeropuerto con una joven, pero al coche se le encontró a millas del aeropuerto y no había ninguna mujer, en cambio estaba el cadáver del sirviente de Jaffe. Jaffe tenía una pistola 45 y ha desaparecido: y lo mismo su pasaporte. Antes de desaparecer, retiró todo el dinero del banco. ¿Por qué lo hizo? Quise hablar con su novia de Haum, pero en cuanto su gente la interrogó, la mató misteriosamente un automóvil que desapareció. Quise hablar con Dong Ham, el cocinero, pero ha desaparecido por completo. ¿Se dan cuenta de lo que quiero decir? Es todo muy misterioso y siniestro.

El coronel echó la silla hacia atrás. Dijo que estudiaría todos esos puntos especificados por el teniente. Se harían nuevas investigaciones. Se le pasaría el informe. El embajador americano podía tener la seguridad de que no se dejaría piedra sin mover hasta encontrar a Jaffe.

El coronel entonces se puso de pie, indicando que la reunión había terminado. Luego de una vacilación, Hambley les dio la mano. Dijo que esperaba tener noticias

del coronel al día siguiente, y se retiró.

El coronel Khuc miró al inspector Ngoc-Linh, con mirada fría y enojada.

—¿Todavía no tiene ninguna idea de donde está secuestrado o escondido el americano? —preguntó.

—No, señor —admitió el inspector—. Sigo tratando de encontrar el rastro de esa chica que solía visitar al americano. Podría sernos útil.

—Este teniente nos va a traer complicaciones —dijo el coronel—. Tenga cuidado cuando trate con él. Ahora vaya y encuentre a esa mujer.

Cuando el inspector salió el coronel tocó el timbre para que Lam-Than se presentara.

—El teniente Hambley probablemente le pedirá visitar, otra vez, mañana la casa de Jaffe para echar un vistazo. Algo está sospechando —dijo el coronel—. Por supuesto, es esencial que no descubra el boquete de la pared.

Lam-Than se permitió una sonrisa.

—Hace unas tres horas, señor —dijo— fue reparada la pared. El trabajo lo hizo mi hermano que es muy hábil para muchas cosas y en quien se puede confiar.

El coronel gruñó.

—Ngoc-Linh todavía no encontró a la mujer —dijo—. ¿No tiene alguna idea de cómo podríamos hacer para encontrarla?

—Si hay alguien que la conoce es el propietario del *Paradise Club*. Conoce a todas las mujeres que tienen relaciones con americanos —contestó Lam-Than—. Podemos arrestarlo y hacerle un interrogatorio.

—El inspector ya lo interrogó.

Los ojos de Lam-Than se iluminaron malignos.

—Si lo hubiéramos tenido aquí, estoy seguro de que habríamos podido convencerlo para que hablara.

El coronel vaciló, luego de mala gana sacudió la cabeza.

—Ese hombre es demasiado conocido por los americanos. Sería peligroso arrestarlo... ahora. Debemos tener mucho cuidado. Si no hay otro remedio... bueno, lo haremos, pero primero veremos si Ngoc-Linh puede encontrarla —se refregó la chata nariz—. ¿Está seguro de que el americano no podrá escaparse del país?

—Todas las salidas están vigiladas —contestó Lam-Than.

El coronel se frotó la calva.

—Está armado.

—Los hombres están advertidos. Dispararán en cuanto lo vean.

—¿Pero, y si le encuentran los diamantes?

Lam Than sonrió.

—Los recuperaré —le contestó.

CAPÍTULO IX

1

A LA MAÑANA siguiente Nhan tomó el ómnibus de las nueve para Thudaumot. Llevaba con ella una canasta con un buen número de revistas americanas, tres novelas en ediciones baratas y los diarios de la mañana. Todo cuidadosamente disimulado debajo de algunas verduras y productos de almacén que compró antes de tomar el ómnibus.

Había pasado la noche muy preocupada. Entusiasmada con los proyectos de Steve, cuando estuvo en la cama y suficientemente descansada se puso a pensar con seriedad en el futuro de cuyas dificultades comenzaba a darse cuenta. Lo que más le preocupaba era pensar qué sería de su madre, de su tío y de sus tres hermanos si ella se iba a Hong Kong con Steve. Dependían por completo de ella para mantenerse. Tendría que hablar con Steve: a no ser que a él se le ocurriera algo práctico; no veía cómo podría dejarlos.

Por lo menos se le había pasado un poco el terror. Leyó los diarios. La policía parecía convencida del secuestro de Steve. No se mencionaban las gemas. No comprendía cómo pudieron encontrar a Haum en la zanja, pero pensó que así sería mejor para Steve. Así no existía el problema de que la policía creyera que mató a Haum. Se preguntaba qué habría ocurrido en la entrevista de Steve con Blackie Lee. Tenía que hablar con Steve de tantas cosas. ¡Estaba tan impaciente por volver a verlo!

Jaffe también estaba impaciente por verla. Se paseaba por la pequeña habitación y continuamente miraba la hora en su reloj. Cuando oyó llegar el ómnibus se acercó a la ventana y lo observó cuando se detuvo frente a la fábrica de laca.

En el ómnibus viajaba muy poca gente. Vio descender a Nhan. Sobre los pantalones blancos tenía puesta una túnica azul eléctrico y no llevaba sombrero. El verla le produjo una sensación de afecto.

Cuando Nhan entró a la habitación, la mantuvo muy apretada, tocándole suavemente la cara con los labios mientras ella se abandonaba contra él, sonriéndole con los ojos cerrados. Dejó que la acariciara unos momentos, luego se empinó y lo besó.

—Te traje los diarios —le dijo.

Se sentaron en la cama juntos, apoyando Nhan la cabeza en el hombro de Jaffe mientras éste examinaba los tipos mal impresos.

Le produjo una sensación deprimente ver su nombre en letras de molde. El diario no le dijo nada que ya no supiera por Blackie desde la noche antes. Como lo esperaba, no se mencionaban los diamantes. Una, rápida mirada a los diarios se lo

confirmó.

Pero al revés de Nhan no se engañó con la declaración de la policía de que había sido secuestrado por bandidos y probablemente estuviera muerto. Tenía la seguridad de que lo seguían buscando secretamente, esperando encontrarlo vivo. No podían decir, por supuesto, si había sido secuestrado o no, pero estaba completamente seguro de que alguien entre las autoridades sabía de los diamantes y continuaría persiguiéndolo hasta que alguien les proporcionara las pruebas convincentes de que estaba muerto y las piedras fuera de alcance.

—Ya ves —dijo Nhan—, las cosas van a salir bien. No saben qué le ocurrió a Haum. Creen que te secuestraron. Es mejor así, ¿no?

—Sí, es mejor así —le mintió. No tenía objeto asustarla mientras no fuera necesario. Y empezó a contarle la entrevista con Blackie—. Estuvo conforme en que te llevaré conmigo —concluyó—. Para fin de semana podrá estar resuelto. ¿Quién sabe? Dentro de diez días, a lo mejor menos, podremos estar en Hong Kong.

Vio ensombrecerse la cara de Nhan.

—¿Qué te pasa? ¿No quieres venir conmigo a Hong Kong?

Sí, quería ir, le contestó, pero también tenía que pensar en otras cosas. Estaban su madre, su tío y sus hermanos. No podría ser verdaderamente feliz si los abandonaba y dejaba que se las arreglaran solos.

Jaffe la rodeó con un brazo.

—No te preocupes por eso —contestó—. Ya lo solucionaré. Veré en Hong Kong a algún abogado para arreglar de pasarles una mensualidad. Cuando haya salido de aquí, seré un hombre rico. No tienes que preocuparte por ellos, chiquita. Lo solucionaré.

Mientras ellos conversaban, el teniente Hambley y el inspector Ngoc-Linh estaban parados en la amplia sala de la casa de Jaffe.

Hambley había revisado toda la casa con una minuciosidad que hacía sentirse molesto al inspector.

—Me doy cuenta que en esto hay algo más que un secuestro —manifestó Hambley, mirando al inspector—. Este individuo huyó. Controlé con la Pan Am y conseguí el informe de su equipaje cuando llegó aquí. Traía tres valijas. Una ha desaparecido. La máquina de afeitar ha desaparecido. Cuando se fue se llevó todo el dinero —señaló con un dedo al inspector—. Jaffe huía. No tenía ninguna intención de volver por acá. Por eso le pidió prestado el coche a Wade. Esperaba poder ocultar su salida con las chapas diplomáticas.

Las cosas podrían ponerse muy difíciles, pensó el inspector, si Hambley insistía en su teoría. Tenía que convencer a ese inspector demasiado astuto de que su teoría estaba equivocada.

—Me gustaría hablarle con franqueza —le dijo—. ¿Hace mucho tiempo que está

en Saigón, teniente?

Hambley se quedó mirándolo.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Si mal no recuerdo llegó usted hace dos meses. Dos meses es muy poco tiempo para llegar a comprender la mentalidad y los métodos de nuestro enemigo.

Hambley se puso tieso. Desde que llegara a Saigón tenía conciencia de no estar muy bien pertrechado para el trabajo que debía hacer. Le molestaba no ser capaz de hablar el mismo idioma y tener que trabajar siempre por medio de intérpretes. Encontraba todo el tiempo que la mentalidad vietnamita era muy poco franca.

—No entiendo mucho de esto —dijo agresivo—. ¿Pero adónde quiere llegar?

—Por ahora parte —continuó el inspector, ignorando la interrupción—, nosotros tenemos años de experiencia con esos bandidos. Sabemos que el único propósito de sus actividades contra nosotros es provocar inconvenientes políticos. Nada les gustaría más que provocar un malentendido en las relaciones entre su país y el mío, o provocar un desagradable incidente que pudiera tener repercusiones en la prensa mundial.

Hambley tuvo conciencia de que en la habitación hacía mucho calor y de que estaba traspirando. Sacó el pañuelo y, perplejo, se enjugó el rostro.

—En la reunión de anoche —continuó el inspector—, usted hizo notar varios puntos interesantes que dijo eran misteriosos y siniestros a la vez. Tenía razón al decir que eran misteriosos, pero estaba equivocado en cuanto a lo de siniestros.

—¿No le parece siniestro que a la chica la mataran cuando salía de las oficinas de la policía y que el cocinero haya desaparecido?

—El cocinero no ha desaparecido —dijo el inspector con seriedad—. Lo encontraron en el río unas horas después.

Hambley se quedó mirándolo.

—¿Muerto?

—Oh, sí. Está muerto.

—Supongo que me va a decir que se suicidó —manifestó Hambley, la voz cargada de sarcasmo—. Bueno, eso lo hace todavía más siniestro. El sirviente, la muchacha y ahora el cocinero... todos muertos. Cada uno de ellos habría podido darme algún indicio. ¡Maldito si es siniestro!

El inspector sonrió con paciencia.

—Si yo estuviera en su lugar, teniente, pensaría lo mismo, pero con las informaciones que tengo, le aseguro que no tiene nada de siniestro. Parece la más lógica consecuencia imaginable de los acontecimientos.

Hambley hizo una profunda inspiración. Se sentía indignado, pero con un esfuerzo consiguió dominarse.

—Mire, ¿qué le parece si terminamos con tantas vueltas y vamos a los hechos? Si

usted sabe tanto, ¡veamos de qué se trata!

—La clave de este aparente misterio —dijo el inspector con suavidad—, es que Haum, la muchacha y Dong Ham eran agentes del Viet Minh. Sabido eso la situación no es ni misteriosa ni siniestra.

Hambley se sintió de pronto desinflado e inseguro de si mismo. Para darse tiempo a pensar, sacó un paquete de cigarrillos y encendió uno.

—¿Por qué no lo dijo en la reunión? —le preguntó.

—Mi querido teniente, si entonces lo hubiera sabido, por supuesto lo habría dicho, pero lo supe esta mañana.

—¿Cómo lo supo?

—En Saigón hay muchos agentes del Viet Minh. De vez en cuando algunos se dan cuenta de que aquí la vida es mucho mejor que en Hanoi. Se transforman en conversos. Y es a través de esos conversos que conseguimos algunas de nuestras informaciones. Este informante no quería denunciar a Haum, a la muchacha y a Dong Ham mientras estuvieran con vida, pero en cuanto supo que habían muerto, vino a verme y me contó que todos fueron activos agentes del Viet Minh.

Hambley soltó un gruñido. Tenía la seguridad de que lo estaban envolviendo en una maraña de mentiras, pero de todas maneras, ahora tendría que andar con mucha astucia. Esa historia fantástica hasta podría ser cierta.

—¿Pero qué tiene que ver todo eso con la desaparición de Jaffe? —le preguntó—. No me va a decir que Jaffe también era agente del Viet Minh, ¿verdad? Porque, francamente, si me lo dice, no le creo.

El inspector sacudió la cabeza.

—Oh, no, teniente, eso sería una niñería. Dígame, ¿qué sabe de Mr. Jaffe? Es compatriota suyo. Hace tres años que vive en Saigón. ¿Qué clase de hombre diría usted que es, o mejor dicho qué clase de hombre diría usted que era?

Hambley no había conocido a Jaffe lo suficiente como para opinar. Lo había visto pocas veces durante esos dos meses en algún bar o en un club nocturno, pero nunca se tomó interés por averiguar algo a su respecto. Con enojoso fastidio se dio cuenta de que no sabía absolutamente nada de Jaffe.

Mientras lo observaba, el inspector se sentía contento por la forma en que se desarrollaba la conversación. Ese hombre joven super astuto estaba decididamente poniéndose a la defensiva. Ya no se sentía tan seguro de sí mismo como antes.

—Bueno; sé que era un hombre de negocios a quien le iba muy «bien» —aventuró Hambley—. En cuanto he podido saber no se mezclaba en dificultades. No...

—Me refiero a la vida privada que llevaba, teniente —interrumpió el inspector—. Un hombre debe ser juzgado sólo por su vida privada.

Hambley volvió a enjugarse la cara.

—No sé nada de su vida privada —admitió un tanto hosco.

El inspector estaba ahora listo para mostrar uno de los ases que su mente ágil había creado durante la conversación.

—Usted mencionó que Jaffe había retirado todo su dinero del banco —dijo—. Y retiró el dinero en forma apurada y un domingo por la tarde y por intermedio de dos hoteles; ya que el banco estaba cerrado. Para usted, la acción de Mr. Jaffe sugiere la idea de un hombre que huye. Sin embargo, ¿no diría que puede haber otra explicación para ese hecho?

Hambley lo miró asombrado. Sintió subírsele la sangre al rostro.

—¿Chantaje?

—Exactamente. Yo mismo diría que es la acción de un hombre que actúa bajo presión y en la necesidad de una fuerte suma de dinero y cuando surge una situación semejante, siempre pienso en un chantaje.

Hambley se encontró de pronto disculpándose a sí mismo.

—No tengo ninguna razón para pensar que Jaffe era un hombre al que se le podía hacer un chantaje, —dijo lentamente—. ¿Usted tiene alguna razón para pensarlo?

El inspector pareció vacilar.

—Desgraciadamente, sí. Mr. Jaffe era sin ninguna duda un pervertido y un degenerado.

Hambley se quedó mirándolo.

—¿Qué le hace decir eso?

—Hay una explicación muy simple para que haya pedido prestado el coche a Mr. Weidey esa explicación no tiene nada que ver con la chapa diplomática. Desde hace algún tiempo, mis hombres han visto a Mr. Jaffe tratando de perseguir chicas con el coche. Durante varias semanas no tuvo ningún éxito. A mí me parece una teoría aceptable que desilusionado por su falta de éxito le haya echado la culpa de su fracaso a la pequeñez del Dauphine más que a la decencia de las muchachas a quienes trataba de molestar. Creo que Mr. Jaffe pidió prestado el coche más grande y más lujoso de Mr. Wade con la esperanza de cambiar su suerte. Después de todo le mencionó a Mr. Wade que quería el coche para un propósito non sancto.

Hambley aplastó el cigarrillo.

—Si se dedicaba a perseguir y molestar mujeres por la calle —dijo cortante—, ¿por qué sus hombres no lo detuvieron?

El inspector levantó los hombros.

—Generalmente, si se puede, evitamos arrestar americanos. Las chicas no le hacían caso. No se llegó a ningún problema y oficialmente no se presentó ninguna queja contra él, por eso no se tomó ninguna medida en su contra aunque a mí me pasaron un informe.

—Todo eso sigue sin explicar la intervención de Haum, ni por qué le hacían

chantaje a Jaffe ni la razón de llevarse el revólver ni el motivo de llevar la valija. ¿O sugiere usted que tuvo algún lío desagradable con alguna chica y entonces resolvió escaparse?

—Nada de eso, teniente. Es algo un poquito más complicado. Le sorprendería saber que Haum era un homosexual.

Hambley se puso rígido. ¡Por amor de Dios! pensó. ¿Y ahora qué vendrá?

—Creo que ya se había decidido hace tiempo secuestrar a Mr. Jaffe para pedir un rescate. Creo que a Haum y a Dong Ham los colocaron en casa de Mr. Jaffe con el objeto expreso de llevar a cabo el secuestro en el momento oportuno. Sin embargo, creo que Haum decidió por su cuenta ganar algún dinero. Y se lo pidió a Mr. Jaffe.

Hambley hizo una mueca.

—¿Le parece que Jaffe y el sirviente...?

—Creo que no hay ninguna duda —dijo el inspector con toda tranquilidad—. Ese hombre era un degenerado. ¿Recuerda que Mr. Wade dijo que cuando se encontró con Mr. Jaffe en el bar del Majestic le pareció que estaba intranquilo y preocupado? Después cambió los cheques. Mientras Jaffe andaba en esas cosas, creo que Haum recibió un llamado telefónico. Le dijeron que llevara a Mr. Jaffe al puesto policial de Bien Hoa. La idea era matar dos pájaros de un tiro. Atacar a un puesto policial muy cercano a Saigón y como los bandidos tenían a sus hombres allí, secuestrar a Mr. Jaffe.

—¿Pero cómo diablos sabe todo eso? —preguntó Hambley—. ¿Cómo podría Haum obligar a Jaffe a ir al puesto policial?

—Yo no sé todas esas cosas en la forma que usted lo supone, teniente —dijo el inspector con suavidad—. Sólo estoy adelantando lo que me parece ser una explicación razonable basada en mis años de experiencia con esos bandidos. Me parece que Haum sabía que Jaffe tenía un revólver. Creo que tomó el revólver y obligó a Mr. Jaffe a ir en auto hasta el puesto policial. El ataque ocurrió, pero en la confusión Mr. Jaffe trató de escaparse. Me parece lo más probable que él matara a Haum. En la cara y el pescuezo del muchacho hay impresiones digitales de Mr. Jaffe. Era un hombre de mucha fuerza. Le bastaba con darle un buen golpe al muchacho para desnucarlo. Creo que por eso mataron a Mr. Jaffe. Mi experiencia me dice que al atacar a Haum, automáticamente se jugó la vida. Nuestros enemigos trabajan así: una vida se paga con otra vida. Además tiene usted que recordar algo, Mr. Jaffe tenía encima 8.000 piastras...

—¿En qué se basa para decirlo? —espetó Hambley—. Si su teoría es cierta, sacó el dinero para dárselo al muchacho. Seguramente Haum ya lo tendría antes de obligar a Jaffe a ir hasta el puesto policial.

El inspector inclinó la cabeza. Se había dicho a sí mismo que debería tener mucho cuidado. Ese joven no era por cierto tan tonto como creyera el inspector.

—No tiene importancia, teniente, el que fuera Jaffe o el muchacho quien tuviera el dinero. Uno de los dos lo tenía porque en la casa no hay ni rastros de él. Creo que Mr. Jaffe lo retuvo cuando lo amenazaron con el revólver. Pudo haber dicho que no había podido juntar semejante suma. Creo que cuando los bandidos se dieron cuenta de que había muerto a Haum y al registrarlo le encontraron el dinero, entonces lo mataron. Los bandidos deben haberse repartido el dinero entre ellos antes de volver a sus cuarteles. Si se llevaban a Mr. Jaffe vivo, éste le contaría al jefe lo del dinero, y el jefe podría sacárselos para guardárselo él. Para los bandidos era mucho más conveniente llevarse a Jaffe muerto. Creo que es así como ocurrió.

Hambley se frotó la barbilla mientras se quedó mirando al inspector.

—Usted ha compaginado todo esto, ¿no? —le dijo—. ¿Y qué me dice de la valija y las cosas de afeitar?

—Era intención del Viet Minh quedarse con Mr. Jaffe para pedir rescate. Por eso lo iban a tratar bien; naturalmente, necesitaría sus cosas de afeitar y una muda de ropa. Sin duda Haum ya las había metido en la valija cuando Jaffe volvió a su casa.

—¿Y la muchacha y el cocinero?

—Eran unos veletas, teniente. Mi converso informante me ha dicho que si no hubiera sido por la influencia de Haum los dos habrían cambiado de modo de pensar. Cuando supieran que Haum había muerto, nada los detendría por salir de la influencia del Viet Minh. Sin duda los mataron por órdenes dadas desde Hanoi para que sirvieran de ejemplo a otros veletas.

Hambley se levantó la gorra militar y se pasó los dedos por entre el pelo húmedo de transpiración. Puede ser que este manita tenga razón, pensaba. Es una historia fantástica, pero posible. Si Jaffe era un degenerado es mejor no desparramarlo. Sería muy desagradable que en los periódicos se publicara toda esta inmundicia.

Al observarlo, el inspector vio que había tenido éxito en dirigir la atención y el interés del teniente hacia canales mucho menos peligrosos. Tendría que ver inmediatamente al coronel e informarle sobre la entrevista. Solo esperaba que el coronel estuviera de acuerdo y apoyara la teoría fabricada.

Hambley se puso de pie.

—Tendré que informar esto —dijo.

—Por supuesto —contestó el inspector—, el coronel On-dinh-Khuc enviará un informe confidencial referente a todos estos puntos que he señalado. Su embajador puede tener la seguridad de que no habrá ninguna publicidad indeseable en este desgraciado asunto. Si lo creen necesario les podemos dar las pruebas de que Jaffe era un degenerado. La recompensa ofrecida esta mañana en los periódicos ha hecho presentarse a mucha gente que tuvo relaciones con Mr. Jaffe y están decididos a atestiguarlo, pero sugiero que sería mejor dejar las cosas como están.

Mientras tanto puede confiar en que continuaré la búsqueda del cadáver de Mr.

Jaffe.

—Sí —contestó Hambley—. Bueno. Está bien. Ya lo veré, inspector —y enderezándose la gorra, le estrechó la mano y se fue.

El inspector se quedó parado unos minutos mirando a través de la ventana hasta oír alejarse el jeep, luego con lentitud se acercó hasta el cuadro de la pared y lo miró. Era una suerte, pensó, que al teniente no se le hubiera ocurrido sacar el cuadro. Se habría extrañado mucho al encontrar el boquete en la pared.

Entonces con mucho cuidado lo levantó un poco, para mirar detrás. La sólida pared con que su mirada se encontró le hizo una profunda impresión. No había ninguna señal de que el día anterior hubiera habido un boquete en la pared. Quienquiera fuese el que la había reparado era sin duda un muy hábil artesano.

Mientras colocaba el cuadro de nuevo en su lugar, el inspector recordó que el hermano de Lam-Than era decorador de interiores.

Con una expresión preocupada en los ojitos negros, salió de la casa y rápidamente volvió en el auto a la oficina de la Policía de Seguridad.

2

Frente al aeropuerto de Saigón Blackie Lee estaba sentado en su coche y se hurgueteaba los dientes con una pajita de bambú. Esperaba con impaciencia que los pasajeros del avión recién llegado de Hong Kong pasaran por el control aduanero y de inmigración.

Ya había alcanzado a ver a su hermano, Charlie, cuando éste bajó del avión. Le había producido un inmenso alivio que Charlie contestara tan rápidamente su S.O.S.

Charlie Lee era cinco años mayor que su hermano; era un hombre mucho más serio y ambicioso, pero mucho menos rico que Blackie.

El inconveniente de Charlie, Blackie se lo decía muy menudo a Yu-Lan es que nunca se dedicaba a un verdadero trabajo. Siempre estaba tratando de especular, de hacer mucho dinero fácil y rápidamente. Siempre sueña con que alguno de sus descabellados proyectos le haga ganar de golpe mucho dinero. Siempre está desperdiciando oportunidades al buscar oro en un arco iris cuando debería abrir en Hong Kong un salón de baile como el que yo tengo.

Pero con un trabajo como el que ahora se presentaba, el trabajo de llevar a Hong Kong al americano, Blackie no podía pensar en nadie más apropiado que Charlie. Si a Charlie no se le ocurría nada, entonces el americano podía darse por muerto.

Vio cómo Charlie salía del aeropuerto, se detenía y miraba en torno. Le pareció que su hermano tenía un aspecto un tanto más delgado y un poco más pobre que la última vez que lo viera hacía unos meses.

Charlie ubicó el coche americano y se acercó; Blackie bajó y lo saludó. Los dos hombres se quedaron parados bajo un sol ardiente y conversaron unos pocos minutos. Se preguntaron mutuamente por su estado de salud, después Charlie preguntó por Yu-Lan a quien apreciaba mucho. Ninguno de los dos mencionó el telegrama urgente que Blackie le mandara a su hermano pidiéndole que dejara todo y viniera en seguida.

Subieron al coche y sin prisa se dirigieron al club.

Durante el viaje Blackie le preguntó a su hermano cómo andaban los negocios, y Charlie con un resignado levantar de manos le contestó que por el momento no andaban muy bien. Tenía algunas dificultades con el equipo de los muchachos de sus rickshaws; en Hong Kong el tránsito era cada vez mayor y gradualmente estaba desplazando de las calles a los rickshaws. Los muchachos lo sabían. Pedían cada vez más salario para poder ahorrar algo para cuando no pudieran trabajar. Las cuatro muchachas que Charlie protegía, también le daban preocupaciones. Desde la publicación de ese libro que se refería a una prostituta de Hong Kong, las autoridades americanas prohibieron a todos los marineros americanos entrar en cualquiera de los hoteles donde trabajaban esas mujeres. La reglamentación repercutió con mal efecto en los negocios y para que las cosas fueran todavía peor las muchachas pedían un porcentaje mayor.

Blackie escuchaba, con algún gruñido de simpatía de cuando en cuando. Seguían conversando de los negocios de Charlie cuando subieron las escaleras del club donde Yu-Lan recibió a Charlie con un saludo afectuoso.

El almuerzo ya estaba listo y los tres se sentaron a comer los ocho platos espléndidamente preparados. Durante el almuerzo se conversó muy poco y cuando concluyeron los dos hermanos se retiraron a la oficina de Blackie mientras Yu-Lan se fue a su dormitorio a hacer una siesta. Charlie se sentó en el sillón más cómodo mientras Blackie se ubicó frente al escritorio. Le ofreció a Charlie un cigarro que éste aceptó.

Hubo un corto silencio mientras Charlie encendía el cigarro, luego dijo:

—¿Hay quizás algo que yo pudiera hacer por ti?

Blackie inmediatamente entró de lleno en el asunto. Con admirable claridad, le refirió a su hermano la historia de Jaffe. Le suministró hasta la menor información que había podido recoger sin complicar los hechos con sus propios pensamientos u opiniones.

Charlie se recostó en el sillón y saboreaba el cigarro con rostro totalmente inexpresivo. A medida que Blackie hablaba, Charlie con toda rapidez se dio cuenta de lo peligroso del asunto. Hasta ese entonces, ni él ni Blackie nunca habían intervenido en algo realmente peligroso; algún pequeño contrabando de opio, por supuesto; alguna negociación poco limpia de cambio de dinero; cierto número de refugiados introducidos clandestinamente en Hong Kong, pero nada que pudiera llevarlos a tener

que enfrentar un piquete de fusilamiento, y este asunto en que Blackie se había metido podía fácilmente terminar ante unos rifles de la Policía de Seguridad apuntándoles.

Charlie había vivido muchos años en Saigón. Salió de allí cuando se fueron los franceses y el Presidente Viem tomó el gobierno. Sintió que era su deber prevenir alguna vía de escape para su hermano menor en caso de necesidad, y se instaló en Hong Kong. Pero conocía muy bien los métodos y la mentalidad vietnamitas. Sabía que tomarían las medidas más extremas contra un chino si descubrían que ayudó a escapar a un fugitivo de la justicia.

Blackie dijo:

—El americano tiene dinero. Si conseguimos hacerlo salir pagará quince mil dólares americanos. Es una suma respetable. Pensé que fueran cinco para ti y diez para mí. ¿Qué te parece?

—Mi vida vale mucho más de cinco mil dólares americanos —contestó Charlie con tranquilidad.

Blackie frunció el ceño. Estaba desilusionado, creyó que su hermano pegaría un salto al escuchar semejante oferta.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Es algo demasiado peligroso —contestó Charlie—. Lo siento, pero por el momento no puedo considerar el asunto; es demasiado peligroso.

Blackie sabía cómo tratar con su hermano. Sacó del bolsillo los dos diamantes que le diera Jaffe.

—El americano está dispuesto a confiar en mí —dijo—. Me dio estas dos piedras. Me dijo que valen más de mil dólares americanos. Con eso se pagarían los primeros gastos. Cuando llegue a Hong Kong nos pagará quince mil dólares americanos —puso los dos espléndidos diamantes sobre el secante.

Charlie era un perito en toda clase de piedras preciosas. En una época fue tallador de diamantes para un joyero de Saigón, pero desgraciadamente lo encontraron robando oro y eso puso fin a su carrera en el negocio de joyería.

Recogió los diamantes y los observó. Luego sacó del bolsillo una lupa de relojero, se la colocó en el ojo y examinó las piedras con sumo cuidado. Hubo una larga pausa durante la cual Blackie lo observaba. Por último Charlie se sacó la lupa del ojo y volvió a colocar los diamantes sobre el secante.

Recostándose en el sillón, preguntó:

—¿El americano te dio estas piedras?

—Sí.

—¿De dónde las sacó?

—De Hong Kong. Las compró para una muchacha, pero después cambió de idea.

—¿Cuánto te dijo que valían?

Blackie frunció el ceño.

—Mil dólares.

—¿Te sorprenderías si te dijera que valen tres mil dólares? —opinó Charlie.

Los ojos de Blackie se ensombrecieron. Se hundió en la silla y se quedó mirando a su hermano.

—El americano no compró estos diamantes en Hong Kong —continuó Charlie—. Te ha mentado.

—No comprendo —contestó Blackie—. ¿Por qué me los dio entonces si son tan valiosos?

—Porque no sabe cuánto valen, y eso significa que no los compró.

—No comprendo —dijo Blackie—. ¿Si no los compró, entonces de dónde los sacó?

—Los robó —contestó Charlie—. Es una coincidencia muy extraña —señaló las gemas—. Hace seis años yo mismo tallé estas piedras. Tienen mi marca.

—Pero es extraordinario —le replicó Blackie—. ¿Estás seguro?

—Por supuesto. Hasta puedo decirte quién era el propietario de esos diamantes. ¿Te acuerdas del general Nguyen Van Tho?

Blackie asintió con la cabeza.

—Encargó a la casa donde yo trabajaba ciento veinte diamantes. Y los pagó en efectivo. Fue una transacción secreta, pero supe que en otro comercio compró otras cincuenta piedras más grandes y mejores. En total compró por valor de dos millones de dólares americanos. Y para comprar las piedras utilizó fondos del ejército. Tenía proyectado irse del país, pero no llegó a hacerla. Lo mató una bomba y las piedras nunca aparecieron. ¡Creo que el americano las encontró!

Los dos hombres se quedaron mirándose. Blackie sintió que por la cara le corrían gotas de transpiración. ¡Dos millones de dólares americanos!

—¡Pero, claro! —dijo—. ¡Jaffe vivía en una casa que perteneció a la querida del general! El general debió esconder las piedras y Jaffe las encontró. ¡Por eso asesinó al sirviente! ¡El muchacho habrá sabido que Jaffe encontró los diamantes!

Charlie continuaba fumando el cigarro, pero su mente estaba en actividad. Por fin llegó, pensaba, la oportunidad que estuvo esperando. ¡Dos millones de dólares! ¡Una fortuna! ¡Por fin!

—Pero no sabemos si tiene los otros que faltan —dijo Blackie en forma dudosa—. Pudo no haber encontrado más que estos dos.

—¿Y por dos piedras mató al sirviente? —Charlie sacudió la cabeza—. No; las encontró todas. Puedes estar bien seguro.

—Sé donde está escondido —agregó Blackie, bajando la voz—. Sería muy sencillo sorprenderlo. Tengo varios hombres que se ocuparían de él.

Charlie levantó la cabeza para mirar a su hermano.

—Supongamos que consigues los diamantes —le dijo—. ¿Qué harías con ellos acá en Saigón?

—Los llevaría a Hong Kong —contestó Blackie con impaciencia.

—La última vez que salí de Saigón, me buscaban —agregó Charlie con tranquilidad—. A ti también te buscarían. Los dos somos sospechosos. Si nos agarran con los diamantes, nos harán desaparecer. ¿Te das cuenta de eso, verdad?

—¿Y entonces, qué vamos a hacer? —preguntó Blackie.

—Vamos a hacer lo que quiera el americano. Vamos a sacarlo del país. Naturalmente, viajará con los diamantes. Correrá todos los riesgos. Nosotros lo estaremos esperando en Hong Kong. Y cuando llegue a Hong Kong, entonces se los sacaremos. ¿Estás de acuerdo?

—Pero acabas de decir que no querías considerar el asunto —le recordó Blackie. Charlie se sonrió.

—Por dos millones de dólares americanos, no hay nada que no pueda considerar. Puedes decirle que lo sacaremos del país.

—¿Y cómo vamos a hacer?

Charlie cerró los ojos.

—Es algo que debo pensar. Ya no estoy tan joven como antes. Un sueñito me hará mucho bien. ¿Quieres ocuparte de que no me molesten?

Blackie se levantó y se acercó a la puerta. Se detuvo. En sus ojos había una expresión preocupada.

—No será fácil quitarle las gemas al americano —dijo—. Es un hombre de mucha fuerza.

Charlie se acomodó mejor en el sillón.

—No podemos pretender ganarnos dos millones de dólares sin tener ningún inconveniente —le dijo—. Gracias por recordármelo. Lo tendré muy en cuenta.

Unos pocos minutos después de haber salido Blackie de la oficina, Charlie empezó a roncar con suavidad.

CAPÍTULO X

1

LA RECOMPENSA de 20.000 piastras ofrecida por cualquier información referente a los últimos movimientos de Jaffe antes de que lo secuestraran fue origen de escenas caóticas frente a las oficinas de Seguridad.

El inspector Ngoc-Linh esperaba que eso ocurriera. Sabía que todos los coolies inútiles, los muchachos de los *pousse-pousse*, los vendedores ambulantes y tipos por el estilo llegarían corriendo a contar sus historias, resueltos a reclamar la recompensa.

Sabía que él y sus hombres tendrían que examinar cientos de historias con la esperanza de obtener algún hecho insignificante que pudiera probar que Jaffe se ocultaba y no estaba en manos de los del Viet Minh. El inspector esperaba también conseguir algún rastro de la joven que tenía relaciones con Jaffe. Dio instrucciones de que no despidieran a ninguno de los que se presentaran. Todo el que llegara diciendo que tenía información debía ser entrevistarlo.

El hombre que pudo haberle dicho dónde se ocultaba Jaffe no sabía nada del ofrecimiento de la recompensa, pues Yo-Yo nunca aprendió a leer y en consecuencia nunca miraba un diario.

Mientras el inspector controlaba y tamizaba las respuestas a sus preguntas, Yo-Yo se acurrucaba frente al *Paradise Club*, su rostro sucio y maligno fruncido en una expresión de perplejidad.

Vio llegar a Charlie. Conocía a Charlie desde hacía tiempo y sabía que vivía en Hong Kong. Se imaginó que lo habían mandado buscar. Supo entonces con seguridad que ocurría algo de mucha importancia. ¿Pero cómo podría hacer para descubrirlo? Se preguntaba si iría hasta la casa de la *taxi-girl* para hablar con ella. Podría convencerla de que le dijera por qué fue a visitar al americano, pero en seguida pensó que si no conseguía asustarla bastante para que hablara se vería en dificultades con Blackie. El riesgo era demasiado grande.

Entonces se sentó en la sombra, jugueteando con el Yo-Yo y esperando. A menos de diez metros de distancia el vendedor de comida estaba leyendo lo de la recompensa y preguntándose con astucia qué historia podría contarle a la policía para convencerla de que él se merecía la recompensa. Conocía a Jaffe. Muchas veces lo vio entrar y salir del club, pero no se podía acordar si lo había visto la noche del domingo. Recordaba vagamente que Jaffe estuvo allí sentado en el coche frente al club, pero no sabía si fue el sábado o el domingo.

Decidió que de todas maneras le diría a la policía que fue el domingo. Se impresionarían más si les decía que fue el domingo, porque, según el periódico, ese

fue el día que Jaffe desapareció. En cuanto pasara la hora del almuerzo, iría a la policía y les contaría que vio a Jaffe sentado en el auto. Aunque no le dieran toda la recompensa, con seguridad le darían algo.

En la embajada americana, el teniente Hambley estaba sentado en la oficina, pinchando el secante con el cortapapel, con expresión pensativa y preocupada en el rostro.

Esperaba la llegada de Sam Wade. Lo había llamado por teléfono en cuanto volvió a su oficina. Wade le dijo que iría en seguida.

Cuando entró, Hambley le hizo señas de que se sentara.

—Estoy ocupándome de este asunto de Jaffe —le dijo—. ¿Usted lo conocía bastante, no?

—Sí, supongo que lo conocía bastante. Jugábamos juntos al golf. Era un golfista de primera. Hacía unos tiros largos muy buenos.

—¿Qué clase de tipo era?

—Buen compañero. Me resultaba.

Hambley hizo más agujeros en el secante.

—¿Era maricón?

Wade abrió unos ojos inmensos.

—¿Está bromeando? —le preguntó, la voz cortante—. ¿Jaffe maricón? ¿De donde ha sacado eso?

—Hay rumores de que lo era —dijo Hambley con calma—. Se dice que tenía relaciones con el sirviente.

Wade parecía disgustado.

—El tipo que ha hecho correr ese rumor merece que le den de patadas. ¿Qué pretenderá conseguir con una estúpida mentira semejante?

Hambley miraba con interés el rostro indignado de Wade.

—¿Está seguro?

—Ya lo creo que estoy seguro, no faltaba más —contestó Wade, la cara enrojecida—. ¿Pero, de dónde ha salido eso?

Hambley le explicó la teoría del inspector.

—Bueno, es una mentira —contestó Wade—. Sé perfectamente bien que Jaffe tenía relaciones con una bailarina. Nunca anduvo persiguiendo mujeres. ¡Esa historia de por qué me pidió prestado el coche es demasiado absurda!

—Entonces, ¿quién es ella? —preguntó Hambley.

—No sé. De todas maneras, ¿qué importa? Sé que iba a visitarlo tres veces por semana. Usted sabe cómo llega uno a enterarse de esas cosas. Mi sirviente siempre me está contando quién duerme con quién. Cuando uno juega al golf con alguien, se llega a saber qué clase de persona es. Jaffe era un sportsman; un tipo muy bien. Se lo aseguro.

—Me gustaría conversar con esa joven —dijo Hambley—. ¿Cómo la podría encontrar?

Wade se frotó la quijada mientras pensaba.

—La persona más indicada para decírselo es esa china que estuvo conmigo el domingo a la noche; es una loca y una ladrona —y le dio la dirección a Hambley.

Hambley buscó la gorra de uniforme y se la plantó en la cabeza.

—Bueno, muchas gracias —le dijo—. Me voy ayer a esa china —miró el reloj. Eran exactamente las doce y media—. Usted me ha resultado muy útil.

Quince minutos después estaba parado frente a la puerta del departamento de Ann Fai Wah. Tocó el timbre y esperó. Después de una espera de dos minutos volvió a tocar el timbre. Estaba por decirse que la china habría salido, cuando la puerta se abrió y apareció la muchacha que se quedó parada allí, mirándolo. Sus ojos almendrados lo recorrieron de arriba abajo, observando los detalles del uniforme antes de mirarle la cara.

—Soy Hambley de la Policía Militar —dijo el teniente saludando—. ¿Puedo entrar un momento?

La mujer retrocedió unos pasos e hizo un pequeño movimiento de duda con sus dedos largos y hermosos. Tenía puesto un cheongsam color paloma con dos tajos a los costados que le llegaban hasta la mitad del muslo. Las piernas largas estaban desnudas y la piel era de color marfil viejo. Bajo la seda gris se perfilaba la forma de los pechos. Hambley pensó que no tenía nada debajo del cheongsam.

Entró a la salita. Sobre la mesa estaba el periódico de la mañana. Al lado de una bandeja había una taza y un plato, una cafetera y una botella por la mitad de coñac Remy Martin.

Ano Fai Wah se sentó en el brazo de un cómodo sillón de cuero y estiró su brazo sobre el respaldo. A Hambley le costó no quedarse mirándole las piernas al separarse las aberturas del cheongsam cuando ella se sentó.

—¿Qué deseaba? —preguntó la muchacha levantando unas cejas muy pintadas.

Hambley se animó.

—¿Todavía no leyó el diario?

Se inclinó y señaló los títulos que hablaban del secuestro de Jaffe.

—Hummmm.

Asintió con la cabeza, los dedos delgados jugaban con un rulo de un costado de la nuca.

—¿Conocía a Jaffe?

Ella sacudió la cabeza.

—Tenía una amiga, una *taxi-girl* vietnamesa. Estoy tratando de encontrarla. ¿Usted no sabe quién es y dónde vive?

—Puede ser.

Hambley se balanceaba de uno a otro pie. Los ojos oscuros y almendrados le resultaban sumamente desconcertantes. Lo miraban en la misma forma en que un hacendado examinaría un toro de raza.

—¿Qué quiere decir con eso? ¿La conoce o no, la conoce?

La mujer se inclinó hacia adelante para buscar un cigarrillo. Al hacerla la seda de su ropa marcó más los pechos. Se puso el cigarrillo entre los labios muy pintados y lo miró como esperando.

Hambley buscó en el bolsillo el encendedor, lo encontró y le costó encenderlo. Al acercarse para darle fuego le molestó darse cuenta de que estaba confundido y actuando como un adolescente.

—¿Qué quiere saber? —le preguntó la muchacha, echándose de nuevo hacia atrás, mientras largaba por sus narices gran cantidad de humo del cigarrillo.

—Estamos tratando de verificar los últimos movimientos de Jaffe hasta el momento en que lo secuestraron —explicó Hambley—. Pensamos que esa bailarina pudiera ayudarnos.

—Si pudiera, se habría presentado, ¿no le parece?

—Quién sabe. A lo mejor no quiere verse complicada.

Ann Fai Wah levantó el diario y le echó un vistazo.

—Veo que aquí ofrecen una recompensa. Si le digo quién es ¿me darán la recompensa?

—La Policía de Seguridad es la que ofrece la recompensa. Si usted habla con ellos puede ser que se la den.

—No quiero hablar con ellos. Prefiero hablar con usted. Si me da 20.000 piastras, le diré quién es la chica.

—¿Entonces lo sabe?

Otra vez volvieron a levantarse las cejas pintadas.

—A lo mejor.

—No tengo autoridad para entregarle el dinero —dijo Hambley—. Pero dirigiré su pedido a quien corresponda. ¿Quién es ella?

Ann Fai Wah levantó los hombros.

—Lo he olvidado. Lo siento. ¿Eso era todo? Le ruego me disculpe.

—Mire, niña —dijo Hambley volviendo a ser de pronto el rudo policía—, a usted le podrá parecer divertido todo esto, pero o me lo dice a mí o tendrá que decírselo a la Policía de Seguridad. ¡Elija!

La expresión de Ann Fai Wah no se modificó en absoluto, pero la mente rápida y perspicaz la advirtió del peligro. Si ese americano le decía a la Policía de Seguridad que creía que ella tenía la información, la llevarían para interrogarla a las oficinas de la Policía. Sabía qué ocurría con la gente que no quería hablar. No tenía la menor intención de que le lastimaran las espaldas con una caña de bambú.

—¿Y la recompensa?

—Ya le dije: haré el pedido. No le prometo que se la darán, pero haré todo lo que pueda.

Vaciló, se quedó mirándolo y al ver que estaba decidido, dijo:

—Se llama Nhan Lee Quon. No sé dónde vive. Su tío dice la buenaventura frente a la Tumba del Mariscal Le-van-Duyet.

—Gracias —contestó Hambley—. ¿Qué aspecto tiene el tío?

—Es un hombre gordo con barba.

Hambley recogió su gorra.

—Voy a hablar con él —dijo y se encaminó hacia la puerta.

Ann Fai Wah aplastó el cigarrillo y lo siguió lentamente.

—¿No olvidará la recompensa, teniente?

—No la olvidaré.

—¿Por qué no vuelve a verme una de estas noches?

Hambley le sonrió.

—Podría ser.

La muchacha tomó el botón superior de la chaquetilla y lo examinó. Su cara se acercó mucho a la de Hambley.

—El tío no va al templo hasta las tres —le dijo—. Tiene mucho tiempo todavía. ¿Quizás ahora quisiera quedarse un rato? .

Hambley le apartó la mano. El contacto de esos dedos fríos le hizo latir el corazón un poco más rápido. Indudablemente, es atractiva, estaba pensando. Le gustaría quedarse.

—En algún otro momento, niña —dijo como lamentándolo y le sonrió—. Tengo que trabajar.

Abrió a medias la puerta, se detuvo y volvió a mirarla. Ella le devolvió la mirada; los ojos negros brillaban con promesas sugestivas.

Hambley cerró lentamente la puerta y se apoyó contra ella.

—Bueno, quizás puedo quedarme un rato.

La muchacha se dio vuelta y cruzó lentamente la habitación hacia la otra puerta. Hambley, sin quitarle los ojos de encima, la siguió.

2

El vendedor de comida que se llamaba Cheong-Su tuvo que hacer una larga espera hasta que por fin se encontró frente al inspector Ngoc-Linh, pero no le importó haber esperado tanto. Lo fascinaba la actividad de esa amplia habitación además del suspenso de preguntarse si en esa larga cola que esperaba para dar información habría

alguien que se llevara la recompensa antes de que a él le llegara el turno.

Cuando Cheong-Su se encontró por fin frente al inspector, le manifestó sencilla y firmemente que había ido a reclamar la recompensa.

—¿Qué le hace pensar que se la ganará? —preguntó el inspector, mirando al viejo con ojitos perspicaces y una expresión amarga en el rostro cansado.

—Vi al americano el domingo por la noche —dijo Cheong-Su—. Estaba sentado en el auto frente al *Paradise Club*. Era después de las veintidós.

El inspector aguzó el oído. Era la primera información referente a los últimos movimientos de Jaffe que obtuviera durante las cinco horas que estuvo sentado frente a esa mesa.

—¿Qué estaba haciendo?

Cheong-Su parpadeó.

—Estaba sentado en el coche.

—¿Qué coche?

—Un coche rojo pequeño.

—¿Cuánto tiempo estuvo sentado en el coche?

Cheong-Su parpadeó.

—No mucho.

—¿Cuánto tiempo? ¿Cinco minutos? ¿Diez? ¿Media hora?

—Quizás media hora.

—¿Y después qué pasó?

—Llegó la chica y se bajó del auto —decía Cheong-Su lentamente, pensándolo bien—. Le dio dinero y la muchacha entró al club. Después salió y los dos subieron al coche y se fueron.

El inspector miró para otro lado. No quería que el vendedor de comida notara que estaba excitado.

—¿Qué chica? —preguntó con indiferencia. Cheong-Su encogió los hombros huesudos.

—No sé... una chica.

—¿No sabe quién era?

—No.

—¿No la había visto antes, entrando o saliendo del club?

Cheong-Su volvió a encogerse de hombros.

—Muchas chicas entran y salen del club. Yo ya no miro más a las chicas.

El inspector podría haberlo estrangulado. Dijo con voz sumamente controlada:

—¿El americano le dio dinero y ella entró al club? ¿Cuánto tiempo se quedó allí?

—No mucho.

—¿Diez minutos? ¿Media hora?

—Quizás cinco minutos.

Así que era una *taxi-girl*, pensaba el inspector. El americano le dio dinero para que le pagara su parte a Blackie Lee así podían salir juntos. Blackie Lee le mintió al decirle que no sabía que tuviera una chica determinada.

—¿Está seguro de no haber visto antes a la chica?

—Todas parecen iguales. A lo mejor la vi antes.

—¿Es todo lo que tiene que decirme?

Cheong-Su parecía indignado.

—¿Y que más quiere? —le preguntó—. He venido a reclamar la recompensa.

El inspector señaló al uniformado policía que le dio a Cheong-Su un buen golpe en las costillas con el bastón blanco.

A Cheong-Su se le saltaban los ojos.

—Camine —le dijo.

—¿Pero la recompensa? —balbuceó—. ¿No me van dar nada?

El policía le dio con el bastón un fuerte golpazo en la canilla, que al viejo lo hizo saltar y bramar de dolor. Los que esperaban en la cola se reían encantados al ver los saltos del viejo que se frotaba la canilla. El bastón volvió a caer, esta vez sobre las nalgas huesudas del viejo que, sosteniéndose las asentaderas con las dos manos, salió saltando por la habitación dirigiéndose a la salida.

El inspector retiró la silla hacia atrás y se puso de pie. Le hizo señas a uno de sus hombres para que lo reemplazara. Tenía que ver al coronel en seguida. El coronel pensaría que ya era tiempo de traer a Blackie Lee y entregárselo para un interrogatorio especial. El rostro del inspector se endureció al pensar cómo le mintió Blackie Lee. Ya le parecía ver a Blackie Lee en la apartada habitación fría y con azulejos destinada al interrogatorio especial. El temor que habría en esa cara gorda y grasienta, se dijo el inspector, sería algo digno de verse.

El objeto de los pensamientos del inspector había dormido una siesta y ahora volvía a su oficina para ver qué pasaba con su hermano. Encontró a Charlie fumándose otro cigarro con los pies puestos sobre el escritorio de Blackie.

Los dos hombres se miraron.

—¿Se te ocurrió algo? —preguntó Blackie esperanzado, sentándose en la silla del escritorio.

—Me parece que sí —contestó Charlie—. Pero necesitaríamos más dinero. El de la venta de los diamantes no será suficiente. Hay un solo modo de sacarlo: el vuelo del contrabando de opio.

Blackie levantó las manos con gesto de impotencia. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? se preguntaba. Era tan sencillo que no lo pensó. Esa era la diferencia entre Charlie y él. Charlie tenía más cerebro; no había ninguna duda y como tenía más cerebro se prendía de esos dos millones de dólares.

—¿Quién hace los vuelos ahora? —preguntó. Hacía como unos dos años que no

tenía nada que ver con el contrabando de opio, y por eso había perdido los contactos. Pero sabía que Charlie seguía contrabandeando opio de Laos a Bangkok.

—Lee Watkins —contestó Charlie—. Es nuevo. No hace mucho que está en el asunto, pero es un buen hombre. El padre era inglés, la madre china. Era Piloto de la C.P.A. pero tuvo unos líos con una camarera y lo despidieron. Se metió en el asunto del opio. Está ganando mucho dinero. No le tiene asco a ningún trabajo siempre que se lo paguen bien.

Blackie hizo una mueca.

—¿Cuánto?

—Por lo menos tres mil dólares americanos, además habrá que hacer otros gastos. Se necesitará un helicóptero para llevar al americano a Kratie. Aquí no hay ningún lugar seguro donde pueda aterrizar un avión. Tendrá que ser con un helicóptero. Costará alrededor de cinco mil dólares americanos.

Blackie silbó.

—Bueno, si tiene los diamantes, puede pagarlos. Si no los tiene, no vale la pena.

Charlie masticó el cigarro.

—Los tiene —pensó un momento, luego agregó—: ¿Cuándo lo vas a ver?

—Mañana a la noche.

—Sería mejor esta noche. Averigua si puede pagar los cinco mil. Si te ofrece diamantes, acéptalos. Una vez que esté conforme con el precio, me pondré en comunicación con Watkins. Tendré que ir a Phnom-Phen. No tengo visa para Laos.

Blackie miró el reloj. Eran las quince y veinte.

—Le voy a decir a Nhan que vaya a verlo en seguida y arregle la entrevista.

Charlie dijo:

—Hay que hacerle saber que necesitas más dinero. Podría no llevar las piedras.

Blackie asintió con la cabeza y salió.

En el estudio del coronel On-dinh-Khuc, el inspector estaba comunicando su informe.

—Blackie Lee mentía como yo pensaba —dijo el inspector—. Sabe quién es la bailarina. Solicito autorización para traer a ese hombre y hacerle un interrogatorio especial.

El coronel se tironeó el bigote. Por la policía del aeropuerto sabía que Charlie Lee acababa de llegar. Conocía hacía tiempo a Charlie; sabía que era un individuo con influencia. Si detenían a Blackie Lee, Charlie provocaría dificultades. El coronel sabía que Charlie le suministraba opio a uno de los miembros dirigentes de la oposición. El coronel no tenía ninguna duda de que Charlie iría a ver a ese hombre y solicitaría una investigación de por qué se habían llevado a su hermano para hacerle un interrogatorio especial.

—Todavía no —dijo—. Pero téngalo vigilado. Ponga dos de sus mejores hombres

para que lo sigan.

—Ese individuo puede decirnos quién es la chica —insistió el inspector—. Hoy he interrogado a más de doscientas personas sin haber podido descubrir quién es. Blackie Lee lo sabe. Si es tan importante encontrarla, ese hombre nos puede decir quién es.

El coronel se quedó mirándolo con frialdad.

—Ya oyó lo que dije: todavía no. Manténgalo vigilado.

Encogiéndose de hombros, el inspector fue a buscar dos hombres para que vigilaran a Blackie; pero, era un tanto demasiado tarde pues Blackie en esos momentos ya estaba de vuelta de ver a Nhan, quien se apuró a tomar el ómnibus de las diecisiete para Thudaumot.

Vigilado por Yo-Yo, Blackie estacionó el automóvil y entró al club. Yo-Yo tenía hambre. Miró buscando a Cheong-Su a quien siempre le compraba la sopa. El viejo no estaba en su lugar habitual, pero Yo-Yo lo vio venir llegando con el hornillo y el cacharro con sopa balanceándose en una vara de bambú que llevaba sobre los hombros.

Cheong-Su se ubicó como siempre en el borde de la vereda, y después de frotarse la canilla magullada y gruñendo en voz baja, avivó el carbón encendido y colocó encima el cacharro de la sopa.

Yo-Yo se le acercó.

Inmediatamente el viejo empezó a quejarse enojado con la policía por cómo lo habían engañado con la recompensa prometida. Yo-Yo no tenía la menor idea de lo que el viejo le estaba contando y le dijo que se callara la boca. Pero Cheong-Su se sentía demasiado ofendido para fijarse en la falta de interés de Yo-Yo. Mientras le servía la sopa siguió quejándose hasta que la palabra «americano» despertó el interés de Yo-Yo.

—¿De qué estás hablando? —le soltó—. ¿De qué americano? ¿De qué recompensa?

Cheong-Su sacó el diario todo arrugado y se lo mostró a Yo-Yo.

Furioso, porque odiaba tener que admitir que no sabía leer, Yo-Yo le pidió que se lo leyera, pero en ese momento llegaron tres clientes a buscar su sopa, Cheong-Su dejó a Yo-Yo mirando el impreso inteligible, hirviendo de furia maligna contra su propio analfabetismo.

Había llegado el momento de mayor venta de sopa y Yo-Yo tuvo que esperar. Tuvo que escuchar el relato del trato increíble dado a Cheong-Su en las oficinas de Seguridad todas las veces que el viejo se lo contó a cada uno de los clientes que se acercaba.

¿Sería ese americano, se preguntaba Yo-Yo, que había visto en la ventana de la casita de Thudaumot, el hombre que la policía estaba buscando? Si lo era, entonces la

muchacha Nhan, y Blackie Lee estaban complicados. Seguramente esa podría ser la oportunidad que estuviera esperando para hacerle un chantaje a Blackie.

Estaba tan absorto escuchando por vigésima vez el relato de la experiencia de Cheong-Su que no se dio cuenta de que Blackie salía del club. Ya eran las diecinueve y veinte. Antes de salir para Thudaumot Blackie, quería pasar por lo de un buen joyero chino que, estaba seguro, le compraría los diamantes que Jaffe le diera. Sería una larga transacción. El joyero trataría de convencer a Blackie de que las piedras valían muy poco. Antes de que Blackie pudiera obtener del joyero los tres mil dólares americanos perdería varias horas en un amable, pero amargo regateo. Blackie quería estar seguro de tener tiempo suficiente antes de su encuentro con Jaffe a las veintitrés.

Cuando por fin Yo-Yo consiguió que Cheong-Su le leyera el relato del periódico sobre el secuestro de Jaffe, tuvo la absoluta seguridad de que Jaffe era el americano que viera por la ventana. Su reacción inmediata fue ir corriendo a la Policía de Seguridad y reclamar la recompensa, pero al recordar el trato recibido por Cheong-Su, decidió hablar primero con Blackie. Era posible que Blackie hasta le ofreciera más de 20.000 piastras, pero cuando entró al club se encontró con que Blackie había salido.

Yu-Lan que no le tenía simpatía a Yo-Yo le dijo directamente que se fuera. Su marido, manifestó, volvería muy tarde esa noche. Cuando quisiera hablar con Yo-Yo ya lo mandaría buscar.

Mientras tanto el teniente Hambley no había adelantado nada. Salió del departamento de Ann Fai Wah después de las dieciséis. Se sentía disminuido y avergonzado. Estaba también fastidiado porque la joven china estimaba muy alto sus atractivos que, desde el punto de vista de Hambley, fueron muy desilusionantes. Hubo una sórdida discusión sobre el regalo que debía entregarle y por último como la china empezó a gritar con todas sus fuerzas diciendo que se había aprovechado de ella, se fue dándole prácticamente su salario de una semana y salió muy apurado de la casa de departamentos antes de que llegaran los vecinos a preguntar por qué era todo ese barullo.

No pudo encontrar al misterioso tío de la muchacha vietnamesa en el Templo del Mariscal Le-van-Duyet. Como no sabía hablar vietnamés, no tenía forma de preguntar a qué hora solía estar el viejo en el templo. Los otros que también decían la buenaventura en el templo se quedaron mirándolo, riendo desconcertados, cuando trataba de hacerles comprender qué estaba buscando.

Cuando llegó de vuelta a su oficina estaba sofocado y agotado. Decidió archivar el asunto hasta la mañana siguiente.

Sin que Jaffe y Nhan lo supieran, habían ganado así otro día de seguridad.

CAPÍTULO XI

1

BLACKIE LEE volvió al club un momento antes de las veintidós. Había tenido todo el éxito que se pudiera esperar en la venta de los diamantes. Luego de una pelea que duró dos horas, vendió finalmente las piedras por dos mil novecientos dólares americanos. Guardó el dinero en la caja fuerte, y después pasó por el salón de baile para hablar unas palabras con Yu-Lan antes de salir para Thudaumot.

Mientras atravesaba el hall hacia la mesa del rincón donde ella siempre se sentaba, notó con satisfacción que la pista de baile estaba repleta.

Cuando llegó a la mesa de Yu-Lan, se detuvo, levantando las cejas. Yu-Lan le dijo que Charlie se había ido a la cama.

Asintió con la cabeza.

—Voy a tener una noche muy ocupada. No podré volver antes de la una.

No le había contado nada a Yu-Lan de lo que proyectaban hacer con Charlie. No acostumbraba a contarle ciertas cosas a su mujer; pero Yu-Lan se dio cuenta de que en el ambiente flotaba algo importante y estaba preocupada. Sabía que era inútil hacerle preguntas o prevenir a Blackie. Siempre hacía su voluntad.

Blackie salió del club y caminó hasta donde tenía el coche estacionado.

Dos vietnameses, vestidos con humildes trajes europeos, estaban sentados en un coche estacionado a muy poca distancia del de Blackie. Fumaban y conversaban. Cuando Blackie salió del club uno de ellos codeó al otro. Su compañero, sentado frente al volante, apretó el arranque en cuanto Blackie arrancó con su coche.

Siguieron a Blackie por entre el tránsito pesado hasta que llegaron a la ruta Bien Hoa-Thudaumot. Eran experimentados oficiales de policía y sabían, que a esas horas de la noche, habría muy poco tránsito por el camino y por lo tanto Blackie en seguida se daba cuenta de que lo seguían. Tenían estrictas instrucciones del inspector Ngoc-Linh de que Blackie no sospechara que lo vigilaban.

El conductor disminuyó la marcha, dejando que Blackie se adelantara y en uno o dos minutos, perdieron de vista al coche. El conductor se apuró entonces por llegar al teléfono policial más cercano y desde allí llamó al puesto policial de camino de Bien Hoa. Le describió al patrullero el coche de Blackie y le dio el número de la patente. Le indicó que siguiera al coche durante un corto trecho y luego alertara a todos los puestos policiales de la ruta para que tuvieran listos a policías en bicicleta con el fin de tener al coche vigilado hasta que llegara a destino.

Una vez en la ruta desierta, Blackie tomó la precaución de observar continuamente por el espejo para estar seguro de que no lo seguían: No tenía ningún

motivo para pensar que así lo hicieran, pero no quería correr riesgos.

No vio al patrullero en motocicleta a unos doscientos metros detrás porque el patrullero viajaba sin luz.

Blackie debería detenerse en el puesto policial Thudaumot-Bien Hoa que ya fuera reparado. El policía de turno controló sus documentos, después lo despidió. Observó que Blackie doblaba hacia la izquierda y se adelantaba hacia Thudaumot. Kilómetro y medio más adelante ya había un policía en bicicleta esperándolo. El policía fue hasta el puesto policial y habló por teléfono al puesto de Thudaumot, advirtiéndoles que Blackie se dirigía hacia allí.

Eran exactamente las veintitrés cuando Blackie enfiló por el sendero abandonado cubierto de pasto que conducía al templo.

El policía que pacientemente esperaba quinientos metros más adelante, vio de pronto desaparecer los faros del coche de Blackie. A esa altura del camino el campo era llano y sin árboles. La torre destruida del templo, oscura y desdibujada contra el cielo, era el único mojón que podía ver el policía, pero su vista aguda divisó el reflejo de las luces posteriores del coche de Blackie que se zarandeaba sobre los baches, y se dio cuenta de que Blackie había salido de la ruta para dirigirse hacia el templo.

Se trepó a la bicicleta y pedaleó velozmente por el camino. Blackie enfiló el coche por entre los portones del templo y se detuvo. Vio salir de la oscuridad a Jaffe quien caminando se dirigía hacia allí. Se quedó en el coche esperando.

Jaffe abrió la otra puerta del coche y se sentó a su lado.

—¿Bueno? —su voz era incisiva—. ¿Qué pasa? Dentro de unos instantes, pensó Blackie, sabré si encontró todos los diamantes. Se daba cuenta de que tenía las manos húmedas de sudor por la agitación y sacando el pañuelo se las enjugó antes de decir:

—Llegó mi 6hermano. Como lo esperaba, puede ayudarlo. ¿Le dijo Nhan que precisábamos más dinero?

Jaffe hizo un movimiento de enojo con sus manos grandes.

—¡Ya tiene dinero! ¡Ya le di mil dólares! ¿De dónde diablos se cree que puedo sacar más dinero?

Blackie dio un respingo.

—Necesitamos otros dos mil dólares —dijo—. En cuanto los tengamos, podremos irnos.

Jaffe lo miró fijo.

—¿Cómo harán?

—Mi hermano conoce un piloto de Laos. Lo sacaré de aquí en helicóptero y lo llevará a Kratie. Desde Kratie, será muy sencillo volar a Hong Kong. Podríamos arreglar para hacerla salir pasado mañana.

Jaffe se sintió más aliviado. Hizo una profunda inspiración. ¡Al fin eso tenía otro aspecto! Durante dos días y dos noches estuvo encerrado en un cuartito caluroso y tan

aburrido que estaba a punto de ponerse hecho un histérico. Le costara lo que le costase, estaba decidido a irse.

—¿El piloto es de confianza? —preguntó y Blackie percibió la ansiedad de su voz.

—Mi hermano lo conoce mucho. Puede tenerle confianza, pero quiere más dinero por adelantado. Por lo menos tres mil dólares.

—Páguele —dijo Jaffe—. Yo arreglaré con usted en Hong Kong.

—Lo siento, Jaffe, pero no puedo hacerlo —contestó Blackie con decisión—. Si usted no puede darme dos mil dólares más, entonces retiro mi ayuda.

Jaffe hubiera querido saber el valor de los diamantes más chicos. A lo mejor, podría estar desperdiciando una pequeña fortuna al entregar esas piedras, pero no tenía otra alternativa. El tono decidido de la voz de Blackie le advirtió que éste tenía la última palabra.

—Tengo otro diamante más —le dijo—. Vale mil dólares. Le deberé el resto.

Blackie sacudió la cabeza.

—Lo siento. No me gusta recibirlos. Me costó bastante vender los otros dos que me dio.

—¿Cuánto sacó? —preguntó Jaffe.

—Un poco menos de mil dólares —mintió Blackie—. Si esa piedra que me está ofreciendo es igual a las otras dos, la cantidad que se saque no será suficiente.

Jaffe había llevado con él dos de las gemas, pero envueltas por separado cada una en un pedacito de papel. Sacó uno de los bollitos y se lo dio a Blackie.

Blackie se inclinó adelante, y encendió la luz del tablero. Examinó la piedra. Le pareció muy semejante a las otras dos que vendiera. Ahora respiraba un poco más ligero. Charlie tenía razón. El americano había encontrado todos los diamantes.

—De éste sólo sacaré quinientos dólares —dijo Blackie—. No llega a ser suficiente.

Una mano pesada lo alcanzó y lo tomó del hombro.

Unos dedos como tenazas se le incrustaron en la carne. Le hicieron darse vuelta. Se quedó mirando a Jaffe, el corazón le dio un ligero brinco de susto. La expresión del rostro del americano lo había alarmado.

—Es todo cuanto tengo —dijo Jaffe hablando lenta y distintamente—. Ahora ya no puede elegir, amigo. Si me pescan, hablaré. El rastro de los diamantes los llevará hasta usted. Ya sabe lo que le harán, no necesito decírselo. O arregla las cosas o se hunde conmigo.

—Me está lastimando, Mr. Jaffe —contestó Blackie molesto. Podía comprender ahora lo fácil que le había sido al americano matar al sirviente. Lo horrorizó la fuerza de esos dedos de acero.

Jaffe lo soltó.

—Ya le entregué tres. Cuando llegue a Hong Kong le daré el resto del dinero, pero hasta entonces no le daré nada más.

La mente de Blackie funcionaba con rapidez. Con los tres diamantes ya tenía en sus manos más de cuatro mil dólares. Era suficiente para pagarle al piloto y hacerse cargo del pasaje en avión de Charlie. Vio que sería peligroso presionar más a Jaffe. Hizo como al vacilara, luego sonrió, levantando unos hombros gordos.

—Porque le tengo confianza, Mr. Jaffe, es trato hecho —dijo—. Tendré que poner dinero de mi bolsillo para completar la diferencia, pero por usted, lo haré.

—Es mejor que lo haga —contestó Jaffe sombrío—. Y no lo olvide... si me hundo, usted se hunde conmigo.

—Eso no ocurrirá.

—Depende de usted —hubo una pausa, luego Jaffe continuó—: ¿Cómo se harán las cosas?

—Ahora tengo que volver y arreglarlo —dijo Blackie. Se frotaba con suavidad el hombro dolorido—. Esté listo para salir pasado mañana. O mi hermano o yo vendremos a buscarlo aquí a las veintitrés en mi coche. Se le llevará a un lugar que debe decidirse todavía donde el helicóptero pueda aterrizar con seguridad. Aquí no: es demasiado cerca del puesto policial. ¿Ha comprendido?

Jaffe asintió con la cabeza.

—¿Traerá a Nhan?

—La traeré.

—Muy bien entonces, el jueves por la noche, aquí, a las veintitrés y con Nhan.

Blackie observó salir del auto al americano y luego encendió el motor.

—He depositado mi confianza en usted —dijo Jaffe inclinándose para mirar a Blackie a través de la ventanilla—. Recuerde lo que le dije: nos hundiremos juntos.

Blackie tuvo una sensación de incomodidad. De pronto deseó no haberse mezclado en ese asunto. Podría resultar mal. Recordó la advertencia de su hermano sobre el pelotón de fusilamiento. Sintió empapársele la cara con una transpiración de temor.

—Todo saldrá bien —dijo—. Puede confiar en mí.

Retrocedió con el coche a través de los portones del templo, dio vuelta y emprendió el regreso por el angosto sendero hasta el camino principal.

El policía, que se llamaba Din-Buong-Khun, acababa de llegar, sin aliento, unos minutos antes, y estaba ahora escondido entre el pasto, con la bicicleta oculta detrás de una mata de bambú. Vio cómo el coche de Blackie doblaba hacia la derecha al llegar al camino principal para dirigirse rápidamente hacia Saigón. Khun sabía que hacia el otro lado tres kilómetros más abajo estaría en el camino otro policía esperando ubicar a Blackie para seguir vigilándolo. Miró hacia el templo preguntándose qué habría estado haciendo Blackie entre esas viejas ruinas. Se

preguntaba si llegaría allí, pero no tenía linterna y sabía que dentro del templo no llegaría a ver nada. Era algo que tendría que hacer al día siguiente.

Cuando estaba a punto de pararse, su oído perspicaz percibió un ruido como de movimiento. Volvió a tirarse al pasto, mirando hacia el templo.

Sin tener conciencia de que lo observaban, Jaffe caminó cruzando el portón del templo y luego se detuvo, tratando de recordar dónde había dejado la bicicleta. Era una noche muy oscura; unas pocas estrellas pálidas colgaban del firmamento, y la luna se ocultaba detrás de un espeso conjunto de nubes.

Dos días más, pensaba Jaffe en ese momento ¡y después Hong Kong! Se tenía confianza y se sentía seguro ahora que había conseguido meterle a Blackie un susto lo bastante grande como para convencerlo y tenerlo a su disposición. Pero le preocupaban los diamantes que había entregado a Blackie. Antes de volver a pagarle un solo dólar más haría tasar las otras piedras. Si podía evitarlo, Blackie no lo iba a esquilmar.

Sin pensarlo, sacó el paquete de cigarrillos y encendió uno. Khun, que vigilaba, vio la llamita del fósforo. Pudo distinguir delineada contra el cielo la maciza figura de Jaffe, y sus labios gruesos mostraron los dientes en una mueca de excitación.

La mano se deslizó hasta la cartuchera, la abrió y los dedos se cerraron sobre la culata del revólver.

Es Jaffe, el americano, se dijo. No había error en el tamaño del hombre. El sargento del puesto de policía le había dado órdenes.

—El hombre está armado y es peligroso. La orden es tirar a matar.

El revólver salió fácilmente de la cartuchera. Khun lo levantó y apuntó. Pero era un tiro difícil: a cincuenta metros por lo menos y sólo una silueta oscura como blanco. Por primera vez en su carrera policial dudó si podría alcanzar el objetivo. Había sido siempre un tirador del montón y acertar en esas condiciones con una pistola treinta y ocho sería una buena marca hasta para un tirador de primera.

Empezó a arrastrarse hacia adelante, deslizándose sobre el pasto duro como una culebra, con la cabeza apenas levantada para no perder de vista a Jaffe.

En ese momento Jaffe estaba pensando en Nhan.

Antes de terminar la semana, estarían juntos en Hong Kong, se dijo. Tomarían uno de los mejores departamentos del Hotel Península. Su primera comida sería en el Grill Parisien. Unos buenos camarones, pensó, sonriéndose a sí mismo; en Saigón no se podía encontrar algo por el estilo.

Echó una buena bocanada de humo. ¿Pero dónde habría dejado la bicicleta? Empezó a cruzar el pasto duro en el mismo momento en que Khun, ahora a menos de treinta metros, volvía a levantar el revólver.

El blanco era todavía más difícil. Un hombre en movimiento, le habían advertido sus instructores, es la cosa más difícil de alcanzar con un tiro de revólver. Si hay que

tirar se debe apuntar un tanto más adelante, pero es mejor esperar hasta que el blanco se detenga. Khun empezó a deslizarse otra vez sobre el pasto a medida que Jaffe aumentaba la distancia entre ellos.

Jaffe encontró la bicicleta medio escondida entre el pasto y la levantó. Cuando se enderezaba, Khun, al ver la bicicleta se dio cuenta de que en pocos instantes más habría perdido la oportunidad; y se apuró a apuntar mirando por el caño del revólver y disparó.

En ese instante Jaffe estaba pasando la pierna por sobre la montura de la bicicleta cuando Khun le disparó. Para Khun el tiro era notablemente bueno, si se tenía en cuenta que estaba aturdido y que apenas había apuntado.

Jaffe oyó que algo pasó casi rozándole la cara, tan cerca que sintió en la piel una sensación de quemadura. Inmediatamente siguió el fogueo del arma que parecía llegar desde un punto a sólo pocos metros de distancia. En el silencio de la noche el estampido se oyó con pesada violencia.

Jaffe, instintivamente, se echó hacia atrás, perdió el equilibrio y cayó al pasto con la bicicleta enredada en las piernas.

Khun sintió surgir en su interior una excitación de triunfo. Había tirado y vio caer a Jaffe. Por la altura del pasto dejó de verlo, pero estaba seguro de haberlo alcanzado. Habría de verse todavía si lo mató o no, pero por lo menos, estaba seguro de haberlo alcanzado.

La primera reacción de Jaffe fue librarse de la bicicleta y ponerse de pie, pero se contuvo. Fuera quien fuese quien le había disparado estaba a unos treinta metros de distancia y tirado en el pasto. Si se movía estaría invitando a un segundo disparo, y esa vez el hombre del revólver no le iba a errar. Muy despacito y con mucho cuidado, extendió la mano hasta el bolsillo posterior y sacó su revólver, soltándole el seguro consciente de que el corazón le martillaba y de que respiraba con dificultad.

Khun se quedó donde estaba, apuntando con el revólver hacia el lugar donde viera a Jaffe por última vez. Se le había ocurrido una idea que lo hizo detenerse y perder bastante la confianza. ¿Y si por casualidad, pensó, mientras le empezaba a traspasar la cara, el hombre grande a quien había disparado no era el americano Jaffe? De entrada había llegado a la conclusión de que la pesada silueta desdibujada del hombre que había visto contra el cielo no podía ser otra que la del americano buscado, ¿pero, y si no era? ¿Y si era otro americano?

Jaffe levantó despacito la cabeza y miró por sobre el pasto duro. No podía ver nada más que pasto y algunas matas. Escuchó con atención preguntándose quién podría ser el hombre que le había disparado.

Khun se decidió a investigar. No podía estar seguro de que el hombre estuviera muerto. Podía estar herido solamente. Si era Jaffe, Khun sabía que estaba armado. No pensaba levantarse para presentar un blanco.

De repente Jaffe lo vio. El uniforme blanco lo destacaba sobre la oscuridad del pasto. El hombre se arrastraba como una culebra, y estaba a menos de quince metros de Jaffe.

Khun también ubicó a Jaffe. La camisa kaki también era visible contra el pasto oscuro. Khun dejó de moverse y se quedó mirando la oscura silueta del hombre caído, con el revólver echado hacia adelante, corriéndole por la cara la transpiración mientras vigilaba hasta el más mínimo movimiento.

Jaffe pudo descubrir el revólver en la mano de Khun. Más que verlo se imaginó que le estaba apuntando.

No sabe si estoy vivo o muerto, pensó Jaffe, tratando de controlar el pánico que se apoderaba de él. Disparará otra vez antes de acercarse más. Si hago el menor movimiento, hará fuego. Y aunque no lo haga, también puede disparar:

Sostenía el revólver a un costado de su cuerpo. Tendría que levantarlo y apuntar. Por estar muy acostado en el pasto Khun era un blanco casi imposible de alcanzar. Jaffe se dijo que no podía permitirse errar. Empezó él, levantar el revólver, centímetro por centímetro.

Khun tirado en el pasto, se quedó mirando al hombre que estaba a unos doce metros frente a él. No sabía qué hacer. Tenía ganas de disparar sobre la oscura silueta, y sin embargo su mente le seguía advirtiéndole que si no era Jaffe, podrían acusarlo de asesinato.

Estaba ya allí acostado, tratando de decidirse. Los minutos pasaban. Jaffe lo vigilaba. Había levantado el revólver y apuntaba en dirección al casco que Jaffe alcanzaba a distinguir contra el fondo oscuro, pero todavía sería un tiro demasiado difícil. Por eso esperó.

Después de lo que pareció ser una eternidad, y que en realidad sólo fueron cinco minutos, Khun empezó a aflojarse. El hombre está muerto, se dijo. Ninguna persona mal herida puede quedarse tan quieta durante tanto tiempo. Tenía que ver si era Jaffe. Estimulado por una sensación de pánico, se puso de rodillas, luego se levantó y empezó a caminar con mucha cautela hacia el hombre caído.

Jaffe levantó el caño del revólver, manteniendo el arma al costado de su cuerpo de manera que el hombre que se acercaba no pudiera verlo, y cuando Khun estuvo a menos de diez metros de distancia, con toda suavidad apretó el gatillo.

El gatillo se movió, pero el tiro no salió. La bala de tres años traicionó a Jaffe en el momento de mayor urgencia.

Khun oyó el ruido y pegó un salto de costado, la respiración le silbaba por entre la boca abierta. Vio levantarse del piso una figura grande que se le vino encima y tiró a ciegas.

La bala rozó el brazo de Jaffe. Sintió dolor de quemadura pero no disminuyó la embestida. Khun no tenía ya oportunidad de dispararle directamente de nuevo. Los

brazos de Jaffe rodearon las piernas huesudas y con el hombro le golpeó en la ingle. Khun sintió como si lo hubiera embestido un toro. Se sintió volar por el aire y apretó el gatillo del revólver: la bala zumbó en la noche oscura y el fogonazo del arma cegó momentáneamente a Jaffe.

Los dos hombres cayeron sobre el pasto. El revólver voló de la mano de Khun. Gritó de terror al sentir que lo invadía un inmenso dolor. Jaffe le golpeó con el puño cerrado en un costado de la cabeza y el hombrecito en desesperante desventaja, saltó hacia arriba y luego cayó al suelo.

Jaffe casi se le echó encima, respirando fuerte. Las manos se apoyaron en el pescuezo de Khun, listas para ahogar un segundo grito. Khun gruñó algo en vietnamés que Jaffe no comprendió. Entonces del pescuezo se oyó un curioso ruido seco, como crujido de hojas secas. A Jaffe el ruido le hizo parársele las pelos de punta. La cabeza de Khun cayó de costado, y Jaffe supo que estaba muerto.

Se quedó agachado sobre el hombrecito durante algunos instantes demasiado asombrado para moverse, después por último, haciendo un esfuerzo, se levantó.

¡Otro muerto más! pensó. Esta gente chiquita es tan quebradiza como fósforos de madera. Sospecho que le rompí la columna. Bueno, por lo menos, fue en defensa propia. Si no lo ataco, me mata.

¿Y ahora qué vaya hacer? se preguntó. Si encuentran aquí el cadáver del hombrecito, pondrán una trampa en el templo. Blackie volverá pasado mañana. Tengo que sacarlo de aquí.

Caminando rápido, muy alarmado, volvió donde estaba la bicicleta. Buscó a tientas durante varios segundos antes de encontrar el revólver. Se lo guardó en el bolsillo de atrás. Ese revólver no servía, se dijo. Fue sólo por suerte que disparó la primera vez. Pero ya no le tenía confianza.

Enderezó la bicicleta y la condujo hasta donde estaba tirado Khun. Sin ningún problema, cargó el cadáver sobre el hombro, después, siempre llevando la bicicleta, cruzó el pasto y se dirigió hacia el camino principal.

Antes de llegar al camino encontró la bicicleta de Khun. No podía dejarla donde estaba. Equilibrando bien al muerto sobre los hombros, siguió su marcha llevando las dos máquinas sosteniendo una con cada mano. Cuando llegó al camino se subió a su bicicleta, y llevando siempre la otra pedaleó por el camino.

Lo único que me falta es encontrarme con alguien, pensó. Es lo único que necesito para completar esta noche maldita.

Pero no se encontró con nadie. Y después de andar unos siete kilómetros tiró el cadáver de Khun en una zanja y la bicicleta encima.

Antes de irse, se llevó el revólver de Khun y el cinturón con las balas.

Mientras volvía de vuelta a Thudaumot, tenía la esperanza de que la policía creyera que la muerte del hombrecito era otro ataque del Viet Minh.

Blackie Lee llegó de vuelta al club a la una menos veinte de la mañana. Estacionó el coche, bajó y se quedó unos instantes respirando el aire caliente y enrarecido.

En la calle no había movimiento. Tres rickshaws estaban detenidos junto al cordón de la vereda. Los tres muchachos dormían en sus vehículos. Las luces de neón que iluminaban el frente del club estaban apagadas. Se apagaban todas las noches exactamente a las veinticuatro horas. Mirando hacia el oscuro edificio, Blackie sonrió. En Hong Kong esas luces brillarían hasta las primeras horas de la mañana. En Hong Kong no había desgraciadas restricciones.

Se encaminó hacia el club, luego se detuvo al ver que una figura se levantaba de un portal oscuro y se dirigía a su encuentro. Reconoció el sombrero duro mejicano que siempre usaba Yo-Yo y frunció el ceño con impaciencia.

Yo-Yo se le puso al lado.

—Buenas noches, Mr. Blackie —le dijo—. Quiero hablar con usted.

—En otro momento —contestó Blackie cortante—. Es tarde. Vuelve mañana —y dirigiéndose a la entrada del club metió la mano en el bolsillo buscando las llaves.

Yo-Yo lo siguió.

—No quiero esperar a mañana, Mr. Blackie. Quiero su consejo. Se trata del americano, Jaffe.

Haciendo un esfuerzo Blackie contuvo un principio de alarma. Su mente ágil trabajaba rápidamente. ¡Qué estúpido había sido! Había olvidado por completo que mandara a Yo-Yo para vigilar a Nhan. ¡Esa rata sabía dónde se ocultaba Jaffe! Habría leído en los diarios lo de la recompensa.

—¿Jaffe? —dijo, mirando por sobre el hombro a Yo-Yo, la cara gorda totalmente inexpresiva—. ¿Quién es Jaffe?

—El americano que secuestraron, Mr. Blackie —contestó Yo-Yo con un dejo burlón en la voz.

Blackie vaciló, luego le dijo:

—Es mejor que subas —y le indicó a Yo-Yo que fuera adelante.

Mientras Blackie lo seguía por la escalera, el optimismo lo abandonó. Si esa rata se ha dado cuenta de las cosas y sacado las consecuencias, pensó, nos puede arruinar todos nuestros planes.

En el salón de baile había una única luz. Estaba sobre el escritorio de la caja donde Yu-Lan controlaba las entradas. El escritorio estaba lleno de dinero. Cuando entraron los dos hombres levantó la vista. El corazón le dio un brinco al ver a Yo-Yo.

Blackie no le dijo ni una palabra. Siguió de largo hasta la oficina, seguido por Yo-Yo quien se detuvo un momento para mirar el dinero que había sobre el escritorio.

Ya en la oficina, Blackie se sentó detrás del escritorio. Yo-Yo se quedó parado enfrente, masticando la delgada tira de cuero que colgaba de su sombrero.

—¿Bueno? ¿De qué se trata?

—Ofrecen 20.000 piastras por la información referente al americano —dijo Yo-Yo—. Sé que no lo secuestraron y sé dónde está. Pensé que antes de reclamar la recompensa sería mejor que hablara con usted.

—¿Qué te hace pensar que tengo algo que ver en eso?

Yo-Yo se frotaba una mancha de comida del saco.

—¿Y no es así? —preguntó sin mirar a Blackie—. Es el hombre que vi en la casita de Thudaumot. El que Nhan fue a visitar.

—¿Cómo lo sabes?

Yo-Yo levantó la vista y sus labios gruesos se abrieron en una sonrisa burlona.

—Lo sé, Mr. Blackie. Y pensé que debería verlo primero a usted. Usted siempre fue bueno conmigo. No quiero meterlo en ningún lío.

Blackie respiraba profundamente a través de sus anchas narices. Sintió en el corazón un frío apretón de temor, pero el rostro permaneció impassible.

—¿Por qué tendría líos?

Yo-Yo se encogió de hombros. No dijo nada.

Para darse tiempo a pensar, Blackie encendió un cigarrillo. Mientras apagaba el fósforo, dijo:

—Sería mejor que no te presentaras a la policía. Estoy pensando en Nhan. Si puedo evitarlo no me gusta dejar que ninguna de mis bailarinas tenga dificultades con la policía.

Yo-Yo amplió la sonrisa.

—Lo sé, Mr. Blackie.

—Bueno, muy bien. No te acerques a la policía. Mucho cuidado con eso. Los informantes de la policía no son muy bien vistos por aquí.

Yo-Yo asintió con la cabeza.

Hubo una pausa, luego Blackie continuó:

—Ya es tiempo de que te ubiques en algún buen trabajo. Vuelve a verme mañana. Te buscaré algo: algo que sea bueno —e hizo un ligero movimiento de despedida.

Yo-Yo no se movió.

—¿Qué hay de la recompensa, Mr. Blackie?

Le voy a tener que dar dinero, pensó Blackie, pero no parará ahí. En cuanto lo haya gastado, volverá a pedir más. A esta rata la voy a tener siempre encima ahora.

—La policía no te pagará —le dijo—. Te escucharán, pero no te pagarán. Ya debías saberlo.

—Creo que sí me pagarán, Mr. Blackie —dijo Yo-Yo—. Necesito el dinero. A lo mejor usted querrá dármele.

—Te daré trabajo —dijo Blackie con una firmeza que no sentía—. A tu edad ya se debe tener algún trabajo fijo.

—No quiero un trabajo fijo, Mr. Blackie —le contestó Yo-Yo y en su voz se notó un tono de dureza—. Quiero 20.000 piastras.

Blackie se quedó mirándolo un buen rato, luego se puso de pie.

—Espera aquí —dijo—, y no vayas a tocar nada. Salió cerrando la puerta detrás de sí. Pasó por una puerta que llevaba a la parte de los dormitorios en el fondo del club, ignorando a Yu-Lan que lo miraba afligida desde el otro lado del salón. Fue hasta el dormitorio de Charlie y entró.

Había una velita encendida debajo de la amplia fotografía del padre de Blackie y Charlie colocada sobre una repisa contra la pared. La velita daba suficiente luz como para que Blackie viera a su hermano durmiendo en la tarima del otro lado del cuarto.

Cuando Blackie cerró la puerta, Charlie abrió los ojos y se sentó.

—¿Qué pasa? —preguntó Charlie.

Con toda tranquilidad Blackie le contó la entrevista con Jaffe.

—Tiene los diamantes —le dijo—. Me dio otro más.

Charlie extendió la mano y Blackie le dio el bollito de papel donde estaba la piedra. Charlie la examinó y asintió con la cabeza.

—Es otro de los míos —dijo—. ¿Accedió al precio?

—Sí.

—Mañana por la mañana iré en avión a Phnom-Phen.

—Hay una complicación —agregó Blackie y le contó lo de Yo-Yo.

—Esas cosas suelen ocurrir —dijo Charlie con filosofía—. Tienes que pagarle. Por supuesto, después querrá más. Cuando tengamos los diamantes tendremos que resolver qué se hará con él, pero hasta que los tengamos, no.

—Es lo que yo pensé. Muy bien, le pagaré.

—¿No crees que después que le pagues se presentará a la policía? Podría tener la tentación de reclamar también la recompensa.

—No, no lo hará —contestó Blackie—. La policía sabe demasiadas cosas tuyas. No creo que le dieran un centavo; y Yo-Yo lo sabe tan bien como yo.

Charlie asintió con la cabeza.

—Entonces, págale.

CAPÍTULO XII

1

NHAN había pasado una mala noche. Tuvo un sueño que la aterrorizó.

En cuanto mandó sus tres hermanos al colegio y antes de que su tío se levantara de la cama, tomó un *pousse-pousse* hasta la Tumba del Mariscal Le-van-Duyet. En la entrada compró un surtido de verduras y flores para entregarlas como ofrenda. Entró al templo y depositó su ofrenda entre las otras que ya había sobre la mesa larga.

Se arrodilló y rezó unos momentos, y luego con la mente más en calma, compró dos velas, las encendió y las colocó en un candil ya repleto de velas.

Después arrodillándose, levanto un carcaj que contenía una cantidad de varillitas de madera, cada una con un número. Con mucho cuidado y tranquilidad empezó a sacudir el carcaj con las dos manos hasta que una de las varillitas saltó y cayó en el piso de piedra. Miró el número y vio que era el 16. Fue hasta una pared donde había un recuadro con números y de una especie de palomar con el número 16 sacó un rollito de papel rosado.

Tomó el papel y se lo llevó a un viejo que estaba sentado a la entrada de la tumba. Era uno de los cinco hombres que se ubicaban allí para decir la buenaventura. Leyó lo que estaba escrito en el papel y se quedó mirando unos minutos a Nhan. Era el mejor y el más bueno de todos los que decían la buenaventura y Nhan le tenía mucha fe.

Le dijo a Nhan que debería tener mucho cuidado en todo lo que hiciera en los próximos dos días. Esos dos días le dijo, serán los más críticos de su vida. Después que pasen, ya no tendría que temer, pero sería mejor que se volviera a su casa y rezara, y se quedara rezando hasta que trascurrieran los dos días.

En vez de volver a su casa, Nhan tomó el ómnibus de las nueve para Thudaumot. Sentía urgente necesidad de estar con Steve y de sentirse abrazada por Jaffe podía, tenía esa sensación, proporcionarle consuelo y más esperanza que la oración.

Cuando el ómnibus salía del Mercado Central para Ludaumot, el teniente Hambley llegaba a su oficina. Sobre el escritorio encontró una cantidad de datos contestaciones para un amplio informe referente a hurtos en los aprovisionamientos de la embajada. El informe y los datos le tendrían totalmente ocupado por lo menos durante dos días, y cuando se puso a trabajar, se acordó que debía ir hasta la Tumba del Mariscal Le-van-Duyet para hablar con el tío de Nhan Lee Quon.

Bueno, yo no puedo hacer todo, se dijo. Le daré el nombre de la bailarina a Ngoc-Linh y que la busque.

Cuando a las once el secretario le trajo una taza de café, hizo una pausa en el

trabajo y llamó por teléfono al inspector.

—Su teoría de que Jaffe era un degenerado es demasiado estafalaria —dijo cuando el inspector estuvo al habla—. He conversado con amigos de Jaffe y no hay ninguna prueba de que fuera maricón ni de que persiguiera a las mujeres. Tiene una querida. Será mejor que usted hable con ella. La muchacha le dirá que no era nada de eso.

El inspector, mientras lo escuchaba, tenía los ojos entornados de exasperación.

—Si pudiera encontrar a la muchacha, teniente —le dijo controlando la irritación —, con toda seguridad hablaría con ella, pero no sé quién es ni dónde puedo encontrarla.

Hambley se sonrió.

—Me sorprende, inspector: Yo no tuve ningún problema para descubrir quién era. El nombre me lo dio esa china que estaba con Wade. Fue muy fácil.

El inspector se echó hacia adelante, prendido del teléfono.

—¿Y quién es?

—Es una *taxi-girl* del *Paradise Club* —contestó Hambley—. Se llama Nhan Lee Quon. No sé dónde vive, pero sé que el tío dice la buena ventura en la Tumba del Mariscal Le-van-Duyet. Él podrá decirle dónde encontrarla.

El inspector hizo una profunda inspiración.

—Gracias teniente, voy a hacer lo que usted dice —y colgó.

Durante un buen rato se quedó inmóvil, mirando al frente. Luego levantó el teléfono y llamó al coronel On-dinh-Khuc. Le dijo que sabía quién era la chica de Jaffe.

—Yo mismo la interrogaré —dijo el coronel con un tono desagradable en la voz —. Arréstela sin barullo. Tráigamela inmediatamente.

Al inspector no le tomó mucho tiempo averiguar la dirección de Nhan. En la oficina había un registro de todas las *taxi-girls*. El inspector llamó a dos policías vestidos de civil y fue con ellos hasta la casa de Nhan. Dejando el auto a la vuelta de la esquina, se dirigió caminando con uno de los hombres hasta la casa de departamentos.

La madre de Nhan abrió la puerta.

Su hija había salido, le dijo al inspector. No sabía adónde fue. Estaría de vuelta a mediodía y si no con seguridad a las dieciocho.

El inspector dejó un hombre dentro del departamento. Le ordenó que esperara hasta que llegara Nhan y que mientras tanto la madre de la muchacha no debía salir bajo ningún pretexto.

Cuando el inspector se fue, el hombre se sentó en un banco al lado de la puerta y encendió un cigarrillo. La madre de Nhan se acurrucó mirándolo con terror. Después de un rato el hombre se aburrió de fumar. Cerró la puerta con llave y empezó a

revisar todo lo que había en el departamento, abriendo y cerrando armarios, revolviendo cajones y vaciando su contenido mientras la madre de Nhan lo seguía observando.

Jaffe se sintió sorprendido y contento cuando se abrió la puerta del cuarto y entró Nhan. Le pareció cansada y por la forma de besarlo notó que estaba nerviosa. Se sentó en la cama y la hizo ubicarse a su lado recostándose en él, mientras la rodeaba con un brazo. Le contó la entrevista con Blackie. No mencionó al policía.

—Salimos mañana a la noche —le dijo—. Pasado mañana estaremos en Hong Kong.

Nhan vaciló antes de decir:

—¿No podemos esperar dos días más, Steve? Me parece que sería mejor. Consulté al oráculo esta mañana y los dos días próximos son malos para mí; Por favor, espera. Dentro de dos días más todo saldrá bien —lo miraba ansiosa con miedo de que se enojara y se fastidiara con ella, pero en cambio Jaffe sonrió.

—Mira, Nhan, sí vas a ser ciudadana americana, tienes que dejar de ser supersticiosa; todo eso es una tontería, pura superstición. Los oráculos están muy bien para una pequeña *taxi-girl* vietnam esa, pero no para una ciudadana americana.

—Comprendo —dijo Nhan con impotencia. Quería tanto ganarse la aprobación de Steve y hacerle buena impresión. De repente tuvo la seguridad de que nunca vería a Hong Kong. ¿Acaso no le había dicho ese viejo que los dos próximos días eran los más críticos de su vida?—. ¿No es posible esperar?

—No. Ya está todo arreglado —contestó Jaffe—. Ahora no te preocupes por nada. Todo saldrá bien. Se recostó en la cama y empezó a besarla.

Nhan cerró los ojos y trató de aflojar la tensión con sus caricias, pero su mente estaba atravesada por el mismo temor que podía sentir una laucha que tratara de escapar de las garras de un gato.

—Mira, ¿por qué no te quedas conmigo? —dijo Jaffe—. ¿Para qué vas a volver a Saigón? Saldremos mañana por la noche. ¿Te quedarás?

Se apoyó sobre un codo y se inclinó sobre Nhan, dibujando lentamente con un dedo el contorno de la nariz de Nhan, rozándole los labios y acariciándole el mentón mientras ella lo miraba.

—No puedo quedarme —le contestó sacudiendo la cabeza—. Tengo que decirle a mi madre que me voy. Tengo mucho que hacer todavía. Arreglar mis cosas. No me puedo ir sin despedirme de mis hermanos.

¡La familia! Pensó Jaffe con fastidio. Es como una bola de hierro encadenada a la pierna de un hombre que trata de correr. Es una manta que ahoga los impulsos.

Se sentía contento de no tener familia; ni madre para avisarle que se iba, ni hermanos para decirles adiós.

Se encogió de hombros y en su rostro se notó el fastidio.

—Bueno, está bien. Es tu familia. Blackie irá a buscarte a tu departamento mañana a las veintidós. Vendrás con él. Ya está arreglado.

—Estaré lista —contestó Nhan.

—Nos encontraremos a las veintitrés en el templo destruido y nos llevarán a algún lugar donde el helicóptero pueda aterrizar. En cuanto llegemos a Kratie, estaremos a salvo.

Como el presentimiento del peligro iba en aumento y persistía en obsesionarla, tomó con suavidad la cara de Jaffe entre las dos manos y sonriéndole dijo:

—¿No podríamos ahora hacer un poquito el amor, Steve...? Sería la última vez... —hizo una pausa, luego continuó—, antes de llegar a Hong Kong.

Steve la miró, extrañado.

—¿Todavía estás asustada, no? —le dijo y empezó a desvestirla—. No tienes que estar asustada. Todo va a salir muy bien. Lo sé. Debes tenerme confianza.

Se le entregó como nunca se le había entregado antes. Era como si con desesperación estuviera tratando de expresarle el amor que sentía por él de tal manera que pudiera dejarle en la mente una marca indeleble; algo que siempre le hiciera recordarla a través de los años por venir y que debería vivir sin ella.

2

Mientras Nhan iba en el ómnibus hacia Thudaumot y el teniente Hambley hablaba por teléfono con el inspector Ngoc-Linh, Blackie llevaba en el coche a su hermano hasta el aeropuerto.

Charlie había tenido la suerte de obtener asiento en el Dakota que saldría a las veintidós hacia Phnom-Phen. Con anterioridad había enviado un telegrama a Lee Watkins; el piloto que trabajaba en la carrera del opio, pidiéndole que lo esperara en el aeropuerto de Phnom-Phen.

Mientras el coche grande americano corría por el camino, los dos hermanos guardaban silencio, pero sus mentes trabajaban.

De pronto dijo Blackie:

—Watkins tiene que conocer un lugar seguro para aterrizar. Debe ser cerca de Thudaumot. No quiero hacer un viaje largo con Jaffe; sería demasiado arriesgado.

Charlie asintió con la cabeza.

—Lo arreglaré —hizo una pausa mientras Blackie disminuía la velocidad y se hacía a un costado para pasar dos búfalos que iban por el camino, luego cuando Blackie aceleró, continuó—: Ha llegado el momento de decidir cómo le sacaremos los diamantes al americano cuando salga de aquí.

—Estuve pensando en eso —dijo Blackie—. No me parece muy seguro dejarlo

llegar a Hong Kong con los diamantes. El momento de sacárselos será cuando llegue a Kratie.

Charlie lo pensó. Se dio cuenta de que Blackie tenía razón. Sería casi imposible quitarle a Jaffe los diamantes cuando llegaran a Hong Kong, pero en Kratie, sería muchísimo más sencillo.

—Sí, Una vez que las piedras estén fuera de Vietnam, no tiene importancia. Después de hablar con Watkins buscaré a alguien a quien le pagaré para le se encargue de Jaffe.

Blackie había estado madurando ese problema durante las primeras horas de la mañana. Había llegado una cierta conclusión. Vacilaba en decírselo a su hermano, pero después de una pausa, se obligó a hablar:

—No podemos confiar eso a ningún extraño, Charlie. Podría robarse las piedras. Sugiero que vayas con Jaffe a Kratie —volvió a hacer una pausa—. Le sacarás los diamantes.

Charles titubeó.

—Eres más joven y más fuerte, Blackie —dijo—. Me parece que tú deberías hacerlo.

—Yo también pensé eso —dijo Blackie—, pero hay muchas complicaciones. ¿Cómo haré para volver? No podemos pretender que Watkins haga otro viaje para traerme. No tengo visa para Cambodia como tienes tú. Tendría que entrar a Hong Kong con los diamantes. No, lo siento Charlie, pero tendrás que hacerlo.

—Ese americano es peligroso —dijo Charlie, enderezándose molesto—. A lo mejor no se los puedo sacar.

—También lo pensé —contestó Blackie—. Hay que prevenir todo. La mejor forma me parece ésta: le dirás al americano que deberán aterrizar en las afueras de Kratie. Que allí habrá un coche esperándolo que lo llevará al aeropuerto para ir a Hong Kong. Arreglarás con Watkins para que aterrice en algún lugar solitario. Además conseguirás un auto que te espere allí. Necesitarás un revólver con silenciador. Cuando Watkins se haya ido irás con Jaffe hasta donde espera el coche. Debe ser en el camino, a poca distancia de donde aterricen. Te las arreglarás de manera que Jaffe camine delante de ti. En el trayecto le disparas. No podemos correr riesgos, Charlie. Hay dos millones de dólares de por medio. Si lo detienes y tratas de quitarle los diamantes, Jaffe podría ganarte. Este plan no me gusta mucho, pero no hay otra alternativa. Cuando esté muerto le sacas las piedras y vas hasta el auto. Le dirás al conductor que el pasajero no pudo llegar.

Charlie consideraba lo que su hermano acababa de decir. Un asesinato no era algo extraño para él. Doce años antes mató a una mujer que le estuvo haciendo chantaje. No tuvo ningún escrúpulo en matarla. Con el pretexto de pagarle la cuota mensual del chantaje fue y la ahogó en la bañera. Se creyó que se había resbalado golpeándose

contra la canilla y ahogándose.

La idea de asesinar a Jaffe no perturbó a Charlie.

No había nada que no fuera capaz de hacer para conseguir esos dos millones de dólares, pero no era el mismo hombre de hacía quince años. Los nervios no eran tan firmes. Le acobardaba la idea de caminar en medio de una jungla oscura con un hombre tan peligroso como Jaffe. Si Jaffe sospechaba lo que iba a ocurrir y atacaba primero, tenía toda la posibilidad de ganar. Charlie no quería morir. Le habría gustado más algún plan más seguro.

—Nos estamos olvidando de la bailarina —dijo—. Ella también estará allí.

—No lo he olvidado —contestó Blackie. Deliberadamente no había mencionado a Nhan. Quiso que su hermano se acostumbrara primero a la idea de un asesinato—. Ella también tendrá que ir. Lo siento, Charlie, pero no creo que el americano se vaya si la muchacha no va con él. Primero pensé si se podría arreglar de alguna manera para que ella no fuera, pero pensándolo mejor, sería demasiado arriesgado. Jaffe podría negarse a partir si no va con él. También habrá que eliminarla.

¡Dos asesinatos! pensó Charlie y sintió que empezaba a traspasar de miedo.

Visualizó la escena. Jaffe y la joven caminando adelante; él, siguiéndolos. Sacaría el revólver y le tiraría a Jaffe por la espalda. Jaffe caería. Podría no estar muerto, pero por lo menos sería inofensivo. ¿Qué haría la muchacha? Podría salir corriendo. Estaría oscuro. Si empezaba a correr antes de que pudiera apuntarle con el revólver podría escaparse. Sería un grave inconveniente.

Como si le estuviera leyendo los pensamientos, Blackie agregó con suavidad:

—Está enamorada del americano. Cuando éste caiga, se le acercará. Será muy fácil el segundo tiro, Charlie.

—Parece que has pensado en todo —contestó Charlie, con una nota de amargura en la voz—. Hubo un tiempo en que era yo quien pensaba por los demás.

Blackie no contestó nada. Ahora todo dependía de que Charlie quisiera hacerlo. Pues él no se animaba a matar. Sabía que Charlie ya tenía en sus manos un asesinato. Y sabía que él nunca sería capaz de matar a Jaffe y a Nhan. Esa era otra de las diferencias entre él y Charlie; había en Charlie una veta de crueldad que Blackie le envidiaba.

Ahora ya tenían el aeropuerto a la vista.

—El arreglo —dijo Charlie—, es demasiado desperejo. Tú no corres ningún riesgo, Blackie. Yo tengo que hacer todo el trabajo y correr todos los riesgos. Cuando encuentren los cadáveres, Watkins sospechará que los maté. Podría tratar de hacerme un chantaje.

—Y a tu vez tú también puedes hacerle chantaje —contestó Blackie—. Le pueden dar diez años por llevar opio a Bangkok. No tienes que preocuparte por Watkins.

—Y está el conductor del auto.

—Arregla con Watkins para utilizar a uno de sus hombres. Así no tendrás que preocuparte.

Charlie se encogió de hombros. Iba a aceptar el plan, pero, estaba demostrando una cierta oposición para abrir el camino a un arreglo mejor.

—Si tengo que hacer todo eso —dijo—, debemos hacer un nuevo arreglo financiero. Si no corres ningún riesgo no deberías pensar en quedarte con la mitad del dinero. Me parece que estaría mejor si fuera un cuarto para tí y tres cuartos para mí.

Blackie había esperado que su hermano pidiera más dinero, pero las tres cuartas partes era, por supuesto, absurdo.

—Vamos a ser socios, Charlie —le dijo—. Quiero utilizar el dinero para instalar un salón de baile en Hong Kong, que deje ganancias para los dos. Estoy de acuerdo en que recibas más dinero, pero las tres cuartas partes no me parece razonable. Sugiero que retengas cincuenta mil dólares del capital, y el resto se divida por partes iguales.

—Entonces, digamos cien mil —contestó Charlie—, y el 60 por ciento de las ganancias del club.

Blackie vaciló, después se encogió de hombros. Si él hubiera tenido que hacer lo que Charlie debería hacer hubiera pedido mejores condiciones.

—Está bien —le dijo—. Estoy de acuerdo.

Charlie asintió con la cabeza. Estaba satisfecho. Cuando Blackie detuvo el coche frente a la entrada del aeropuerto, Charlie dijo:

—Estaré de vuelta mañana por la mañana. No te olvides del revólver.

Blackie no esperó a verlo partir. Volvió otra vez a Saigón sin darse cuenta de que lo siguieron hasta el aeropuerto y de que ahora lo seguían también dos detectives de la Policía de Seguridad. Cuando vieron a Blackie entrar al club, uno de ellos fue a hablar por teléfono al inspector mientras el otro se quedó esperando en el coche que había estacionado a pocos metros de distancia del club.

El detective no notó que acurrucado debajo de un árbol, Yo-Yo subía y bajaba su juguete mientras observaba al detective.

Yo-Yo había visto que los dos hombres siguieron en un auto a Blackie y a su hermano. Vio volver a Blackie solo siempre seguido por los dos detectives. La situación le interesó, y después de pensarlo unos minutos, se levantó y caminó hacia el club. Subió la escalera y entró al salón de baile.

Atravesó la pista y penetró en la oficina de Blackie sin llamar. Cerró la puerta y se apoyó contra ella.

Blackie estaba tomando un vaso de té. Levantó la mirada. Cuando vio a Yo-Yo su rostro se hizo impasible.

—¿Qué pasa?

—Tengo cierta información para venderle —dijo Yo-YO—. Le costará cinco mil

piastras, pero vale más, se lo aseguro.

—¿Qué información?

—Primero quiero el dinero.

—Puedes irte —le dijo Blackie, depositando el vaso de té—, antes de que te eche.

Yo-Yo sonrió con sorna.

—Se trata de la policía y de usted, Mr. Blackie. Es importante.

Blackie sintió de pronto helársele el corazón. No dudó mucho. Sacó la billetera y contó cinco mil piastras y por sobre el escritorio se las tendió a Yo-Yo.

—¿De qué se trata?

Yo-Yo recogió los billetes.

—Dos detectives de la Policía de Seguridad lo están siguiendo —le dijo—. Lo siguieron cuando salió esta mañana con Mr. Charlie. Lo venían siguiendo cuando volvió. Ahora están sentados afuera en el coche; un Citroën negro.

Blackie se quedó unos momentos mirando a Yo-Yo, después con visible esfuerzo, dijo:

—La próxima vez que vengas aquí, llama a la puerta. Ahora, vete.

Yo-Yo miró el dinero que tenía en la mano sucia y luego le hizo un guiño a Blackie.

—Algunos tienen buena suerte, otros no. Lo siento por usted Mr. Blackie —y se fue.

En cuanto cerró la puerta, Blackie se levantó rápidamente y se acercó a la ventana. Con cuidado espía a través de la persiana cerrada. Alcanzó a al ver Citroën. No podía distinguir quién estaba sentado adentro, pero era alguien que estaba fumando. Por la ventanilla abierta del coche subían espirales de humo de cigarrillo.

¿Qué significaría eso? se preguntó. ¿Por qué lo vigilaban? ¿Sospecharían que tenía contactos con Jaffe? ¿O lo vigilaban con la esperanza de que los llevara hasta Nhan? ¿O sería algo que no tenía nada que ver con Jaffe?

Se alejó de la ventana, sacando el pañuelo para enjugarse la cara. Por la espina dorsal le corría un pánico helado. Si no hubiera sido por esa rata de Yo-Yo, dentro de diez minutos habría salido a buscar el revólver y el silenciador. Si lo detenían con eso, le hubieran dado dos años.

Lentamente volvió al escritorio y se sentó. Sería mejor que se quedara en la oficina, se dijo. Yu-Lan podría ir a buscar el revólver. Pensó con envidia en Charlie, a salvo en el Dakota que lo llevaba a Phnom-Phen. ¿Le avisaría a Charlie que la policía lo vigilaba? Vaciló, después decidió esperar un poco. A lo mejor no tenía nada que ver con Jaffe. A lo mejor alguien había charlado de ese manejo de cambio de dinero que hizo hacía unas dos semanas. Quizás por eso lo vigilaban.

Se levantó, se acercó a un armario y se sirvió una buena dosis de whisky, después volvió al escritorio y escribió una nota. De la billetera sacó varios billetes que puso

en un sobre con la carta, cerró el sobre y escribió la dirección.

Entonces fue hasta el salón de baile donde Yu-Lan estaba arreglando unas flores.

—Llévale esta carta a Fat Wo —le dijo Blackie—. Lleva una canasta de compras. Compra algunas frutas y verduras. Fat Wo te dará un paquete. Coloca el paquete debajo de la fruta y la verdura y después te vuelves.

—¿Qué hay en el paquete? —preguntó Yu-Lan con mirada ansiosa.

—No es asunto tuyo —dijo Blackie—. Tienes que ir en seguida. Es una cuestión muy urgente.

Yu-Lan vaciló, después viendo que no estaba de humor para tolerar una desobediencia, salió a buscar el canasto de compras.

Blackie volvió a la oficina. Terminó el whisky y le sintió menos nervioso. Se paró cerca de la ventana observando cómo Yu-Lan caminaba por la calle hacia el restaurante de Fat Wo. Nadie la siguió. El hombre del Citroën seguía fumando. Blackie esperó en la ventana. Veinte minutos después, vio volver a Yu-Lan, con la canasta llena de verdura. La esperó en la puerta del club.

—¿Lo trajiste? —preguntó.

Yu-Lan depositó la canasta, levantó algunas verduras y sacó un paquete muy bien envuelto en papel madera y atado con un piolín.

—¿Qué está pasando? —preguntó Yu-Lan—. Estoy preocupada. Estás planeando algo. ¿Puedo saber de qué se trata?

Tomó el paquete.

—No —le dijo—. Es un asunto de hombres.

Volvió a la oficina, cerró la puerta y le puso llave, después abrió el paquete. Le gustó la automática 38 con el gran silenciador. Controló la cámara, después se acercó a la caja fuerte, y guardó el arma adentro.

Dos días más, pensó, antes de tener los diamantes. Le parecía que eran una eternidad. Volvió a acercarse a la ventana y espió por entre la persiana. El Citroën seguía allí.

Mientras vigilaba al coche y se preguntaba qué podría significar esa actitud policial, el inspector Ngoc-Linh estaba parado ante el escritorio del coronel On-dinh-Khuc, dando un informe respecto al policía encontrado muerto en una zanja del camino de Thudaumot.

Eran las quince y media. El cadáver del policía acababa de ser encontrado. Había desaparecido desde que salió del puesto policial a las veintidós y media de la noche anterior. Se le había encargado que vigilara el coche de Blackie Lee. El inspector no se podía explicar si lo mataron los bandidos o si lo mató Jaffe.

El coronel no tenía interés en el policía muerto.

Durante la mañana había mantenido una conversación inquietante con Lam-Than. Este le advirtió que le estaban moviendo el piso. Uno de los espías de Lam-Than en

la presidencia le había contado que el grupo que hacía oposición al coronel había convencido finalmente al presidente para que tomara medidas contra él. Para fines de la semana ya no sería Jefe de la Policía de Seguridad. Lo hubieran destituido inmediatamente pero el hombre que debería reemplazarlo estaba en París, y hasta que no volviera dentro de tres días, no se podría tomar ninguna medida contra el coronel.

¡Tres días! pensaba el coronel mientras escuchaba el informe del inspector. Si el rumor era cierto, sólo tenía tres días más para conseguir los diamantes y salir del país.

—¿Dónde está la *taxi-girl*? —dijo—. ¿Hasta cuándo tengo que esperar?

—La muchacha volverá a su casa a las dieciocho —contestó el inspector—. A las dieciocho y diez, señor, estará en esta habitación.

El coronel se quedó mirándolo, le brillaban los ojos.

—Tendrá que ajustarse a esa declaración —dijo—, la muchacha no está aquí a las dieciocho y diez, usted lamentará haber nacido.

Hubo una pausa, luego el inspector agregó:

—Ese hombre, Blackie Lee, llevó a su hermano al aeropuerto esta mañana. El hermano viajó a Phnom-Phen. Tiene pasaje de vuelta y llegará aquí mañana por la mañana. Esos dos hombres saben algo de Jaffe. Respetuosamente le sugiero que ahora deben arrestarlos e interrogarlos.

El coronel sacudió la cabeza.

—Todavía no —le dijo—. Tráigame la muchacha. Ella me dirá lo que quiero saber. Tráigame la muchacha.

CAPÍTULO XIII

1

NHAN SE DESPERTÓ de un sueño pesado. Se quedó acostada sin hacer ningún movimiento mirando al cielo raso de madera mientras escuchaba el lejano ruido de la gente y de algún coche que pasaba frente a la casa.

En el cuartito hacía mucho calor. Se sentía soñolienta y tranquila. Dio vuelta la cabeza para mirar a Steve que dormía a su lado. Entonces moviéndose despacito para no despertarlo, se incorporó para mirar el reloj pulsera que dejara en la mesa de al lado. Eran las dieciséis. Volvió a acostarse con un suspiro de satisfacción.

El ómnibus para Saigón salía a las diecisiete y quince minutos. La dejaría en el Mercado Central a las dieciocho menos cinco. Estaría de vuelta en su casa a las dieciocho para preparar la comida de sus hermanos.

Por el momento los temores la habían abandonado.

La habilidad amorosa de Jaffe le había satisfecho el cuerpo y relajado la mente.

Estiró las piernas desnudas con otro suspiro de satisfacción y colocó las manos sobre sus pechos, apretando los codos contra la delgada cintura.

Steve se movió. Abrió los ojos, pestañeó y luego al ver que Nhan lo observaba, le sonrió.

—Hola, Mrs. Jaffe —le dijo y le tomó una mano—. ¿Qué hora es?

Nhan lo miró con adoración. Jaffe no había podido decirle nada más lindo que ese sencillo «Hola, Mrs. Jaffe».

—No son más que las dieciséis.

Jaffe le pasó un brazo por debajo de los hombros y la acercó a él.

—Cómo estaré de contento cuando salga de aquí —le dijo, acariciándola ausente—. Treinta y una horas más. Es realmente extraño cómo en unas pocas horas más puede cambiarle a uno toda la vida. Dentro de treinta y una horas tú y yo estaremos en un helicóptero. ¿Subiste alguna vez a un helicóptero?

—No.

—Yo tampoco. Será la primera de muchas nuevas experiencias que vamos a compartir juntos —vio asomar en sus ojos la expresión preocupada y sacudió la cabeza, sonriéndole—. Lo primero que voy a hacer cuando llegue a Hong Kong es buscar un abogado para arreglar el problema de tu familia. ¿Estás preocupada por ellos, verdad?

—Un poco. Van a estar tristes cuando los deje.

—Ya se les pasará —se quedó callado unos instantes, después agregó—: ¿Por qué no cambias de idea, te quedas aquí conmigo? Tu abuelo puede ir y decirles que te has

ido para casarte conmigo. Le daré dinero para un taxi. Vamos, Nhan, decídetelo. Tratemos de conocernos mejor. Tendremos treinta y una horas para pasarlas conversando en este cuartito. Nos conoceremos mucho mejor después de treinta y una horas de conversación, ¿no te parece?

—Sí.

Estaba tentada de quedarse. Es extraño, pensó, cuando estoy con él, no estoy asustada. Con él, sosteniéndome, puedo creer que realmente iré a Hong Kong y me alojaré en el mejor hotel y que tendré un auto para mí y el collar de perlas que me prometió. Aunque lo único que de veras me interesa es él.

Luchó contra la tentación de quedarse. Sus tres hermanos no lo querían al abuelo. Nunca supo bien por qué. No mejoraría las cosas que el abuelo fuera a verlos para decirles que ella se iba de Saigón y no la verían durante mucho tiempo. Contaban con ella. Les faltaría mucho. Era su deber explicarles ella misma por qué se iba.

—Tengo que ir, Steve —le dijo mirándolo ansiosa—. Quiero quedarme, pero como me voy a ir a vivir contigo, no sería correcto que no se lo dijera yo misma.

—Me parece que tienes razón —Jaffe se inclinó y la besó—. Eres una muchachita encantadora Nhan. Te admiro porque eres capaz de sentir de esa manera. Yo no podría, no soy así.

—Eres muy bueno.

—No, no lo soy —contestó Jaffe frunciendo el ceño—. Estoy enamorado de ti. No fui bueno contigo mientras no supe que te quería. Ahora me es fácil ser bueno contigo, pero no con los demás —se levantó de la cama y se puso los shorts, después acercándose al bolsón que estaba en el piso sacó la cajita de cinta de máquina de escribir y volvió con Nhan—. No te muevas —dijo, y abriendo la cajita, con mucha suavidad le puso los diamantes en el hueco pequeño entre los pechos.

Nhan levantó la cabeza y miró las piedras que relucían como luciérnagas contra su piel oscura. Eran muy fríos, y Nhan contuvo un escalofrío cuando Jaffe con mucho cuidado los movía con los dedos, formando con ellos un pequeño dibujo.

—Son estupendos, ¿no? —le dijo—. ¡Míralos! Sentiré venderlos. Guardaré el mejor para mandarte hacer un anillo.

El sentir los diamantes sobre la piel le produjo la misma sensación de horror que sintiera una vez cuando acostada en el pasto, una culebra se le trepó sobre las piernas desnudas. Entonces, se levantó de un salto, gritando. Ahora, al ver el placer que le proporcionaba a Jaffe el verlos allí, dominó el horror y controló el impulso de quitárselos y gritar.

Pero no pudo ocultar la repentina tensión de sus músculos, y Jaffe, asombrado, los recogió y los volvió a guardar en la cajita.

—Me pregunto si alguna vez aprenderé a comprenderte, Nhan —le dijo—. De pronto estás feliz y tranquila y al instante siguiente estás asustada hasta la médula.

Me gustaría saber qué pasa entonces por tu cabecita.

Se frotó con las manos como si tratara de quitarse la sensación de los diamantes.

—Yo también me pregunto a veces qué pasa por tu cabeza, Steve.

—Me lo imagino —miró las piedras antes de ponerle la tapa a la cajita—. Estas piedras me producen más placer que cualquier otra cosa en el mundo... excepto tú.

—Me alegro.

Se levantó de la cama. No podía soportar seguir hablando de los diamantes ni un minuto más. Si no hubiera sido por esas piedras relucientes, Haum Seguiría con vida y a ellos dos no les estaría sucediendo esa pesadilla que les sucedía.

—Tengo que vestirme. No quiero perder el ómnibus.

—Hay tiempo —se estiró en la cama y encendió un cigarrillo mientras la observaba vestirse. Cuando Nhan se acercó al espejo para peinarse, le dijo—: ¿Has comprendido lo que debes hacer, Nhan? No debes cometer ningún error. Blackie te irá a buscar mañana a las veintidós. Te traerá al viejo templo. Yo estaré allí a las veintitrés. No traigas muchas cosas... basta con una valijita. Cuando llegemos a Hong Kong te compraré todo lo que quieras.

—Comprendo.

Guardó el peine en la cartera, después sacó de la misma un objeto pequeño y se acercó a Jaffe. Se sentó en el borde de la cama, mirándolo muy seria.

—Quiero que guardes esto hasta que volvamos a vernos.

—¿Qué es?

Le tomó la mano y le puso el objeto allí. Frunciendo el ceño, acercó la mano para examinarlo. Era Buda chiquito tallado en marfil.

—Pertenece a mi padre —dijo Nhan—. Te protegerá. Es muy poderoso, Steve. Guárdalo. Mientras lo tengas, no te sucederá nada malo.

Lo emocionó la sencillez de su fe.

—Lo guardaré —le contestó. No se le ocurrió que Nhan hacía un gran sacrificio al entregarle el Buda. Durante toda su vida había tenido esa talla de marfil. Contaba con ella para alentarse; al dársela se desprendía de lo más valioso e importante que poseía. Jaffe puso el Buda en la mesa al lado de su reloj—. Bueno, chiquita, no será por mucho tiempo —se sentó rodeándola con un brazo—. Te estaré esperando. No te pongas tan seria. Todo va a salir bien.

—Sí. Tengo que irme —le tocó la cara con los dedos, luego inclinándose hacia adelante lo besó en la boca—. Adiós, Steve.

La acompañó hasta la puerta.

—Hasta dentro de treinta horas y cuarto —dijo y le sonrió—. Hasta entonces querida —la abrazó, luego dio un paso atrás y la observó bajar la escalera.

Nhan no miró hacia atrás.

Jaffe se acercó a la ventana y la vio alejarse por el camino polvoriento. Admiró su

porte elegante y la forma en que sostenía la cabeza.

Durante el viaje de vuelta a Saigón, la mente de Nhan se transformó en un tormento de miedo, aprensión e indecisión. Sin la fortaleza y la confianza de Steve para apoyarla, se sentía perdida y terriblemente sola.

Después de preparar la comida para sus tres hermanos, se dijo, iría a la pagoda de Dakao y pasaría la noche en oración. Encendería cuatro velas. Deseaba ahora no haberle dado su Buda a Steve. No creía que lo valorara, y sin él se sentía perdida.

Estaba contenta de que por fin el ómnibus estacionara en el Mercado Central. Caminó por la calle repleta de vendedores de comida ofreciendo sopa china, jugo de caña de azúcar y pasas. Un vendedor le tendió una culebra, sonriendo burlón cuando Nhan se apartó de un salto dando vuelta la cabeza y apurando el paso.

El sol de la tarde era fuerte. En la calle repleta de ruidosos automóviles, *pousse-pousse* y bicicletas se producía un movimiento estridente que destrozaba los nervios.

Al acercarse a la casa de departamentos no notó el Citroën negro estacionado a pocos metros de distancia de la casa. En el coche estaba sentado el inspector Ngoc-Linh y a su lado un detective de particular. Los dos hombres fumaban. El inspector miraba preocupado el reloj. Eran las dieciocho y un minuto.

Los dos hombres observaron cómo Nhan entraba a la casa de departamentos y se miraron.

—Puede ser ella —dijo el inspector y bajó del auto—. Espere aquí.

Nhan subió corriendo la escalera hasta el segundo piso. Se detuvo un momento frente a la puerta del departamento para tranquilizarse. No debía asustar a sus hermanos. Iba a ser muy difícil explicarles que se iba. Debería convencerlos bien de que así era muy feliz. La querían mucho. Si se convencían de que era realmente su felicidad, no les importaría mucho que los dejara.

Intentó ensayar una sonrisa. Los músculos de su cara estaban tan tensos que la sonrisa resultó dolorosa. Giró el pestillo, empujó la puerta y penetró al living.

La vista de un hombre extraño en medio de la habitación la hizo detenerse en seco. En el cuarto no había nadie más. No necesitó que le dijeran que ese hombre era de la Policía de Seguridad. La pobre vestimenta europea, el rostro inexpresivo, la expresión brillante y alerta de los ojos no podían pertenecer sino a un miembro de la Policía de Seguridad.

Se quedó parada, con la sensación de que al corazón le faltaba sangre y que su cuerpo se helaba.

—¿Usted es Nhan Lee Quon? —preguntó el hombre con voz dura e impersonal.

Trató de decir algo pero no pudo articular ningún sonido. Tuvo conciencia de unos pasos rápidos por el corredor, luego el inspector Ngoc-Linh entró a la habitación.

Lo reconoció. El inspector era muy conocido en Saigón. Recordó lo que le había

dicho el hombre que decía la buena ventura. *Los dos próximos días serán los más críticos de su vida.*

—¿Usted es Nhan Lee Quon? —preguntó el inspector mirándola—. ¿Es *taxi-girl* en el *Paradise Club*?

—Sí.

Obligó a salir de sus labios a esa palabra.

—Tendrá que venir conmigo —agregó el inspector.

Señaló hacia el detective quien se adelantó y abrió la puerta. Salió al corredor y quedó esperando.

—¿Dónde está mi madre? —preguntó Nhan.

El inspector se acercó a la puerta del dormitorio.

—Venga conmigo.

—¿No puedo ver a mi madre y a mis hermanos? —preguntó Nhan.

—Ahora no, después —la tomó del brazo y la sacó del cuarto.

El detective iba delante. Nhan lo seguía, y el inspector cerraba la fila.

A Nhan le costó bajar la escalera. Temblaba con violencia. En un momento dado se tambaleó y el inspector la tomó del brazo. Siguió sosteniéndola hasta que llegaron al hall, luego la soltó.

El detective encabezaba la marcha hacia el auto y abrió la puerta posterior. Nhan entró al coche y el inspector se sentó a su lado.

Varias personas se detuvieron a mirar. Sabían que el coche pertenecía a la Policía de Seguridad. Se preguntaban qué harían con Nhan los detectives.

El coche arrancó y se encaminó rápidamente hacia las oficinas de la Policía. Eran las dieciocho y diez.

Nhan estaba acurrucada en un rincón. Su mente estaba paralizada por el terror. ¿Qué le pasaría ahora? ¿Volvería a ver a Steve alguna vez?

El coche sólo demoró dos minutos en llegar a la Policía. En cuanto el coche estacionó en el patio, el inspector bajó.

—Venga —dijo.

Nhan salió. Sentía las piernas tan débiles que se hubiera caído si el inspector no la toma del brazo. La hizo cruzar una puerta, recorrer un pasillo, empujándola con rudeza hacia adelante.

Al final del corredor había una puerta. El inspector golpeó la puerta, la abrió y empujó a Nhan dentro de la oficina del coronel On-dinh-Khuc.

El coronel sentado frente al escritorio, esperaba. Al lado de la ventana en otro escritorio estaba Lam-Than ocupado con un legajo de papeles. Ni se molestó en levantar la vista cuando Nhan entró.

Nhan se quedó mirando al coronel, sintiendo sobre la piel el escozor del terror.

El inspector la empujó hasta frente al escritorio.

—Nhan Lee Quon —dijo.

El coronel miró su reloj pulsera. Eran las dieciocho y catorce minutos.

—Llegó tarde —dijo.

El inspector no contestó nada. Hubo una pausa, después el coronel con la mano le hizo señas de que se retirara. El inspector salió de la habitación, cerrando con suavidad la puerta.

El coronel se quedó un momento mirando a Nhan, luego se echó hacia adelante, apoyando las manos gordas sobre el secante.

—¿Usted es Nhan Lee Quon?

Nhan asintió con la cabeza.

—¿Trabaja como *taxi-girl* en el *Paradise Club*?

Volvió a asentir con la cabeza.

—¿Tiene relaciones con un americano, Steve Jaffe?

El corazón se le encogió. Al escuchar el nombre de Steve recuperó valor. Por primera vez desde que había entrado al departamento y encontrado al detective, su mente empezó a funcionar. Ese hombre sentado frente al escritorio, quería saber dónde estaba Steve. Tendría que tener mucho cuidado con lo que decía. Le ocurriera lo que le ocurriese ese hombre no debía encontrar a Steve.

—Sí.

—¿Cuándo lo vio por última vez?

Vaciló, luego dijo:

—El domingo por la noche.

—¿No lo vio desde entonces?

—No.

—¿Ahora dónde está?

—No sé.

El coronel hizo un movimiento de impaciencia.

—Le pregunté dónde está.

—No sé —esta vez no hubo cavilación.

—¿Dónde estuvo esta tarde?

Cuidado, Nhan, se dijo. Cuidado, mucho cuidado.

—Salí a caminar.

—¿Adónde fue?

—A caminar no más.

El coronel buscó un cigarrillo. Lo encendió mientras miraba fijo a la joven.

—Escúcheme —le dijo—. Sé que me está mintiendo. Trato de encontrar al americano. Usted sabe dónde está. Si me lo dice, cuando lo hayamos encontrado, la soltaré y podrá volver a su casa. Si no me lo dice la obligaré a hablar. Para el Estado es importante encontrar al americano. Para el Estado no tiene ninguna importancia lo

que le pase a usted. Hay muchos modos para hacer que la persona más obstinada nos diga lo que queremos saber. Se evitará muchos sufrimientos si nos dice la verdad ahora en seguida. Si es obstinada, la pondré en manos de hombres que son especialistas en hacer hablar a la gente. ¿Ha comprendido?

Dentro de veintinueve horas, pensó Nhan, Steve estará a salvo. Si puedo guardar silencio hasta entonces, ya no lo podrán alcanzar. ¡Veintinueve horas! El pensamiento de esas largas horas que se extendían frente a ella como una eternidad la llenó de fría desesperación.

—¿Ha comprendido? —preguntó el coronel.

—Sí.

—Muy bien —se echó todavía más hacia adelante—. ¿Dónde está el americano Jaffe?

Nhan levantó la cabeza y miró fijo esos ojos negros que la miraban.

—No sé.

El coronel aplastó el cigarrillo, luego apretó un timbre que había en un costado del escritorio.

Hubo una larga pausa mientras el coronel empezó a revisar unos papeles, que tenía sobre el escritorio. Lam-Than se levantó y le trajo el legajo. Lo puso muy cerca de la mano del coronel.

—No necesita más que firmarlo, señor —dijo—. No tiene mayor importancia.

Nhan sintió que le corrían las lágrimas. Se las enjugó con el dorso de la mano. El ruido de una puerta al abrirse la hizo endurecerse. Los dos hombrecitos que ahogaron a Dong Ham en un balde de agua, entraron. Se detuvieron en cuanto entraron, esperando.

El coronel firmó el papel y le tendió el legajo a Lam-Than quien volvió a su escritorio, luego miró a los dos hombrecitos.

—Esta mujer tiene información que necesito rápido —dijo—. Llévensela y destruyan su obstinación. Apúrense, pero cualquier cosa que le hagan para hacerla sufrir, fíjense bien que no se muera.

Cuando los dos hombrecitos se le acercaron, Nhan empezó a gritar.

2

El coronel On-dinh-Khuc estaba concluyendo de comer su comida de Cha Gio y carne de cangrejo rociada con vino chino tibio. De cuando en cuando echaba una mirada al reloj de oro del escritorio. Eran las veintiuna y veinte.

Hacía tres horas que la mujer estaba en manos de sus hombres. Le sorprendía el hecho de que la información que esperaba no se le hubiera suministrado todavía.

Hasta ahora sus hombres fueron capaces de obtener información de sus víctimas con mucha rapidez. La espera lo irritaba, pero tenía mucha confianza en sus hombres. Era esa mujer y su ridícula obstinación lo que lo irritaba. Hizo una mueca gruñona. Bueno, estaría pagando caro la obstinación. Sus hombres no tenían piedad. No le hubiera gustado ser la mujer que tenían en sus manos.

Puso de lado el tazón y alcanzó una manzana. La lustró contra la manga antes de clavarle los dientes. Masticaba lentamente, saboreando el gusto de la manzana cuando oyó un golpecito en la puerta y entró Lam-Than.

—La mujer está ahora dispuesta a hablar —dijo—. ¿Quiere interrogarla personalmente?

El coronel dio otro mordisco a la manzana.

—Se ha demorado bastante, ¿qué grado de severidad se utilizó?

—El máximo —contestó Lam-Than—. Sabiendo que usted quería la información rápido, se la sometió a continua presión. Ha cedido hace unos momentos.

El coronel terminó la manzana, después empujó la silla hacia atrás y se levantó.

—La interrogaré yo mismo —dijo—. Vamos. Salieron de la oficina, caminaron por un corredor y bajaron un tramo de escalera hasta la habitación donde se interrogaba a los prisioneros.

Era un cuarto pequeño: las paredes y el piso eran de azulejos blancos. Una mesa de metal, con las patas engrampadas al piso, estaba ubicada debajo de una poderosa lámpara que colgaba del techo.

Nhan estaba acostada sobre la mesa, las muñecas y los tobillos sujetos con correas. Los ojos estaban cerrados. El rostro demacrado y ojeroso era de un color amarillo verdoso. Respiraba con dificultad con suspiros temblorosos y cortos.

Los dos hombrecitos estaban acurrucados uno al lado del otro lejos de la joven. Los dos parecían cansados y aburridos. Se levantaron cuando entró el coronel.

Este se acercó a Nhan y se quedó mirándola.

—¿Bueno? ¿Dónde está el americano Jaffe?

Nhan abrió los ojos lentamente: estaban empañados como si sólo estuviera a medias consciente. Balbuceó algo que el coronel no alcanzó a oír.

Uno de los hombrecitos se le acercó y le dio una cachetada. Abrió los ojos más grandes y pareció reaccionar algo. Las lágrimas le corrían por la cara.

—¿Dónde está el americano Jaffe?

La continua tortura a que la habían sometido y la agonía resultante le advirtieron a Nhan que una posterior resistencia estaba fuera de la cuestión. Podría, se dijo, ser capaz de no hablar durante una hora, más quizás, pero antes o después, a menos que consiguiera un respiro, se entregaría y traicionaría a Steve. Sufriendo y resistiéndose ya le había ganado tres horas, pero las veintiséis horas restantes que se extendían por delante antes de que Jaffe estuviera a salvo, lo sabía muy bien, eran una prueba

imposible de soportar; tenía que ganar tiempo. Tenía que «Convencer a ese hombre que se inclinaba sobre ella de que Steve estaba en alguna parte lejos de Thudaumot». Mientras lo fueran a buscar a ese lugar, ella podía llegar a reponer fuerzas para resistir el nuevo ataque a su cuerpo tembloroso.

—En Dalat —susurró y cerré los ojos.

Algunos meses antes Steve la llevó a pasar un fin de semana a Dalat: un punto de veraneo en las montañas donde la gente iba para escapar del calor de la ciudad. Lo recordaba lo suficiente como para poder mentir al respecto.

—¿Dónde en Dalat? —preguntó el coronel de mal modo.

—En una casa.

—¿De quién es la casa?

—De un americano.

—¿Dónde queda esa casa?

—Es la tercera al lado de la estación de ferrocarril; tiene el techo colorado y un portón amarillo —dijo Nhan manteniendo los ojos cerrados, aterrada de pensar que se dieran cuenta de que mentía.

El coronel hizo una profunda inspiración.

—¿Está ahí ahora?

—Sí.

El coronel se inclinó más sobre Nhan, los ojitos le brillaban. Murmuró de manera que sólo Nhan pudiera oírle.

—¿Tiene ahí las piedras?

—Sí.

El coronel se enderezó.

—Vamos —le dijo a Lam-Than—. Ya he perdido mucho tiempo. Voy a Dalat inmediatamente.

Lam-Than miraba a Nhan.

—Puede haber mentido para ganar tiempo —dijo.

El rostro del coronel se ensombreció.

—¡No se atrevería! ¡Si ha mentido la voy a hacer pedazos! —Agarró con fuerza un brazo de Nhan y la sacudió.

—¡Escúcheme! —gruñó el coronel—. ¿No me está mintiendo? Mejor es que me diga la verdad. Si descubro que ha mentido, se va a arrepentir.

Nhan sacudió la cabeza débilmente.

Se forzó para decir con voz temblorosa:

—Es la verdad. Está en Dalat.

El coronel apartó al hombrecito.

—No miente —dijo—. Ya le dieron bastante. Ha sido una estúpida en resistirse tanto tiempo —empezó a dirigirse hacia la puerta, luego se detuvo y miró a los dos

hombrecitos—. Denle agua y déjenla descansar. Apaguen la luz. Estaré de vuelta dentro de unas diez horas. Entonces decidiré qué se hará con ella.

Nhan empezó a sollozar en forma convulsiva. ¡Diez horas! Diez horas de descanso y todavía diez y seis horas más para soportar; ¿podría mantenerse?

De vuelta en la oficina, el coronel le dijo a Lam-Than que llamara al inspector Ngoc-Linh.

—Voy a ir con él a Dalat —dijo el coronel—. Cuando matemos al americano y tenga los diamantes, eliminaré al inspector. Diré que el americano le disparó un tiro y que tratando de defender al inspector, me vi obligado a matar al americano.

—Puede que no encuentre allí al americano —dijo Lam-Than—. Sigo pensando que pudo mentirle.

—Estará allí —gruñó el coronel—. Su pesimismo me cansa. La muchacha no mentía.

Lam-Than se inclinó. No estaba convencido. Salió a buscar al inspector.

CAPÍTULO XIV

1

TOMÓ cinco horas de difícil manejo llegar a Dalat camino era malo, y aunque el coronel siempre estaba urgiendo al inspector para que manejara más ligero, el inspector fue impedido por la oscuridad y lo desaparejo del camino.

Llegaron a la estación de Dalat a las dos de la mañana. Al coronel le tomó una media hora convencerse que cerca de la estación no había ninguna casa de techo colorado y portón amarillo.

La violencia de su furia al darse cuenta de que Nhan le había mentido hizo que el inspector retrocediera. Fue una suerte para Nhan que esa furia casi anormal le impidiera razonar. Su único deseo era volver a Saigón lo más rápido posible para ponerle manos encima a esa mujer que se había atrevido mandarlo a una caza estúpida. Si se hubiera detenido a pensar, habría ido hasta el puesto policial telefonado a Lam-Than diciéndole que recomenzaran inmediatamente a torturar a Nhan, pero no estaba en condiciones de pensar nada.

Volvió al coche y le gritó al inspector que regresara a Saigón. El inspector manejaba lo más rápido e se atrevía, pero no era suficiente. De pronto, el coronel le gritó que parara y le dejara el volante. Cambió de lugar y durante los siguientes cuarenta kilómetros el inspector estuvo sentado tieso de miedo mientras el auto rugía como loco por el camino sinuoso a una velocidad que invitaba al desastre.

No pasó mucho tiempo antes de que ocurriera el accidente. Al salir de una curva cerrada a una velocidad imposible, el auto de repente patinó, reventó a cubierta y se estrelló contra la montaña.

Aunque los dos hombres se golpearon bastante, ninguno se hirió. Les tomó algunos minutos recobrase. Al revisar el coche se encontraron con que estaba destrozado sin remedio.

El accidente ocurrió en un tramo solitario del camino. El inspector sabía que esa hora de la madrugada no existía ninguna posibilidad de que pasara por allí algún coche. El puesto policial más cercano quedaba a treinta kilómetros. No se podía hacer otra cosa que sentarse al borde del camino y esperar al primer coche que viniera desde Dalat.

Los dos hombres estuvieron sentados siete horas antes de que un Citroën viejo y destartado, manejado por un campesino chino, apareciera trepando con dificultad el camino de la montaña. Ya eran las diez y el calor del sol hacía desagradable la espera.

Durante la espera el coronel no dijo ni una palabra al inspector. Estuvo sentado en una roca, fumando un cigarrillo detrás de otro, con tal expresión de crueldad en su

cara amarilla que al inspector le helaba la sangre en las venas.

Les tomó otras dos horas llegar al puesto policial en el destartalado Citroën. El inspector pidió por teléfono que le mandaran inmediatamente un coche veloz.

El coronel no envió ningún mensaje a Lam-Than. Quería entenderse ahora personalmente con Nhan. Ninguna otra cosa podía satisfacer la furia maligna que hervía en su interior.

Llegó a las oficinas de la Policía de Seguridad a las trece y media. Despidió al inspector y se dirigió a sus aposentos privados donde se dio una ducha, y se cambió el uniforme. Almorzó. La atmósfera que se desprendía de su furia reprimida y la expresión de su rostro aterrorizaron a los sirvientes.

Lam-Than, al oír que su amo había vuelto, entró al cuarto mientras el coronel estaba comiendo.

El coronel levantó la mirada. Con la boca repleta de comida, le gruñó:

—¡Salga de acá!

Asombrado por el brillo de locura en los ojitos inyectados en sangre, Lam-Than se apuró a salir de la habitación.

A las catorce y veinte, el coronel terminó el almuerzo. Se puso de pie. Con dedos torpes e inseguros, desabrochó los relucientes botones de la casaca que se quitó y colocó en una silla. Luego se acercó a la puerta, la abrió y con pasos cortos y pesados recorrió el corredor y bajó la escalera hacia el cuarto donde Nhan seguía atada con correas a la mesa.

Los dos verdugos seguían pacientemente acurrucados a cada lado de la puerta. En cuanto vieron al coronel se pararon.

—Esperen ahí —les dijo—, hasta que yo los llame.

Abrió la puerta y entró al cuarto, cerrando la puerta detrás de sí. La mano se acercó al botón de luz y la encendió.

Nhan cerró los ojos durante algunos segundos al golpearle la luz cruel y violenta. Luego vio al coronel parado a su lado, mirándola. La expresión de su rostro la hizo sentirse mal.

¡Steve! ¡Steve! pensó con impetuosidad. ¡Sálvame! ¡Por favor, sálvame!

Pero sabía que Steve no vendría. Ese era el momento que había estado esperando mientras seguía acostada en la oscuridad, sabiendo que llegaría, era el momento para el que había ganado tiempo, a ganar fuerzas para seguir callada.

Reforzó su voluntad.

No me hará hablar, se dijo. Aunque me haga lo que me haga, no hablaré. Quiero que Steve se vaya.

Quiero que sea feliz con su dinero. Oh, Steve, Steve, no me olvides. Piensa en mí algunas veces. Por favor, por favor, no me olvides.

Entonces, cuando el coronel se inclinó sobre ella y puso las manos encima,

empezó a gritar:

Del otro lado de la puerta, los dos verdugos habían vuelto a acurrucarse. El corredor estaba fresco y tranquilo. No había nada que los molestara pues el cuarto donde había entrado el coronel era a prueba de ruidos.

A las catorce y media, el Dakota que venía de Phnom-Phen llegó al aeropuerto de Saigón.

Blackie Lee estaba sentado en el coche esperando que su hermano pasara por el control de aduanas y inmigración. Tenía que hacer un esfuerzo consciente para no mirar hacia donde estaba estacionado un Citroën negro. El coche lo había seguido desde el club. Había identificado ahora a los dos detectives del auto. Sabía que eran de las oficinas de la Policía de Seguridad.

No estaba demasiado alarmado aunque encontraba poco desalentador que lo siguieran a cualquier parte donde fuera. Si tenían alguna acusación contra él, se hacía ese argumento, no perderían tiempo siguiéndolo. Lo arrestarían. Ya que había sobrevivido hasta entonces, no intentaría huir en avión. Al principio pensó que podría irse con Charlie y Jaffe en el helicóptero, pero eso no sólo significaría dejar el club sino también a Yu-Lan. Tenía demasiado dinero metido en el club para salir escapando al primer síntoma de peligro.

Charlie Lee salió del aeropuerto. Al acercarse hacia el coche de Blackie caminaba con el paso ligero de un hombre de éxito.

—¿Todo bien? —preguntó Blackie al abrirle la puerta.

—Todo muy bien —contestó Charlie—. No hay nada por qué preocuparse.

Blackie enfiló el coche hacia el camino. Echó una mirada por el espejito. El Citroën negro se movía lentamente en su seguimiento.

Manejó con cuidado hasta Saigón. No dijo nada a Charlie del coche que los seguía. Ya habría tiempo de hacerlo cuando estuvieran en el club. Escuchó el relato de Charlie sobre sus arreglos con Lee Watkins.

—No habrá ningún tropiezo —concluyó Charlie—. Es digno de fiar. ¿Conseguiste el revólver?

Blackie asintió con la cabeza.

—Cuando hayas descansado un rato —dijo—, creo que podrías ver a Nhan y hablar con ella. No le des muchos detalles, pero adviértele que esté lista a las veintidós. Asegúrate que no lleve muchas cosas. Estas chicas vietnamesas se aferran a sus pertenencias.

—Es una lástima que tengamos que molestarnos por ella —dijo Charlie.

—No podemos evitarlo. El americano no se irá sin ella. Estoy seguro.

El coche se detuvo frente al club. Cuando los dos hombres bajaron, Blackie notó que el Citroën ya había estacionado un poco más lejos. No se fijó que Yo-Yo los observaba desde la sombra de un árbol en la vereda frente al club.

Cuando los dos hombres al subir la escalera desaparecieron de su vista, Yo-Yo se paró y caminó como por casualidad, con las manos en los bolsillos, cruzó la calle y entró al club.

Había visto salir a Yu-Lan unos minutos antes que llegaran Blackie y su hermano. Se le ocurrió que el club estaría vacío, y que podría tener la oportunidad de escuchar alguna conversación entre los dos hombres que le diera la clave de lo que estaba ocurriendo.

Moviéndose silenciosamente, recorrió el club. No había nadie en el hall grande. En puntas de pie cruzó la pista hasta llegar a la puerta que daba a la oficina de Blackie. Podía oír voces. Apoyando el oído contra el tablero de la puerta, escuchó.

Blackie le estaba contando a su hermano que lo seguían los de la Policía de Seguridad. Charlie escuchaba con creciente alarma.

—No comprendo —decía Blackie—. Si tuvieran alguna prueba me arrestarían. No debe tener nada que ver con Jaffe. Debe ser por ese negocio de cambio dinero del mes pasado.

—Esto no me gusta —dijo. Charlie—. Creo que deberías irte conmigo esta noche. Puede no ser nada, pero no debes correr riesgos. En el helicóptero hay lugar para los cuatro.

—Yo también lo pensé, pero ¿qué le ocurrirá a Yu-Lan? Si me voy ahora, nunca la dejarán salir. Además, tampoco puedo abandonar esto. Antes de irme pienso venderlo. Tengo que intentarlo, Charlie.

—Podrías arrepentirte. Esto no me gusta.

—A mí tampoco. Hay tiempo. Tengo hasta las veintidós horas para decidirlo —hubo una pausa, luego continuó—: Tengo un millón de piastras en la caja fuerte, Charlie. Me parece mejor que te lleves ése dinero. Si resulta mal, Yu-Lan tendrá algo si puede seguir llegar a Hong Kong. ¿Me harás ese favor?

—Por supuesto —dijo Charlie—. Sigo pensando que deberías venir conmigo. Si han descubierto que sabes de las piedras, y donde se esconde Jaffe, te van despachar.

—Si lo supieran —contestó Blackie con frialdad—, estaría aquí hablando contigo. Esta noche te diré definitivamente qué voy a hacer. Mientras tanto, ¿quieres ir a ver a la chica? Tiene que estar lista las veintidós. No puede haber retrasos.

Charlie se puso de pie.

—Iré ahora —dijo—. Después cuando vuelva doré una siesta. No quiero tener sueño esta noche.

Yo-Yo se apartó silenciosamente de la puerta, la cara sucia y maligna ardiendo de excitación. Se ocultó detrás de una cortina que cubría la entrada a las oficinas.

Oyó salir de la oficina a Blackie y a Charlie. Blackie acompañó a su hermano hasta la entrada del club.

—No creo que les interese —dijo Blackie—, pero fíate bien que no te sigan.

Cuando su hermano bajó las escaleras Blackie volvió a la oficina. Por entre las persianas miró a la calle. Los dos detectives seguían sentados en: el Citroën. Vio alejarse a su hermano caminando a paso vivo. Nadie pareció prestarle atención.

Un leve ruido a sus espaldas le hizo mirar rápido por sobre el hombro.

Yo-Yo estaba parado en la puerta, sonriéndole. Blackie tuvo un repentino presentimiento de peligro. ¿Cuánto tiempo haría que esa rata estaba en club? ¿Habría oído algo?

—¿Qué quieres?

—Estuve escuchando, Mr. Blackie —dijo Yo-Yo—. Quiero el millón de piastras que tiene en la caja fuerte. Si no me lo da les diré a esos detectives que usted sabe donde está Jaffe. Ya sabe lo que le harán si les digo eso.

Blackie miró pensativo a Yo-Yo. Era un muchacho delgado pero fuerte, pero Blackie sabía que en cuanto pusiera las manos encima a Yo-Yo podría dominarlo fácilmente. Tendría que matarlo. No le quedaba otra alternativa. Además ya antes había tomado la decisión de que más tarde o más temprano tendría que matar al muchacho.

—¿Qué millón de piastras? —preguntó, Y moviéndose empezó a acercársele—. ¿De qué estás hablando?

Yo-Yo con la rapidez de una serpiente sacó un cuchillo del bolsillo posterior. La hoja larga y reluciente atemorizó a Blackie.

—No se acerque —dijo Yo-Yo—. Déme el dinero.

La cara de Blackie empezó a traspasar. La vista del cuchillo lo llenó de miedo. Entonces recordó el revólver que tenía en la caja fuerte. Tenía silenciador. Abriría la caja, como si fuera a sacar el dinero, entonces tomaría el revólver, se daría vuelta y tiraría.

Hizo como si vacilara. Se quedó inmóvil mirando a Yo-Yo.

—¡Rápido! —dijo Yo-Yo—. ¡Déme el dinero!

Blackie levantó los hombros con resignada rendición. Sacó del bolsillo la llave de la caja, atravesó la habitación y abrió la caja fuerte. Tenía que arrodillarse para sacarlo. Sus espaldas grandes ocultaban sus movimientos. La mano se cerró sobre la culata del revólver cuando Yo-Yo silenciosamente se le acercó por detrás.

Cuando Blackie levantó el revólver y puso los músculos en tensión para levantar su cuerpo, un dolor intenso lo hirió en medio de la espalda. La mano soltó el revólver y Blackie cayó hacia adelanté. El dolor intenso se repitió cuando Yo-Yo volvió a darle otra puñalada.

Un poco antes de las cinco, sonó el teléfono en la oficina del Lam-Than. Con una exclamación de impaciencia, Lam-Than dejó la lapicera y levantó el tubo. Escuchó la voz excitada que le hablaba. Lo que oyó lo dejó rígido.

—¿Está seguro? —preguntó—. ¿No habrá ningún error? —siguió escuchando mientras la voz le retumbaba en el oído como un tambor, después dijo—: Muy bien —y cortó.

Se quedó sentado unos instantes mirando el escritorio, luego se puso de pie y se encaminó presuroso por el corredor que llevaba a la oficina del coronel On-dinh-Khuc. Golpeó y entró. En la oficina no había nadie. Se detuvo en la puerta, frunciendo el ceño mirando en derredor. Vio la chaqueta del coronel tendida sobre una silla y al momento se imaginó donde estaría.

Se apresuró en llegar al cuarto de los interrogatorios. Los dos verdugos, de guardia en la puerta, lo miraron como preguntando.

—¿El coronel está allí? —preguntó Lam-Than. Uno de ellos asintió con la cabeza.

Lam-Than hizo girar el pestillo de la puerta y la abrió. Entró al cuarto e inmediatamente cerró la puerta ante la mirada curiosa y asombrada de los dos verdugos.

Con un gruñido como de animal salvaje, el coronel dio vuelta y lo miró. La mirada de Lam-Than iba más allá del coronel hasta la mesa y su boca se apretó.

—¡Salga de acá! —rugió el coronel.

—Tiene que irse sin perder tiempo, señor —dijo Lam-Than, hablando lenta y claramente—. Hace media hora acaban de firmar una orden de arresto contra usted. Lo acusan del asesinato de esa mujer, My-Lang-To. El chofer del jeep que la mató ha confesado haberlo hecho por orden suya.

El coronel se inclinó hacia adelante y miró bien a Lam-Than. Repentinamente se aflojaron los músculos de su cara endurecida.

—No pueden arrestarme —gruñó—. ¡Nadie puede arrestarme!

—La orden de arresto está firmada por el presidente —dijo Lam-Than—. ¿Le dijo la muchacha dónde está escondido el americano?

El coronel se apoyó contra la pared. Parecía abrumado y derrotado.

—No lo comprendo —dijo, y en su voz había asombra e intriga—. Nada de lo que le hice la hizo hablar. Una mujer así... Quizás después de todo en realidad no lo sabía.

Lam-Than se encogió de hombros.

—Si puede llegar al aeropuerto de Bien Hoa tiene a posibilidad de alcanzar el avión a Phnom-Phen —le dijo—. No deben haber alertado al aeropuerto. Tiene que irse en seguida.

Mientras estaba hablando se oyó por el corredor ruido de pisadas y los dos

hombres se miraron.

Lam-Than se encogió de hombros. Se alejó del coronel como si se dissociara de él.

La puerta se abrió y apareció en ella el inspector Ngoc-Linh. Algo más atrás venían cuatro policías armados con rifles.

El inspector pasó su mirada del coronel al cuerpo tendido en la mesa. Sintió que el estómago se le apretaba de horror. Entonces se dio vuelta e indicó a los policías que entraron al cuarto. Señaló al coronel.

—Arresten a ese hombre.

Mientras los policías rodeaban al coronel, el inspector le dijo:

—En nombre de la República lo arresto por el asesinato de My-Lang-To. Se le acusará también del asesinato de esta mujer, Nhan Lee Quon —se volvió hacia Lam-Than—. Usted también queda arrestado como cómplice de los dos asesinatos —indicó a los policías—. Llévenselos.

El coronel On-dinh-Khuc se enderezó y se cuadró de hombros. Salió fuera de la habitación a la cabeza de su escolta. Lam-Than rengueaba detrás de él.

El inspector señalando a uno de los verdugos que estaba parado en la puerta, mirando, le dijo:

—Traiga una manta y cubra a esta mujer.

Cuándo el verdugo se retiró, el inspector se acercó a la mesa. Como era católico y todavía le quedaba algo de piedad, hizo la señal de la cruz sobre el cadáver de Nhan, luego dándose vuelta, salió del cuarto y cerró la puerta.

3

Charlie Lee parado en el vano de la puerta de la oficina de su hermano se quedó mirando sin poderlo creer el cadáver de Blackie caído frente a la caja fuerte abierta.

Pasaron algunos minutos antes de que se obligara a sí mismo a entrar al cuarto. Cerró la puerta y le puso llave, luego se inclinó sobre su hermano para cerciorarse de que estaba muerto.

La impresión lo hizo sentirse débil y viejo. Se acercó al escritorio y se sentó allí. Con la cara entre las manos lloró un rato. Blackie había sido parte de su vida. Se sintió entonces solo e indefenso. No podía imaginar un futuro sin su hermano.

Pero después de un rato, la impresión pasó. De pronto se dio cuenta de que muerto Blackie, no tendría que compartir los dos millones de dólares americanos, y que con esa suma de dinero, bien podría enfrentar la vida sin su hermano.

Poniéndose de pie se acercó a la caja fuerte y miró adentro. Vio el revólver y lo sacó. Una rápida mirada le dijo que el millón de piastras había desaparecido. Algún ladrón debió matar a Blackie para llevarse el dinero, pensó, pero no tenía objeto

lamentar esa pérdida.

Las cosas andaban mal ahora. Estuvo con el tío de Nhan quien le contó que la arrestaron y se la llevaron a las oficinas de la Policía de Seguridad para interrogarla. Esa información lo alarmó y se apuró en volver para advertir a su hermano que no sólo estaba en peligro el escondite de Jaffe sino que al mismo Blackie podrían ir a arrestarlo en cualquier momento. Charlie no dudaba que cuando la sometieran a torturas, la muchacha los traicionaría a todos. Todavía quedaba una pequeña posibilidad de apoderarse de los diamantes si actuaba con rapidez. Se llevaría el coche de Blackie y saldría inmediatamente para Thudaumot. Conduciría a Jaffe al lugar convenido de aterrizaje. Esperarían allí hasta que llegara el helicóptero. Estaba seguro de que sería fatal decirle a Jaffe que Nhan había sido arrestada. Le iría que Blackie la iba a llevar más tarde. Cuando llegara el helicóptero, trataría de convencer a Jaffe de que se fuera. Si no quería irse sin la joven, entonces tendría que matarlo ahí.

Charlie puso el revólver en el portafolio; el silenciador hacía imposible que se lo metiera en algún bolsillo.

Se detuvo para mirar el cadáver de su hermano. Le afligía pensar que Yu-Lan encontraría así a Blackie, pero no se atrevía a esperar que volviera. Le escribiría desde Hong Kong, se dijo, tratando de descargar sus remordimientos. La invitaría a que se fuera allí a vivir con él.

Llevando el portafolio debajo del brazo, salió del club y se dirigió hacia donde estaba estacionado el auto de Blackie. Echó una mirada al coche de la Policía que estaba más adelante. Los dos detectives lo miraron con indiferencia y siguieron leyendo el diario. Se preguntaba si lo seguirían, pero al alejarse lo que el Citroën ni se movió.

Llegó a Thudaumot a las diecisiete. Estacionó el coche cerca de la fábrica de laca y caminó hasta la casita de madera.

Desde la ventana Jaffe lo vio llegar. Charlie era lo suficientemente parecido a su hermano como para que Jaffe lo reconociera.

¿Qué estaría haciendo ahí a esa hora? se preguntaba Jaffe. ¿Andaría mal algo? ¿Habría un arreglo distinto?

El abuelo de Nhan había salido y Jaffe estaba solo en la casa. Bajó la escalera y abrió la puerta de calle.

Charlie entró, haciendo a Jaffe una pequeña inclinación.

—Soy Charlie Lee —dijo—. ¿Blackie le habló de mí?

—Sí. ¿Por qué ha venido? ¿Pasa algo?

—Tanto como eso, no —contestó Charlie; durante el viaje a Thudaumot, había ensayado cuidadosamente las mentiras—. Pero es necesario que se vaya inmediatamente, Blackie supo por un amigo que tiene en la policía que ya saben

donde está escondido usted. La policía viene en camino para arrestarlo.

Jaffe se puso rígido.

—¿Cómo lo descubrieron?

—Se lo explicaré después —contestó Charlie—. Debe irse inmediatamente. No hay que perder ni un minuto.

—¿Y Nhan dónde está?

—Está bien segura. Blackie se ocupa de ella. Se encontrarán con nosotros dentro de pocas horas. Si quiere llevar alguna cosa, por favor vaya a buscarla. Tengo el coche aquí. Debemos salir en seguida.

—¿Está seguro de que Nhan está a salvo?

—Por supuesto. Por favor, apúrese.

Jaffe vaciló, luego subió la escalera de a dos escalones por vez, entró al dormitorio y metió sus escasas pertenencias en el bolsón. Se metió el revólver de la policía dentro de la camisa. Se aseguró de tener la cajita de los diamantes en el bolsillo posterior, luego recogió el bolsón y se acercó a la puerta. Se detuvo para echar una última mirada.

En la mesita de al lado de la cama estaba el pequeño Buda de marfil de Nhan. Jaffe hizo una sonrisa burlona al agacharse para recogerlo y se lo llevó.

Nhan me dijo que mientras lo tuviera conmigo no me pasaría nada, pensó. Mejor es que me lo lleve. Es una muchachita supersticiosa, pero lo hace con la mejor intención.

Metió el Buda en el bolsillo de la camisa, luego se unió a Charlie en el hall.

—Espere aquí —dijo Charlie—. Voy a traer el auto hasta la puerta. Métase atrás y tírese al piso. No deben verlo.

Mientras esperaba que Charlie acercara el coche, Jaffe trató de tranquilizar su mente alarmada y de valorar las consecuencias de que ahora se conociera el lugar donde se escondía.

Con seguridad el abuelo y la familia de Nhan iban a sufrir.

¿Qué culpa tiene esta gente? pensó Jaffe. Soy un loco, un egoísta sinvergüenza. ¿De veras estará a salvo Nhan?

Charlie hacía sonar con impaciencia la bocina del auto.

No voy a poder despedirme del pobre viejo, pensó Jaffe mientras caminaba bajo el sol ardiente. Si tuviese un poco de vergüenza esperaría hasta que llegue para advertirle que se vaya.

Charlie había abierto la puerta posterior del coche. Con la mano llamaba a Jaffe.

—Venga rápido —decía.

Con una sensación de vergüenza, Jaffe corrió por el sendero y se trepó a la parte de atrás del coche. Se acostó en el piso del auto. Charlie cerró la puerta, luego apretó el acelerador y el coche salió disparando. Mientras el coche rugía por el camino

polvoriento hacia Ben Cat, Jaffe seguía pensando en Nhan. Faltaban todavía cinco horas y media antes de que llegara el helicóptero. En ese tiempo podían ocurrir muchas cosas.

Charlie tuvo que detenerse una o dos veces para consultar un plano. Le dijo a Jaffe que el lugar de aterrizaje no podía estar lejos, pero ya eran cerca de las diecinueve y había oscurecido bastante cuando por fin Charlie localizó el lugar exacto.

En seguida vio que era un buen lugar para ocultarse. Había una apretada franja de bambúes en forma de semicírculo antes de un abandonado campo de arroz que quemado por el sol se había transformado en una masa dura de barro negro, y era muy conveniente para el aterrizaje del helicóptero.

Árboles y matas ocultaban desde el camino el campo de arroz. A medida que el coche daba barquinazos sobre el suelo desperejo, unas mariposas negras y amarillas tan grandes como murciélagos se alzaban de entre los bambúes mientras unos airones revoloteaban asustados a través de un cielo que cada vez se oscurecía más.

Charlie detuvo el coche y bajó. Jaffe, con las piernas agarrotadas y doliéndole el cuerpo por haber viajado acurrucado, también bajó.

—Tenemos que preparar dos buenas hogueras —dijo Charlie—. El piloto puede tener dificultad en localizar el lugar. Cuando lo oigamos llegar, encenderemos las hogueras.

—Faltan todavía cuatro horas para que llegue —contestó Jaffe—. Hay mucho tiempo. ¿Cómo descubrió la policía que yo estaba en la casita del viejo?

—Alguien lo vio por la ventana —dijo Charlie recordando lo que Yo-Yo le contó a Blackie—. Ofrecieron una recompensa si les daban información sobre usted. El campesino que lo vio fue a reclamar la recompensa.

Jaffe se maldijo por haber sido tan descuidado.

—¿Pero ustedes cómo lo supieron? —insistió.

—Blackie tiene un buen amigo en la policía —le mintió Charlie.

—¿Y al viejo qué le van a hacer?

—No tiene por qué preocuparse por él. No le harán nada. El periódico donde se ofrecía la recompensa no circula en Thudaumot. ¿Cómo iba a saber que a usted lo buscaba la policía?

Jaffe se sintió más aliviado. Era la clase de noticias que ansiaba escuchar y por eso las aceptó en seguida.

—¿Y Nhan? ¿Dónde está?

—Está segura —dijo Charlie—. Está con Blackie. Cuando oscurezca Blackie la traerá —empezó a alejarse—. Debemos empezar a hacer las hogueras.

Los dos hombres se separaron y empezaron a buscar palos y pasto seco.

Mientras trabajaba, Charlie se preguntaba si podría convencer al americano de

irse sin Nhan. Era un riesgo. Podría negarse. Charlie se daba cuenta de que sería más seguro matarlo antes que llegara el helicóptero. No podría matarlo si Watkins estaba allí. Watkins podría hacerle chantaje por el resto de su vida.

Miró a través del campo de arroz hacia donde estaba trabajando Jaffe. La silueta maciza del americano se delineaba contra el cielo que oscurecía.

Charlie decidió que esperaría hasta que estuviera más oscuro, entonces buscaría el revólver, lo ocultaría a su costado y cuando estuviera cerca de Jaffe, le dispararía a quemarropa. Le diría a Watkins que el pasajero había cambiado de idea y no vendría.

Iría con Watkins a Kratie. Al día siguiente a esa hora ya estaría a salvo en Hong Kong con los dos millones de dólares en diamantes.

Se alegraba de tener que hacer la hoguera. Así no pensaba en Jaffe. Eran casi las ocho cuando los dos hombres concluyeron el trabajo. Para ese entonces estaba tan oscuro que Charlie tuvo dificultad en encontrar el coche.

Por el brillo rojo del cigarrillo podía ubicar a Jaffe que volvía cruzando el campo. Abrió la puerta del auto y tanteó el piso en busca del portafolio, pero no podía encontrarlo. Traspirando de repente por el pánico, entró al coche, encendió la luz del tablero y miró desesperado el piso, pero el portafolios no estaba allí. Hubiera jurado que lo había puesto en el piso antes de bajar del coche. A lo mejor se le había caído afuera cuando se bajó. ¡Se tenía que haber caído! Cuando salió del coche, Jaffe surgió de la oscuridad.

—¿Para qué ha encendido esa luz? —preguntó Jaffe—. Podrían verla desde el camino.

Charlie sintió que por la cara le corrían gotas de sudor frío.

—Si —dijo, tratando de hacerlo con voz firme—. Debí pensarlo.

Con mucho cuidado movía el pie sobre el suelo, tratando de localizar el portafolio, pero no sentía nada. Retrocedió unos pocos pasos y volvió a tantear el piso con el pie.

—¿A qué hora llegará Nhan? —preguntó Jaffe, dando la vuelta al coche para ponerse cerca de Charlie.

¿Y si el americano tropieza con el portafolio? pensó Charlie. El corazón le latía tan fuerte que se sintió embotado. Si lo recogía, a través del cuero delgado del portafolio notaría el revólver. Se adelantó, para acercarse a Jaffe antes que Jaffe llegara a la puerta del coche.

—No llegará tarde —dijo Charlie—. Estará aquí poco antes de las veintitrés.

Jaffe miró su reloj pulsera.

—Faltan cerca de tres horas de espera. Me parece que me voy a sentar en el auto.

—Por el otro lado —dijo Charlie retrocediendo para cubrir la puerta del lado del volante—. Estará más cómodo.

—Me gustaría tomar un trago —dijo Jaffe mientras empezaba a dar la vuelta al

coche para ubicarse en el asiento al lado del volante—. Va a ser una espera del demonio.

Charlie se inclinó y buscó apurado por el pasto con las manos. Estaba tan oscuro que no podía ver nada. La transpiración se le entraba en los ojos. Tanteó debajo del coche hasta donde pudo alcanzar pero las manos no encontraron el portafolio. Entonces de pronto oyó la voz de Jaffe que decía:

—Hola... ¿qué es esto?

Con una sensación de desvanecimiento, Charlie se dio cuenta de que con el pie habría empujado el portafolio hasta el lugar de al lado del volante.

¡Jaffe lo había encontrado!

Corrió dando la vuelta al coche.

—Es mi portafolio —dijo, la voz temblorosa de pánico—. Démelo, por favor.

—Espere un momento —la nota dura en la voz de Jaffe inmovilizó a Charlie—. Aquí hay un revólver. ¿Para qué lo quiere?

—Es del piloto —contestó Charlie con desesperación—. Se lo prestó a Blackie. Yo... yo le prometí devolvérselo. ¿Me lo devuelve por favor?

Jaffe estaba rígido de sospecha. Abrió el portafolio y sacó el revólver. Sus dedos recorrieron el caño largo del silenciador.

—¿Por favor, me lo devuelve? —repitió Charlie pero sin esperanzas.

—No. Se lo daré al piloto —contestó Jaffe—. No me gustan los revólveres tirados por ahí. ¡Entre al auto!

Moviéndose con lentitud como un viejo, Charlie abrió la puerta del coche y entró. Jaffe se ubicó en la parte de atrás.

—Quédese sentado sin moverse —dijo Jaffe—. Lo vigilaré.

Charlie podría haber llorado de desesperación. Durante los últimos quince años le había ido mal en todo lo que se metiera. Nunca había tenido suerte para nada ni para manejar sus negocios. Esto era una mala suerte aplastante. Si no hubiera tirado el portafolio...

—Es un arma apropiada para un asesinato —dijo Jaffe—. ¿Estaba pensando en asesinarme, no?

—Semejante idea nunca se cruzó por mi mente —dijo Charlie tratando de hablar con mucha dignidad—. ¿Por qué iba a querer asesinarlo?

—Quédese sentado y quédese quieto —dijo Jaffe—. Si hace algún movimiento repentino, le voy a tirar un tiro en la nuca.

Charlie se desplomó en el asiento, derrotado. Había perdido a su hermano, y con la más mala suerte había perdido el revólver. Estaba indefenso frente a la fuerza del americano. Ahora nunca podría apoderarse de los diamantes.

Mientras lo vigilaba, Jaffe tanteó el revólver. Estaba tratando de controlar un temor enfermizo que crecía en su mente. ¿Estaría de veras a salvo Nhan? Se seguía

preguntando. ¿Sería mentira esa historia del revólver del piloto? Si era un mentira y ese maldito chino había proyectado matarlo, entonces con seguridad algo le había pasado a Nhan.

Pero no podía hacer nada sino esperar a ver si llegaba. ¿Y si no llegaba? ¿Qué iba a hacer? ¿Qué podía hacer? Si iba a buscarla a Saigón, se metería en la boca del lobo, pero sin embargo, no podía soportar la idea de irse sin ella.

Las horas se arrastraban. Los nervios de Jaffe estaban tensos a punto de estallar mientras seguía mirando el reloj. Charlie se había quedado callado durante la espera. Ahora ya no le importaba nada. Todo cuanto quería era volver a su sórdido departamentito en Hong Kong y olvidar esa desastrosa aventura.

A las veintitrés menos veinte, Jaffe ya no pudo seguir callado.

—¡Maldito sea! —explotó de pronto—. ¿Dónde está Nhan? ¿Por qué no llega?

La violencia de la voz asustó a Charlie.

—¿Qué hora es? —preguntó tímidamente.

—Faltan veinte minutos para las veintitrés.

En un impulso Jaffe se inclinó hacia adelante y colocó el caño del revólver contra la nuca de Charlie.

—Escúcheme —le dijo maligno—. ¡Creo que me está mintiendo! ¡Creo que proyectó asesinar me para apoderarse de los diamantes! ¿Qué le ha pasado a Nhan? ¡Le voy a hacer añicos esa maldita cabeza si no me lo dice!

Parece tan exaltado que es capaz de hacerlo, pensó Charlie rígido de terror. Cuando se dé cuenta de que no llega, me matará.

—No vendrá —dijo con voz temblorosa—. No me animé a decírselo antes...

Jaffe le pegó en un lado de la cara con el caño del revólver. Cuando Charlie se agachó para protegerse la cara con las manos, Jaffe saltó del coche. Tiró el revólver en la oscuridad, y a tirones sacó del auto a Charlie sujetándolo de las solapas del saco.

—¿Qué le ha pasado a Nhan, amarillo hijo de perra? —le gritó—. Dígamelo o lo mato.

—La arrestaron ayer por la tarde —jadeó Charlie, tratando de recobrar la respiración—. La llevaron a las oficinas de la policía.

Jaffe soltó al hombrecito. Charlie trastabilló, luego de repente se sentó en el suelo. Se quedó allí, pestañeando frente a la inmensa silueta que estaba parada delante de él.

—¿A las oficinas de la policía? —repitió Jaffe.

Sintió un escalofrío por la columna vertebral. Muchas veces había oído comentarios sobre lo que le sucedía a la gente que llevaban a las oficinas de la policía. Era notoria la reputación de crueldad del coronel On-dinh-Khuc.

Pensó en lo que semejante hombre podría haberle hecho a Nhan. El pensarlo lo

hacía sentirse mal.

—¿Y Blackie? —preguntó, tratando de creer que a Nhan no podría haberle ocurrido nada malo.

—Blackie está muerto —dijo Charlie. Ahora ya nada le importaba—. Y la muchacha probablemente también ya esté muerta.

¡No, pensó Jaffe, no puede estar muerta! Nhan no puede haber muerto, pero tengo que encontrarla. Tengo que ir a Saigón. No puedo abandonarla. ¡Maldito sea, la quiero! Tengo que volver a rescatarla. Les ofreceré los diamantes en cambio. Para mi ella significa mucho más que todo cuanto tengo.

Pero no se movió. Seguía escuchando otra voz que hablaba en su mente.

¿Y si estuviera muerta? Volviendo, lo único que conseguirás es perder la vida. Y aunque no estuviera muerta, esto no es un argumento de película. No llegarás nunca a Saigón. Antes de llegar a las oficinas de la policía tendrás que pasar por tres puestos policiales, podrías quizás pasar uno, pero tres no. Yendo a Saigón estás cometiendo un suicidio.

Entonces oyó el lejano pero inconfundible ruido de un avión que se acercaba. Miró el reloj. Eran las veintidós y cincuenta. ¡El helicóptero era puntual! Se quedó mirando el cielo oscuro, el corazón le empezaba a golpetear de excitación.

Charlie también oyó el ruido. Se puso de pie vacilante.

—Mejor es que encendamos las hogueras —dijo. Caminó al principio poco seguro, luego más firme dirigiéndose hacia la hoguera. Se sostenía el lado de la cara donde Jaffe le había golpeado, quejándose en voz baja.

Jaffe se quedó donde estaba. Los dedos apretados sobre la cajita que contenía los diamantes.

Esta es mi única oportunidad de escapar, pensó.

Dentro de pocos días seré un hombre rico. Tengo que irme. No habría resultado bien. Era una buena muchacha, pero tendría que estar loco para casarme con ella. No hubiera sido la mujer adecuada para un hombre rico. Después de todo, no era más que una *taxi-girl* vietnamesa. No habría podido alternar con la gente con que podré alternar ahora que soy rico. Es que no puedo hacer nada por ella. Tengo que pensar en mí. Ir a Saigón sería algo estúpido, una quijotada.

La hoguera de pronto estalló en llamas. Jaffe retrocedió al sentir la violencia del calor. El ruido del helicóptero se hizo más fuerte.

Seguía pensando, Nhan es tan mala mentirosa.

Apuesto a que en cuanto la interrogaron me denunció. Mejor es no pensarlo. Supongo que no le darán más de un año de cárcel. No la pasará tan mal. No sería lo mismo si fuera una americana. Estas vietnamesas están acostumbradas a una vida muy dura.

Charlie encendió la otra hoguera. El helicóptero bajaba. La hélice empezó a

levantar polvo del campo de arroz.

Jaffe caminó lentamente cruzando el campo hasta donde Charlie esperaba.

No la habrían lastimado, se dijo. ¿Por qué lo iban a hacer? Era tan mala mentirosa y estaba tan asustada como un conejito. Les habrá dicho todo cuanto querían saber. No, no la habrían lastimado. Tengo mucha suerte en poderme ir.

El helicóptero se apoyó en medio del campo. Lee Watkins abrió la puerta de la cabina. Charlie empezó a correr hacia el helicóptero.

Jaffe sacó su revólver. También empezó a correr.

Llegó al helicóptero antes que Charlie.

—¿Usted es la persona que tengo que llevar a Kratie? —preguntó Watkins mirándolo.

—Así es —contestó Jaffe.

—Suba —dijo Watkins—. Quiero irme.

Charlie llegó rengueando. Jaffe apoyó el revólver contra el pecho de Charlie.

—Usted no viene —le dijo—. ¡Mándese a mudar de aquí! ¡Arréglese como pueda salir de este maldito lugar!

Charlie retrocedió, aterrorizado al ver el revólver. Jaffe se trepó a la cabina.

—¿El otro no viene? —preguntó Watkins, gritando para hacerse oír por sobre el ruido del motor.

—No, no viene —contestó Jaffe. Seguía sosteniendo el revólver a un costado del cuerpo de manera que Watkins no lo viera.

Watkins inclinándose por sobre Jaffe, saludó con la mano a Charlie quien estaba allí parado mirando como un desgraciado, luego cerró la puerta.

¡Qué inmundo sinvergüenza eres!, decía la voz de la mente de Jaffe. No mereces que nadie te quiera. Sabes que Nhan no te traicionó. La tuvieron en sus manos desde ayer por la tarde. Si te hubiera traicionado, para este entonces ya te habrían detenido. Bueno, espero que te guste vivir a solas contigo desde ahora. Espero que te diviertas con todo ese dinero. Espero que consigas sacártela de la cabeza, pero no creo que puedas.

—¡Vamos! ¡Vamos! —gritó Jaffe con salvajismo—. ¡Vamos ya!

Charlie observó cómo el helicóptero se elevaba por el aire. Esperó hasta perderlo de vista, después se fue caminando pesadamente hasta donde había dejado el coche de Blackie.

Notas

[1] Juego de azar chino en el que se debe adivinar el número de monedas escondidas debajo de una escudilla. (*N. del t.*) <<

[2] Modelo de traje de saco largo y amplio que estuvo de moda en los EE.UU. allá por 1943. (*N. del t.*) <<